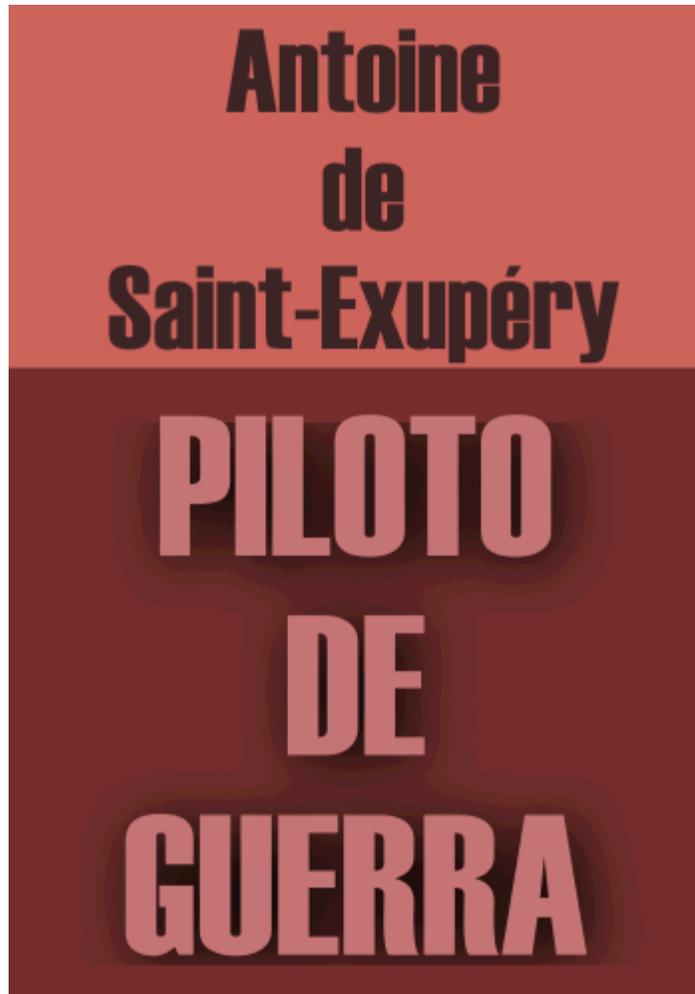


LIBRO dot .com

Piloto de Guerra

Antoine de Saint-Exupéry



LIBRO dot .com

<http://www.librodot.com>

Al comandante Alias, a todos mis camaradas del Grupo aéreo 2/33 de Gran Reconocimiento, y —en especial— al capitán observador Moreau y a los tenientes observadores Azambre y Dutertre, quienes, uno a uno, fueron mis compañeros de a bordo a lo largo de todos mis vuelos de guerra de la campaña 1939-40 y de quienes soy fiel amigo de por vida.

Estoy soñando, no hay duda. Me hallo en el colegio. Tengo quince años. Acodado sobre el negro escritorio resuelvo pacientemente mi problema de geometría, valiéndome con destreza del compás, la regla, el transportador. Soy un muchacho estudioso y tranquilo. A mi alrededor algunos compañeros hablan en voz baja, uno de ellos ordena cifras en un pizarrón; otros, no tan serios, juegan al *bridge*. Por momentos me hundo con mayor profundidad en mis sueños y miro a través de la ventana. Una rama oscila suavemente al Sol. Miro largamente, soy un alumno distraído... Experimento placer en gozar del Sol tanto como en saborear el olor infantil del pupitre, de la tiza, del pizarrón. ¡Con qué alegría me sumerjo en esa infancia tan protegida! Sé muy bien que primero se nos da la infancia, el colegio, los compañeros; que luego llega el día en que se rinde examen, en que se recibe un diploma, en que, con el corazón apretado, se franquea un umbral más allá del cual, de buenas a primeras, se es hombre. Entonces pisamos con fuerza, comenzamos nuestro camino en la vida. Los primeros pasos de nuestro camino. Por fin probaremos nuestras armas sobre adversarios verdaderos. Usaremos la regla, la escuadra, el compás, para construir el mundo o para triunfar sobre nuestros enemigos. ¡Se acabaron los juegos!

Sé que, por lo general, un estudiante no tiene miedo de afrontar la vida; que, por el contrario, bufa de impaciencia. Los tormentos, los peligros, las amarguras de la vida de un hombre no intimidan a ningún estudiante.

Pero yo... soy un estudiante raro. Soy un estudiante consciente de la felicidad y que no está tan apurado por afrontar la vida...

Pasa Dutertre. Lo invito.

—Siéntate aquí, juguemos con las cartas.

Y me alegro de sacarle el as de pique.

Frente a mí, sobre un escritorio negro como el mío está sentado Dutertre con las piernas colgando. Se ríe. Yo sonrío con modestia. Pénicot se une a nosotros y posa su brazo sobre mi espalda:

—¿Qué tal, compañero?

¡Dios mío, qué tierno es todo esto!

Un celador (¿es realmente un celador?) abre la puerta para llamar a dos compañeros, quienes abandonan su regla, su compás, se levantan y salen. Los seguimos con la mirada. Para ellos el colegio ha terminado, se los larga a la vida. Su ciencia les servirá. Como hombres probarán ahora sobre sus adversarios las recetas de sus cálculos. Extraño colegio, al que cada uno a su hora abandona sin grandes adioses. Estos dos compañeros ni nos han mirado. Sin embargo, los azares de la vida quizá los lleven más allá de la China. ¡Mucho más allá! ¿Acaso los hombres pueden asegurar que se volverán a ver una vez que la vida los disperse, al salir del colegio?

Nosotros, los que vivimos aún en la cálida paz de la incubadora, bajamos la cabeza.

—Oye Dutertre, esta noche...

Pero la puerta se abre por segunda vez y lo que oigo suena como un veredicto:

—Capitán de Saint-Exupéry y subteniente Dutertre, presentarse al comandante.

Se terminó el colegio; ahora, a la vida.

—¿Tú sabías que nos tocaba a nosotros?

—Pénicot voló esta mañana.

Puesto que se nos convoca, es seguro que partimos en misión. Estamos a fines de mayo, en plena retirada, en pleno desastre. Se sacrifican las tripulaciones como si se echaran vasos de agua en un incendio de bosque. ¿Acaso se pueden pesar los riesgos cuando todo se desmorona? Todavía quedamos cincuenta tripulaciones de Gran Reconocimiento para toda Francia, cincuenta tripulaciones de tres hombres cada una, veintitrés de las cuales formamos el grupo 2/33. En tres semanas perdimos diecisiete tripulaciones sobre veintitrés. Nos fundimos como un cirio. Ayer decía al teniente Gavaille:

—Ya lo veremos después de la guerra.

Y el teniente Gavaille me respondió:

—No tendrá usted, mi capitán, la pretensión de seguir viviendo después de la guerra.

Gavaille no bromeaba. Sabemos perfectamente que no se puede hacer otra cosa que echarse en la hoguera, aun cuando el gesto sea inútil. Somos cincuenta para toda Francia. ¡Sobre nuestras espaldas descansa toda la estrategia del ejército francés! Hay un bosque inmenso que arde y, para apagarlo, sólo unos pocos vasos de agua para sacrificar. Pues bien, se los sacrificará.

Correcto. ¿Quién piensa en lamentarse? ¿Acaso se oyó alguna vez entre nosotros algo que no fuera:

“Bien, mi comandante. Sí, mi comandante. Gracias, mi comandante. Comprendido, mi comandante” Y, sin embargo, una sensación predomina sobre todas las demás en este final de guerra; es la del absurdo. Todo se resquebraja a nuestro alrededor, todo se derrumba de una manera tan total que hasta la muerte misma parece absurda. La muerte... carece de seriedad en este desbarajuste.

Entramos a ver al comandante Alias. (Aún hoy continúa al frente del grupo 2/33 en Túnez).

—Buenos días, Saint-Ex. Buenos días, Dutertre. Siéntense.

Nos sentamos. El comandante despliega un mapa sobre la mesa y se vuelve hacia el asistente

—Vaya a buscarme el parte meteorológico.

Luego golpetea la mesa con el lápiz. Lo observo, tiene los rasgos tensos, no ha dormido sino que se ha movido de aquí para allá, en automóvil, en busca de estado mayor fantasma. El estado mayor de la división, el estado mayor de la subdivisión... Intentó luchar contra los almacenes de aprovisionamiento que nos entregaban los repuestos, se metió en embotellamientos inextricables de la ruta. También dirigió la última mudanza, el último traslado, ya que cambiamos de terreno como pobres desdichados perseguidos por un ujier inexorable. En todas las ocasiones, Alias logró salvar los aviones, los camiones y diez toneladas de material, pero lo vemos agotado, con los nervios destrozados.

—Bien, veamos...

Continúa golpeteando la mesa y no nos mira.

—Es bastante embromado...

Se encoge de hombros.

—Es una misión embromada, pero le interesa al Estado Mayor. Le interesa mucho... Discutí con ellos, pero les interesa mucho... No hay vuelta que darle.

A través de la ventana, Dutertre y yo vemos un cielo calmo. Oigo cacarear las gallinas, pues el escritorio del comandante está instalado en una granja y la sala de informaciones en una escuela. No opondré a la muerte, tan cercana, el verano, los frutos que maduran, los pollitos que engordan, los trigales que crecen. No veo en qué podría contradecir a la muerte la calma del verano ni por qué la dulzura de las cosas podría resultar una ironía. Con todo, una idea se me presenta: "Es un verano que se descompone. Un verano que ha tenido una avería..." He visto trilladoras abandonadas, segadoras abandonadas; en las cunetas, abandonados, vehículos descompuestos. Pueblos abandonados. He visto cómo dejaba correr el agua la fuente de un pueblo deshabitado. El agua pura, que tantos cuidados había costado a los hombres, se transformaba en charca. De pronto se me ocurrió una imagen absurda, la de relojes descompuestos, la de todos los relojes descompuestos: relojes de las iglesias de pueblo, relojes de las estaciones, relojes de chimenea de las casas vacías, y en aquel escaparate de relojero en fuga, un verdadero osario de relojes muertos. La guerra... ya no se da cuerda a los relojes, no se recogen las remolachas, no se reparan ya los vagones. Y el agua, que era necesaria para apagar la sed o para lavar los encajes domingueros de las aldeanas, se expande ahora como una charca frente a la iglesia. Y la gente muere en verano...

Me siento como si tuviera una enfermedad. El médico acaba de decirme: “Es bastante embromado...”

Por lo tanto, habría que pensar en el escribano, en los que quedan. En una palabra, tanto Dutertre como yo hemos comprendido que se trata de una misión sacrificada:

—Dadas las presentes circunstancias —concluye el comandante— es imposible tomar demasiado en cuenta el riesgo...

Por supuesto. “Imposible demasiado”. Y nadie tiene la culpa; ni nosotros de sentirnos melancólicos, ni el comandante de estar incómodo, ni el Estado Mayor de dar órdenes. El comandante rezonga porque las órdenes son absurdas. También nosotros lo sabemos, pero el Estado Mayor mismo lo sabe. Da órdenes porque hay que darlas. Durante una guerra un Estado Mayor da órdenes, las confía a guapos jinetes, o, en épocas más modernas, a motociclistas. Allí donde reina el desbarajuste y la desesperación, cada uno de estos guapos jinetes salta de un caballo humeante. Indica el porvenir, como la estrella de los Reyes Magos. Trae la Verdad. Y las órdenes reconstruyen el mundo.

Éste es el esquema de la guerra, la imagen en colores de la guerra, y todos se esfuerzan en lo posible para que la guerra se parezca a la guerra. Piadosamente, todos se esfuerzan por cumplir las reglas. Puede ser, entonces, que esta guerra llegue a asemejarse a una guerra.

Justamente para que se parezca a una guerra se le sacrifican las tripulaciones sin fines precisos. Nadie se confiesa que esta guerra no se parece a nada, que nada tiene en ella sentido, que ningún esquema se adapta, que se manejan solamente los hilos que ya no corresponden a las marionetas. Los estados mayores expiden con convicción órdenes que no llegarán a ninguna parte. Se nos exigen datos imposibles de recoger. La aviación no puede asumir la carga de explicar la guerra a los estados mayores. Gracias a sus observaciones la aviación puede controlar hipótesis, pero ya no hay hipótesis y en los hechos se solicita a una cincuentena de tripulaciones que modelen un rostro para una guerra que no lo tiene. Se dirigen a nosotros como si fuéramos una tribu de echadores de cartas. Miro a Dutertre, el observador cartomántico. Ayer mismo objetaba a un coronel de la división: “¿Y cómo haré, a diez mil metros del suelo y a quinientos treinta kilómetros por hora, para descubrir las posiciones? —¡Pues, verán bien allí donde les disparen! Si les disparan, con toda seguridad que las posiciones son alemanas”.

—Me reí mucho —decía Dutertre, después de la discusión.

Pues los soldados franceses no han visto jamás un avión francés. Hay mil, diseminados desde Dunkerque hasta Alsacia, más valdría decir que están diluidos en el infinito. Por eso, en el frente, cuando un avión pasa como ráfaga, seguramente es alemán y es mejor esforzarse en bajarlo

antes de que haya lanzado sus bombas. El solo ronquido de sus motores desata las ametralladoras y los cañones de tiro rápido.

—¡Con semejante método —agregaba Dutertre— sus informaciones serán preciosas!...

¡Y se las tendrá en cuenta, porque en un esquema de guerra se deben tener en cuenta las informaciones!...

—Sí, pero también la guerra se ha trastornado.

—Felizmente —lo sabemos muy bien— no tendrá en cuenta para nada nuestras informaciones. No podremos transmitir las. Las rutas estarán embotelladas, los teléfonos descompuestos, el Estado Mayor se habrá trasladado de urgencia. Las informaciones importantes sobre la posición del enemigo serán suministradas por el enemigo mismo. Hace pocos días, cerca de Laon, discutíamos sobre la eventual posición de las líneas. Enviamos un teniente de enlace ante el general. A mitad de camino entre nuestra base y el general, el vehículo del teniente se topa, en medio de la ruta, con una aplanadora, detrás de la cual se escudan dos vehículos blindados. El teniente pega media vuelta, pero una ráfaga de ametralladora lo mata instantáneamente y hiere al conductor. Los vehículos blindados son alemanes.

En el fondo, el Estado Mayor se asemeja a un jugador de *bridge* al que se interrogase desde una pieza vecina:

—¿Qué debo hacer con la dama de pique?

El jugador, que ha sido aislado, se encogería de hombros. ¿Qué podría responder si no ha visto el juego?

Pero un Estado Mayor no tiene derecho a encogerse de hombros. En el caso de que controle aún algunos elementos, debe hacerlos actuar para mantenerlos bajo su mano y para aprovechar todas las oportunidades mientras la guerra dure. Aunque sea a ciegas, tendrá que actuar y hacer actuar.

Sin embargo, es difícil atribuir al azar un papel a una dama de pique. Hemos comprobado ya, primero con sorpresa y luego como una evidencia que debíamos haber previsto, que cuando comienza el derrumbe el trabajo falta. Por lo general uno se imagina al vencido sumergido en un torrente de problemas, utilizando hasta el fin la infantería, la artillería, los tanques, los aviones... Pero la derrota escamotea al comienzo los problemas. Ya no se sabe en qué emplear los aviones, los tanques, la dama de pique...

Se la arroja sobre el tapete, al azar, después de haberse roto la cabeza para descubrirle un papel eficaz. Reina el malestar, no la fiebre. Sólo la victoria se rodea de fiebre. La victoria organiza, la victoria construye, y todos pierden el aliento por aportar una piedra. Pero la derrota empapa a los hombres de una atmósfera de incoherencia, de aburrimiento, y, por sobre todo, de trivialidad.

Pues, en primer término, las misiones que se nos exigen son triviales. Cada día más triviales. Más sangrientas y más triviales. Los que dan las órdenes no tienen otro recurso, para oponerse al deslizamiento de una montaña, que el de echar sus últimas apuestas sobre la mesa.

Tanto Dutertre como yo somos cartas de triunfo y escuchamos al comandante que nos explica el programa de esa tarde. Nos mandan sobrevolar, a setecientos metros de altura, el parque de tanques de la región de Arras, al regreso de un largo recorrido a diez mil metros, con la misma voz con que nos diría:

—Entonces seguirán la segunda calle a la derecha hasta la esquina de la primera plaza; encontrarán un quiosco que vende tabaco; cómprenme allí fósforos...

—Bien, mi comandante.

La misión no es ni más ni menos útil, así como el lenguaje que la traduce no es ni más ni menos lírico.

Me digo: “Misión sacrificada”. Pienso... pienso muchas cosas. Esperaré que llegue la noche, si es que estoy vivo, para reflexionar. Mas, estar vivo... Cuando la misión es fácil, vuelve uno de cada tres, cuando es un poco “embromada”, evidentemente es más difícil volver. Aquí, en la oficina del comandante, la muerte no me parece ni augusta, ni majestuosa, ni heroica, ni desgarradora. Sólo es un signo de desorden. Un efecto del desorden. El Grupo nos perderá tal como se pierden equipajes en la barahúnda de las combinaciones del ferrocarril.

Lo que no significa que yo no piense una cosa muy distinta acerca de la guerra, la muerte, el sacrificio, Francia, pero carezco de concepto rector, de lenguaje claro. Pienso por contradicciones. Mi verdad está fragmentada y no puedo sino considerar un fragmento después del otro. Si estoy vivo esperaré que la noche llegue para reflexionar. La noche bien amada, en la noche la razón duerme y las cosas simplemente son. Las que verdaderamente importan retoman su forma, sobreviven a las destrucciones del análisis diurno. El hombre anuda sus fragmentos y vuelve a ser árbol calmo.

El día para las disputas hogareñas, mas la noche... en la noche los que han disputado se reencuentran con el Amor. Pues el amor es más grande que aquel vendaval de palabras. Entonces el hombre se acoda en la ventana, bajo las estrellas, responsable otra vez de los niños que duermen, del pan de mañana, del sueño de la esposa que descansa allá, tan frágil, delicada, pasajera. El amor no se discute, es. ¡Que venga la noche para que se me muestre alguna evidencia que el amor merece! ¡Que venga la noche para que ya piense en la civilización, el destino del hombre, el gozo de la amistad en mi país; para que anhele servir a alguna verdad imperiosa, aunque tal vez todavía inexpresable! ...

Por ahora me siento exactamente igual que el cristiano a quien la gracia ha abandonado. Representaré mi papel honestamente junto a Dutertre, es lo cierto. Pero de la misma manera como se guardan los ritos cuando ya no tienen contenido, cuando el dios ya no existe. Esperaré la noche, si todavía estoy vivo, para andar un poco a pie por la gran ruta que atraviesa nuestra aldea, envuelto en mi bienamada soledad para poder conocer por qué debo morir.

II

Despierto de mi sueño. El comandante me sorprende con una extraña proposición:

—Si esta misión le resulta muy fastidiosa... si no se siente en forma, yo podría.

—¡Vamos, mi comandante!

El comandante sabe lo absurdo de una proposición semejante, pero cuando una tripulación no regresa, todos recuerdan la gravedad de los rostros en el momento de la partida. Se interpreta esta gravedad como el indicio de un presentimiento y luego todos se acusan por no haberlo tomado en cuenta.

Los escrúpulos del comandante me traen el recuerdo de Israel. Antes de ayer fumaba yo en la ventana de la sala de informaciones cuando lo divisé. Israel marchaba con paso rápido, tenía la nariz roja. Una gran nariz, bien judía y bien colorada. La nariz roja de Israel me impresionó vivamente.

Sentía una profunda amistad por este Israel cuya nariz contemplaba. Era uno de los camaradas pilotos más valientes del Grupo, uno de los más valientes a la vez que uno de los más modestos. Tanto le habían hablado de la prudencia judía que debía tomar su coraje por prudencia. Es prudente ser vencedor.

Así pues consideré su gran nariz colorada que sólo brilló durante un instante, dada la rapidez de los pasos que alejaban a Israel y a su nariz. Sin deseos de bromear, me di vuelta y dije a Gavaille:

—¿Por qué tiene esa nariz?

—Se la hizo su madre, contestó Gavaille. Pero agregó:

—Misión difícil, a baja altura. Se va.

—¡Ah!

Y como era de prever, esa noche, cuando dejamos de esperar el regreso de Israel, recordé aquella nariz que, plantada en un rostro por completo impasible, expresaba por sí sola, con una cierta genialidad, la más grave de las preocupaciones. Si hubiese sido yo quien ordenara la partida de

Israel, la imagen de esa nariz me hubiera obsesionado durante mucho tiempo como un reproche. Es verdad que Israel sólo había respondido a la orden de partir con unos: “Sí, mi comandante. Bien, mi comandante. Entendido, mi comandante”. Es verdad que Israel no había contraído un solo músculo de la cara, pero suavemente, insidiosamente, a traición, la nariz se había encendido. Israel controlaba los rasgos de su rostro, pero no el color de su nariz. Y la nariz había abusado de ello para manifestarse por su cuenta en el silencio. La nariz, sin que Israel lo supiera, había expresado su fuerte desaprobación al comandante.

Quizá sea ésta la razón por la que al comandante le gusta ordenar la partida de aquellos a quienes imagina abrumados por los presentimientos. Casi siempre los presentimientos engañan, pero dan a las órdenes de guerra un sonido de condenación. Alias es un jefe, no un juez.

Días pasados, por ejemplo, el caso del suboficial T.

Así como era Israel de valiente, así era T. de sensible al miedo. Era el único hombre que he conocido que experimenta realmente el miedo. Cuando se le daba una orden de guerra a T... se desencadenaba en él una extraña ascensión del vértigo, era algo simple, inexorable y lento. Lentamente, desde los pies hasta la cabeza, T. se ponía rígido. Su cara quedaba como lavada de toda expresión y los ojos comenzaban a brillar.

Contrariamente a Israel, cuya nariz me había parecido tan apesadumbrada, apesadumbrada por la muerte probable de Israel, a la vez que totalmente irritada, T. no producía movimientos interiores, no reaccionaba, enmudecía. En cuanto uno había terminado de hablarle se descubría que simplemente habíamos encendido en él la angustia. La angustia comenzaba a extender sobre su rostro una suerte de claridad uniforme. Desde ese momento, T. parecía fuera del mundo, uno sentía como, entre él y el universo, se iba ensanchando un desierto de indiferencia. En ninguna otra parte, en ninguna otra persona, conocía esta forma tan especial de éxtasis.

—No debí dejarlo partir aquel día, de ninguna manera, diría más tarde el comandante.

Aquel día, cuando el comandante le había anunciado su partida, T. no sólo había palidecido, sino que comenzó a sonreír. A sonreír, simplemente. Quizás hacen así los torturados cuando el verdugo se extralimita.

—Usted no está bien. Lo reemplazo...

—No, mi comandante, si me toca a mí, me toca a mí.

Y T., cuadrado frente al comandante, lo miraba fijamente, sin un movimiento.

—Pero si usted no se siente seguro...

—Me toca a mí, comandante, me toca a mí.

—¡Vamos, T...!

—Mi comandante...

El hombre parecía un bloque.

Y Alias:

—Entonces lo dejé partir.

Lo que sucedió después nunca tuvo explicación. T., artillero del avión, sufrió un intento de ataque por parte de un caza enemigo. Pero el caza, cuyas ametralladoras se habían encasquillado, dio media vuelta. El piloto y T. hablaron entre ellos hasta los alrededores de la base sin que el piloto notara nada anormal, pero cinco minutos antes de la llegada no obtuvo más respuesta.

A T. lo encontraron esa noche con el cráneo roto por el empenaje del avión. Había saltado en paracaídas en condiciones desastrosas, en pleno vuelo y, para colmo, en territorio amigo, cuando ya no lo amenazaba ningún peligro. El paso del caza había obrado como un llamado irresistible.

—Vayan a vestirse, nos dijo el comandante. A las cinco y treinta deben estar en vuelo.

—Hasta la vuelta, mi comandante.

El comandante respondió con un gesto vago. ¿Superstición? Mi cigarrillo está apagado y busco vanamente en los bolsillos; ésa es la causa por la que me dice:

—¿Por qué nunca tiene fósforos?

Es exacto. Con ese adiós franqueo la puerta y me preguntó: “¿Por qué nunca tengo fósforos?”

—La misión lo fastidia —señala Dutertre.

Yo pienso: “No le importa nada”. Pero no pienso en Alias cuando formulo esta ocurrencia injusta. Me choca una evidencia que nadie confiesa: la vida del Espíritu tiene intermitencias. Sólo la vida de la Inteligencia es permanente, o casi. Tengo pocas variaciones en mi facultad de análisis, pero el Espíritu no considera los objetos, considera el sentido que los liga unos con otros, el rostro que se lee a través de ellos. Y el Espíritu pasa de la visión plena a la ceguera absoluta. Llega un momento en que aquel que ama su finca sólo descubre en ella un conjunto de objetos distintos; para el que ama a su mujer llega el momento en que sólo encuentra penas, contrariedades y dificultad en el amor; para el que gusta de una música, llega el momento en que ya no recibe nada de ella. Llega la hora, como en este instante, en que ya no comprendo más a mi país. Un país no es la suma de regiones, de costumbres, de materiales, que mi inteligencia puede captar todavía. Es un Ser. Y llega la hora en que me reconozco ciego para los Seres.

El comandante Alias pasó la noche con el general discutiendo lógica pura. La lógica pura arruina la vida del espíritu. Más tarde se agotó en los interminables embotellamientos de la ruta. Al volver al Grupo encontró cientos de dificultades materiales, de ésas que minan poco a poco como los mil efectos de un alud que no se puede contener. Finalmente, nos ha convocado para lanzarnos en una misión imposible. Somos objetos de la incoherencia general. Ya no somos, para él, Saint-Exupéry o Dutertre, dos seres dotados de un modo particular de ver las cosas o de no verlas, de pensar, de caminar, de beber, de sonreír. Somos trozos de una gran construcción para la que se necesita más tiempo, más silencio, más distancia si se quiere descubrir la ensambladura. Si yo tuviera un tic, Alias sólo notaría el tic; sobre Arras expediría únicamente la imagen de un tic. En el desastre de los problemas que se plantean, en el derrumbamiento, nosotros mismos estamos divididos en fragmentos. Una voz, una nariz, un tic; los fragmentos no conmueven.

No se trata sólo del comandante Alias sino de todos los hombres. A lo largo de las tareas que implica un entierro sentimos cariño por el muerto, pero no estamos en contacto con la muerte. La muerte es algo importante, forma una nueva red de relaciones con las ideas, los objetos, las costumbres del muerto. Es una nueva conformación del mundo en la que nada ha cambiado en apariencia, mas todo ha cambiado. Las páginas del libro son las mismas, no así el sentido del libro. Para vivir la muerte no es necesario imaginar las horas en que tenemos necesidad del muerto. Entonces notamos su falta. Imaginar las horas en que nos necesitó, pero ya no nos necesita. Imaginar la hora de la visita amistosa, y descubrir que está vacía. Debemos tener la perspectiva de la vida, pero el día en que enterramos a alguien no hay perspectivas ni espacio. El muerto todavía está en trozos. El día de un entierro nos dispersamos en caminatas, en manos de amigos falsos o verdaderos para estrechar, en preocupaciones materiales. El muerto sólo morirá mañana, en el silencio. Se mostrará a nosotros en su plenitud para arrancarse, también en su plenitud, a nuestra subsistencia. Sólo entonces lloraremos por el que se va y no podemos retener.

No me gustan las imágenes de guerra de Épinal, en las que el rudo guerrero enjuga una lágrima y disimula su emoción con bromas ásperas. Es falso. El rudo guerrero no disimula, nada. Si suelta una broma es porque la piensa realmente.

No es la cualidad del hombre la que está en causa. El comandante Alias es perfectamente sensible. Si esta noche no regresamos, quizá sufra más que cualquiera de los otros, siempre que se trate de nosotros y no de una suma de detalles diversos, siempre que el silencio le permita la reconstrucción. Si esta noche el ujier que nos persigue obliga al Grupo a

trasladarse una vez más, entonces una avería en la rueda del camión, sumada a la avalancha de los demás problemas, pospondrá nuestra muerte hasta más tarde, y Alias olvidará sufrirla.

De la misma manera, yo que parto en misión, no pienso en ese momento: lucha del Occidente contra el nazismo, pienso únicamente en los detalles inmediatos. Pienso en el absurdo de sobrevolar Arras a setecientos metros, en la inutilidad de las informaciones que esperan de nosotros, en la lentitud con que se realiza el acto de vestirse, que se me presenta como una “*toilette*” para el verdugo. Y también pienso en mis guantes. ¿Dónde diablos podré encontrar un par de guantes? He perdido mis guantes.

Ya no distingo la catedral que habito.

Me visto para el servicio de un dios muerto.

III

—Apúrate... ¿Dónde están mis guantes?.. No... Éstos no son... búscalos en mi portafolios. .

—No los encuentro, mi capitán...

—Eres un idiota.

Todos son idiotas, éste que no encuentra mis guantes y el otro, el del Estado Mayor, con su idea fija de las misiones a baja altura.

—Te he pedido un lápiz. Hace diez minutos que te pedí un lápiz. ¿No tienes un lápiz, tú?

—Sí, mi capitán.

Por fin uno inteligente.

—Cuélgame el lápiz de un piolín y átalos en este ojal... A ver, pues, artillero, no parece usted apurarse demasiado...

—Porque estoy listo, mi capitán.

—¡Ah!, bueno.

Y ahora el observador. Me dirijo a él:

—¿Listo Dutertre? ¿No falta nada? ¿Calculó los rumbos?

—Ya tengo los rumbos.

Bueno. Tiene los rumbos. Una misión sacrificada... Pregunto si tiene sentido sacrificar una tripulación para lograr informaciones que nadie necesita y que, en el caso de que alguno quede con vida para traerlas, jamás serán transmitidas a nadie...

—En el Estado Mayor deberían contratar espiritistas...

—¿Para qué?

—Para que podamos comunicarles esta misma noche, gracias a la mesa de tres patas, sus famosas informaciones.

No estoy muy orgulloso de mi ocurrencia, pero continúo rezongando todavía:

—Los estados mayores, los estados mayores ¡que vayan ellos a cumplir las misiones sacrificadas!

Porque la ceremonia de vestirse se hace larga cuando la misión aparece como desesperada y uno se enjaeza con tanto cuidado para asarse vivo. Resulta trabajoso revestirse con el triple espesor de ropas superpuestas, disfrazarse con ese almacén de accesorios que llevamos como si fuéramos baratilleros, organizar el circuito de oxígeno, el circuito, la calefacción, el circuito de comunicaciones telefónicas entre los miembros de la tripulación. Respiro en la máscara; un tubo de caucho me une al avión, es tan esencial como el cordón umbilical. El avión entra en circuito a la temperatura de mi sangre. Me han agregado órganos que se interponen, de algún modo, entre mi corazón y yo. Minuto a minuto me vuelvo más pesado, más molesto, más difícil de manejar. Giro en un bloque y si me inclino para cerrar correas o para tirar de los cierres que resisten, todas mis coyunturas chillan. Me duelen las viejas fracturas.

—Dame otro casco, te he dicho veinticinco veces que no quiero saber nada con el mío. Es demasiado justo.

Dios sabrá por qué misterio el cráneo se hincha a gran altura y un casco que en tierra es normal, a los diez mil metros presiona los huesos como un estuche.

—Pero éste es otro casco, mi capitán. Lo cambié...

—¡Ah!, bueno.

Rezongo durante todo el tiempo, pero sin sentir remordimientos. ¡Tengo mucha razón! Por otra parte, todo esto carece en absoluto de importancia. Éstos son los momentos en que se atraviesa el centro mismo del desierto interior del que antes hablaba. Allí sólo hay ruinas. Ni siquiera experimento vergüenza al desear el milagro que puede cambiar el curso de esta tarde. Una falla en el laringófono, por ejemplo. ¡Estos laringófonos siempre están descompuestos! ¡Son pacotilla! Una falla en los laringófonos salvaría a nuestra misión del sacrificio...

El capitán Vezin me aborda. El capitán Vezin nos aborda con aspecto sombrío. Entre nosotros, el capitán Vezin está encargado de las relaciones con los organismos de acecho a los aviones enemigos. Su papel es tenernos al corriente de sus movimientos.

Vezin es un amigo al que amo tiernamente, pero es también un profeta de la desgracia. Lamento haberlo visto.

—Viejo, me dice Vezin, es muy embromado, ¡muy, muy embromado!

Saca unos papeles del bolsillo y después me mira con aire de sospecha:

—¿Por dónde sales?

—Por Albert.

—Justamente. Justamente allí. ¡Es embromado!

—No te hagas el tonto. ¿Qué es lo que sucede?

—¡No puedes partir!

No puedo partir... ¡Qué bueno es Vezin! ¡Ojalá consiga del Padre Eterno una falla en el laringófono!

—No puedes pasar.

—Por qué no puedo pasar

—Porque hay tres misiones alemanas de aviones de caza que se relevan permanentemente sobre Albert. Una a seis mil metros, otra a siete mil quinientos, la otra a diez mil. Ninguna de ellas abandona el cielo antes del arribo de los reemplazantes. Practican la interdicción *a priori*. ¡Vas a meterte en una red! Y, además, ¡toma, mira!

Me muestra un papel en el que ha garabateado incomprensibles demostraciones.

Vezin haría mejor en dejarme en paz, las palabras “interdicción *a priori*” me han impresionado. Pienso en las luces rojas y en las contravenciones. Pero, en este caso, contravención significa muerte. Sobre todo detesto el “*a priori*”, tengo la impresión de que me toca personalmente.

Hago un verdadero esfuerzo de inteligencia. El enemigo defiende sus posiciones siempre *a priori*. ¡Pamplinas! Además, me río de los cazas. Cuando descienda a los setecientos metros la que me abatirá D. C. A. (Defensa antiaérea francesa). ¡No puede fallar! Entonces me vuelvo bruscamente agresivo:

—En una palabra vienes a anunciarme con gran urgencia que la existencia de una aviación alemana hace sobremanera imprudente mi partida. ¡Corre a advertírselo al general!

No le hubiera costado mucho a Vezin tranquilizarme con gentileza bautizando a sus famosos aviones como “Cazas que merodean por la región de Albert...”

¡El sentido hubiera sido exactamente el mismo!

IV

Todo está listo, ya estamos a bordo, sólo queda probar los laringófonos...

—¿Me oye bien, Dutertre?

—Lo oigo bien, mi capitán.
—¿Y usted, artillero, me oye bien?
—Yo... sí... muy bien.
—Dutertre, ¿usted lo escucha al artillero?
—Lo oigo bien, mi capitán.
—Artillero, ¿lo escucha al teniente Dutertre?
—Yo... sí... muy bien.
—¿Por qué dice siempre: Yo... el... muy bien?
—Estoy buscando el lápiz, mi capitán.
Los laringófonos no están descompuestos.
—Artillero, ¿la presión de aire en los botellones es normal?
—Yo... sí... normal.
—¿En los tres?
—En los tres.
—¿Preparado, artillero?
—Preparado.
—¿Preparado, Dutertre?
—Preparado.
—Entonces vamos.
Despego.

V

La angustia se debe a la pérdida de una identidad verdadera. Si espero un mensaje del que depende mi felicidad o mi desgracia, me siento como sumido en la nada. Mientras la incertidumbre me tiene en suspenso, mis sentimientos y actitudes no son sino un disfraz provisional. El tiempo ya no fundamenta segundo a segundo —como construye el árbol— al verdadero personaje que me habitará dentro de una hora. Este Yo desconocido marcha a mi encuentro desde el exterior, como un fantasma. Entonces experimento una sensación de angustia. La mala noticia no provoca angustia sino sufrimiento; es completamente distinto.

Pero hete aquí que el tiempo ha dejado de correr en el vacío y estoy por fin instalado en mi función. Ya no me proyecto en un porvenir sin rostro, ya no soy aquel que entrará en tirabuzón envuelto en llamas. El porvenir no me obsesiona ya como si se tratara de una aparición extraña. De ahora en adelante son mis actos, uno a uno, los que lo componen. Soy yo quien controla la brújula para mantener 313°, quien regula el paso de las hélices y el recalentamiento del aceite. Se trata de preocupaciones inmediatas y

sanas. Son las preocupaciones de una casa, los pequeños deberes que han de cumplirse durante la jornada y que suprimen el sabor del envejecimiento. La jornada se torna casa bien lustrada, plancha bien pulida, oxígeno bien suministrado. En efecto, controlo el suministro de oxígeno porque subimos muy rápidamente: seis mil setecientos metros.

—¿Está bien el oxígeno, Dutertre? ¿Se siente bien?

—Está bien, mi capitán.

—¿Eh, artillero! ¿Anda bien el oxígeno?

—Yo... sí... Va bien, mi capitán.

—¿No encontró el lápiz?

También soy aquel que aprieta el botón S y el botón A para controlar las ametralladoras. A propósito...

—¿Eh!, artillero! ¿No hay hacia atrás, en su campo de tiro, ninguna población importante, verdad?

—Hum... no, mi capitán.

—Bueno, ¡vamos! Pruebe sus ametralladoras.

Oigo las ráfagas.

—¿Va bien?

—Va bien.

—¿Todas las ametralladoras?

—Hum... Sí... todas.

Tiro a mi vez. Me pregunto dónde van esas balas que se arrojan sin ningún escrúpulo a lo largo de las campiñas amigas. Jamás matan a nadie, la tierra es grande.

De esa manera cada minuto me alimenta con su contenido, me siento tan poco angustiado como un fruto que madura. Es verdad que las condiciones de vuelo a mi alrededor cambiarán; las condiciones y los problemas. Me siento inserto en la fabricación de mi porvenir. Poco a poco el tiempo me modela. El niño no se espanta porque pacientemente se va dando forma a un anciano, es niño y juega a sus juegos de niño. Yo también juego, cuento los cuadrantes, las manivelas, los botones, las palancas de mi reino. Cuento ciento tres objetos para verificar, tirar, dar vuelta o empujar. (Apenas si he trampeado contando dos veces el comando de mis ametralladoras porque tiene una clavija de seguridad). Esta noche dejaré boquiabierto al granjero que me aloja cuando le diga:

—¿Sabe cuántos instrumentos debe controlar hoy un piloto?

—¿Cómo quiere que lo sepa?

—No importa, diga un número.

—¿Qué número quiere que le diga?

Mi granjero no tiene nada de tacto.

—¡Diga un número cualquiera!

—Siete.

—¡Ciento tres!

Y quedaré contento.

Mi paz reside también en que todos los instrumentos que me estorbaban han tomado su lugar y reciben su significación; toda aquella tripa de tubos y cables se ha convertido en una red circulatoria. Soy un organismo que se ha extendido al avión. El avión me otorga el bienestar cuando doy vuelta un botón destinado a calentar progresivamente mis ropas y el oxígeno que tomo. Por otra parte, el oxígeno está demasiado caliente y me quema la nariz. Un instrumento complicado me suministra este oxígeno en proporción a la altura. Es el avión quien me alimenta, cosa que me parecía inhumana antes del vuelo, pero ahora, amamantado por el avión mismo, siento una suerte de ternura filial hacia él, una ternura de bebé. En cuanto a mi peso, se distribuye entre dos puntos de apoyo. El triple espesor de mis vestimentas superpuestas y el pesado paracaídas dorsal gravitan contra el asiento, mis zapatos enormes descansan sobre el balancín; mis manos cubiertas con guantes espesos y duros, tan torpes en tierra, maniobran con destreza el volante. Maniobran el volante... Maniobran el volante...

—¡Dutertre!

—¿... tán?

—Primero verifique sus contactos, sólo lo oigo entrecortadamente. ¿Usted me oye?

—...lo... go... cap...

—¡Sacuda su bazar, pues! ¿Me oye?

La voz de Dutertre vuelve a ser clara.

—¡Lo oigo perfectamente, mi capitán!

—Bueno. Vea usted, también hoy se han helado los comandos, el volante está duro; en cuanto al balancín, está completamente atascado.

—¡Qué divertido! ¿Altitud?

—Nueve mil siete.

—¿Frío?

—Cuarenta y ocho grados. ¿Y usted, cómo anda con el oxígeno?

—Anda bien, mi capitán.

—Artillero ¿cómo anda el oxígeno? No hay respuesta.

—Artillero, ¡hola!

No hay respuesta.

—Dutertre, ¿oye al artillero?

—No oigo nada, mi capitán.

—¡Llámelo!

—¡Artillero! ¡Eh! ¡Artillero!

No hay respuesta.

Antes de descender sacudo brutalmente el avión para despertar al otro, si es que duerme.

—¿Mi capitán?

—¿Es usted, artillero?

—Yo... eh... sí.

—¿No está seguro?

—¡Sí!

—¿Por qué no respondía?

—Estaba haciendo un ensayo de radio. Había desconectado.

—¡Puerco! ¡Se avisa! Estuve a punto de descender, ¡lo creí muerto!

—Yo... no.

—Creo en su palabra. ¡No vuelva a jugarme esta mala pasada! ¡Prevéngame, por Dios, antes de desconectar!

—Perdón, mi capitán. Comprendido, mi capitán. Avisaré.

Porque el organismo no es sensible a la falla de oxígeno. Se traduce por una euforia vaga que desemboca en pocos segundos en un desvanecimiento, y en pocos minutos en la muerte. El control permanente del suministro de oxígeno es pues indispensable, tanto como el control del estado de sus pasajeros por parte del piloto.

Por eso pellizco a golpecitos el tubo de alimentación de mi máscara, para sentir en mi nariz el placer de las cálidas oleadas vivificantes.

En suma, hago mi trabajo. Sólo experimento el placer físico de los actos llenos de sentido que se bastan a sí mismos. No experimento ni el sentimiento de un gran peligro —estaba inquieto cuando me vestía— ni el sentimiento de un deber imperioso.

Ahora, el combate entre Occidente y el nazismo se transforma en mis actos, en una acción sobre manecillas, palancas y llaves. Así debe ser. En el sacristán, el amor a Dios se transforma en amor por la iluminación de los cirios. El sacristán camina con paso igual por una iglesia que no ve y está satisfecho porque hace florecer uno tras otro los candelabros. Cuando todos están iluminados, se frota las manos. Está orgulloso de sí.

En cuanto a mí, he regulado el paso de las hélices y mantengo el rumbo con aproximación de un grado. Dutertre debe estar maravillado, siempre que observe la brújula...

—Dutertre... yo... el rumbo en la brújula... ¿va bien?

—No, mi capitán. Demasiado deriva. Corrija a la derecha.

—¡Tanto peor!

—Pasamos las líneas, mi capitán. Comienzo las fotos. ¿Qué altitud en el altímetro?

—Diez mil.

VI

—Capitán... ¡brújula!

Exacto. Torcí a la derecha, y no fue por casualidad... Es que la ciudad de Albert me rechaza. La adivino allá lejos, adelante, pero ya pesa sobre mi cuerpo con todo el peso de su "interdicción *a priori*". ¡Qué gran memoria se esconde bajo el espesor de los miembros! Mi cuerpo recuerda las caídas sufridas, las fracturas del cráneo, los comas viscosos como el almíbar, las noches de hospital. Mi cuerpo tiene miedo a los golpes, trata de evitar Albert. Cuando yo no lo vigilo, tuerce hacia la izquierda. Tuerce hacia la izquierda como un caballo viejo que desconfiara, para siempre, del obstáculo que una vez lo asustó. Se trata de mi cuerpo, no de mi espíritu... Cuando me distraigo, mi cuerpo aprovecha solapadamente y se libra de Albert.

Porque en realidad no experimento nada demasiado penoso, ya no deseo que la misión falle. Hace un rato creí formular ese deseo. Pensaba: "Los laringófonos estarán descompuestos. Tengo sueño. Iré a dormir". Creaba una imagen maravillosa de aquella cama de pereza. Pero en lo más hondo, sabía que no se puede esperar nada de una misión no cumplida, excepto una suerte de agria incomodidad. Es como si una muda necesaria hubiera fracasado.

Esto me recuerda el colegio. Cuando era niño...

—¡Capitán!

—¿Qué?

—No, nada... creí ver...

No me gusta nada eso que creyó ver.

Sí... cuando niño, en la escuela, uno se levanta muy temprano, a las seis de la mañana. Hace frío. Se frotan los ojos y se sufre por adelantado a causa de la triste lección de gramática. Por eso se sueña con caer enfermo para despertar en la enfermería donde las religiosas con tocado blanco traerán a las camas tisanas azucaradas. Mil ilusiones se hace uno sobre ese paraíso. Entonces, si estaba resfriado, tosía un poco más de lo necesario, por supuesto. Desde la enfermería donde me despertaba, oía tocar la campana que sonaba para los demás. Si me había excedido en el engaño, aquella campana me castigaba sobradamente, me transformaba en fantasma. Allá afuera, la campana tocaba horas verdaderas, las de la

austeridad de las clases, las del tumulto de los recreos, las del calor del refectorio. Fabricaba, allá afuera, una existencia densa para los vivos, rica en miserias, impaciencias, júbilos, pesares. Yo me sentía robado, olvidado, descorazonado por las tisanas insípidas, por el lecho húmedo y las horas sin rostro.

No hay nada que esperar de una misión incumplida.

VII

Es verdad que a veces, como hoy, por ejemplo, la misión no puede producir satisfacción. Es demasiado evidente que jugamos a imitar la guerra, que jugamos al vigilante y el ladrón. Obedecemos fielmente la moral de nuestros libros de Historia y las reglas de nuestros manuales. En consecuencia, esta noche recorrí el terreno en auto, y el centinela de guardia, tal como lo ordena la consigna, cruzó la bayoneta frente a ese vehículo que... ¡muy bien hubiera podido ser un tanque!, jugamos a cruzar la bayoneta delante de los tanques.

¿Cómo entusiasmarnos con esas diversiones un tanto crueles —en las que, sin lugar a duda, representamos el papel de figurantes—, cuando lo que se nos pide es que lo prosigamos hasta la muerte? La muerte... es demasiado seria para esta diversión.

¿Quién habría de vestirse con entusiasmo? Nadie. Hasta Hochedé, que es un santo, que ha alcanzado el fulgor de ese estado de don permanente que, indudablemente, constituye la acabada realización del hombre, hasta Hochedé se refugia en el silencio. Los camaradas que se visten callan, pues, con aire hosco, y no por pudor de héroes. Esta hosquedad no oculta ningún entusiasmo, dice exactamente lo que dice, y yo me doy cuenta de ello. Es la hosquedad de un gerente que no comprende nada de las consignas que le ha impartido el dueño ausente, pero que, a pesar de todo, sigue siendo fiel. Todos los camaradas sueñan con su cuarto tranquilo, pero no hay en nuestro Grupo uno solo que prefiriera, realmente, ir a dormir.

Pues lo importante no es entusiasmarse. En la derrota no hay esperanza alguna de entusiasmo. Lo importante es vestirse, subir a bordo, despegar. Lo que uno piensa no tiene ninguna importancia. Y el niño que se entusiasmara ante la idea de las lecciones de Gramática me parecería pretencioso y sospechoso. Lo que importa es prepararse para un objetivo que por el momento no se muestra. Ese objetivo no lo es, en absoluto, para inteligencia, sino para el espíritu. El espíritu sabe amar, pero duerme. Sé tan bien como un padre de la Iglesia en qué consiste la tentación. Estar

tentado es estar tentado de ceder, cuando el espíritu duerme, a las razones de la inteligencia.

¿Para qué sirve que me juegue la vida en este alud? No lo sé. Cien veces se me ha repetido: “Deje usted que lo destinen aquí o allá, que allí está su lugar, que será allí más útil que en la escuadrilla. Pilotos se pueden hacer a millares...” La demostración era perentoria, todas las demostraciones son perentorias. Mi inteligencia aprobaba pero mi instinto predominaba sobre la inteligencia.

¿Por qué me parecía irreal ese razonamiento si no tenía nada que objetarle? Me decía: “A los intelectuales se los mantiene en reserva, como si fueran frascos de dulce colocados en estantes de propaganda, para comerlos después de la guerra...” ¡No era una respuesta!

Y hoy, una vez más, despegué, como mis camaradas, contra todos los razonamientos, contra todas las evidencias, contra todas las reacciones del momento. Llegará la hora en que me de cuenta de que tenía razón contra mi razón. Me he prometido, si vivo, un paseo nocturno a través de mi pueblo. Entonces, quizá me habitúe, por fin, yo mismo. Y veré.

Quizá no tenga qué decir acerca de lo que vea. Cuando una mujer me parece bella no tengo nada que decir. La veo sonreír, eso es todo. Los intelectuales desmontan el rostro para explicarlo en función de los fragmentos, pero entonces ya no ven la sonrisa.

Conocer no es desmontar ni explicar. Es acceder a la visión. Más para ver conviene antes participar. Duro aprendizaje...

Mi aldea me ha resultado invisible todo el día. Antes de la misión, se trataba de paredes de adobe y de campesinos, más o menos sucios. Ahora se trata de un poco de grava a diez kilómetros por debajo de mí. Eso es mi aldea.

Pero tal vez esta noche un perro guardián se despierte y ladre. Siempre he gustado de la magia de una aldea que sueña en voz alta, a través de un solo perro guardián, en una noche clara.

No tengo ninguna confianza en hacerme comprender, y me resulta totalmente indiferente. ¡Que se me muestre, simplemente, con sus puertas cerradas sobre las provisiones de granos, sobre el ganado, sobre las costumbres, mi aldea... ordenada para dormir!

Los campesinos, de regreso del campo, una vez terminada la cena, acostados los niños y apagada la lámpara, se hundirán en el silencio. Y ya no habrá nada, salvo —bajo las lindas y tiesas sábanas campesinas— los lentos movimientos de respiración, como el último oleaje que queda en el mar después de la tempestad.

Dios suspende el uso de las riquezas durante el tiempo en que transcurre el balance nocturno. Así, la herencia que se guarda me

aparecerá más claramente cuando los hombres descansan, con las manos abiertas por el sueño inflexible que distiende los dedos hasta la llegada del día.

Entonces tal vez contemple lo que no lleva nombre. Habré marchado como un ciego cuyas palmas lo condujeran hacia el fuego, que no podría describir, pero que, sin embargo, ha hallado. Así, tal vez, se muestre lo que hay que proteger, lo que no se ve pero permanece, a la manera de una brasa, bajo la ceniza de las noches de aldea.

No tenía nada que esperar de una misión incumplida. Para comprender una simple aldea es necesario, ante todo...

—¡Capitán!

—¿Sí?

—¡Seis cazas, seis, adelante a la izquierda!

Sonó como un trueno.

Es necesario... es necesario... me gustaría, sin embargo, que la vida me de a tiempo lo que me corresponde. Me gustaría tener derecho al amor. Me gustaría saber por quién muero...

VIII

—¡Artillero!

—¿Capitán?

—¿Oyó? ¡Seis cazas, seis, adelante, a la izquierda!

—Comprendido, capitán.

—Dutertre, ¿nos han visto?

—Nos vieron. Viran hacia nosotros. Estamos quinientos metros por encima de ellos.

—¡Artillero! ¿Oyó? Volamos quinientos metros por encima de ellos. ¡Dutertre! ¿Lejos todavía?

—...unos segundos.

—¡Artillero! ¿Oyó? Estarán en la cola dentro de unos segundos.

—¡Allí están, ya los veo! Son chicos. Un enjambre de avispas venenosas.

—¡Artillero! Cruzan. Dentro de un segundo los verá. ¡Allá!

—No... no veo nada. ¡Ah! ¡Los veo!

—¡Yo ya no los veo!

—¿Nos persiguen?

—¡Nos persiguen!

—¿Suben mucho?

—No sé... No creo... ¡No!
—¿Qué decide, mi capitán?
El que acaba de hablar es Dutertre.
—¿Qué quiere que decida!
Callamos.

No hay nada que decidir. Eso concierne exclusivamente a Dios. Si virase, acortaría el intervalo que nos separa. Como vamos en línea recta hacia el Sol y como a gran altura no se eleva uno más de quinientos metros sin perder algunos kilómetros en relación a la presa, es posible que antes de llegar a nuestro nivel, en donde recuperarán la velocidad, nos hayan perdido en el Sol.

—¿Artillero! ¿Siempre?
—Siempre.
—¿Les sacamos ventaja?
—¡Hum... no... sí!

Exclusivamente a Dios y al Sol.

En previsión de un eventual combate —por más que un Grupo de Caza más bien asesina que combate—, me esfuerzo, luchando contra él con todos mis músculos, por desbloquear mi balancín congelado. Experimento una sensación extraña, pero aún tengo los cazas en la retina. Y me apoyo con todo mi peso sobre los comandos rígidos.

Una vez más observo que, en realidad, me encuentro mucho menos emocionado en esta acción —que, sin embargo, me reduce a una espera absurda de lo que había estado mientras me vestía. Experimento también una suerte de cólera. Una cólera bienhechora.

Mas ninguna embriaguez del sacrificio. Desearía morder.

—¿Artillero! ¿Los dejamos atrás?
—Los dejamos atrás, mi capitán. Resultará.
—Dutertre... Dutertre...
—¿Mi capitán?
—No... nada.
—¿Qué pasaba, mi capitán?
—Nada... Creía que... nada...

No les diré nada. No debo hacerles semejante jugarreta. Si entro en tirabuzón lo verán. ¡Vaya si se darán cuenta de que entro en tirabuzón!...

No es natural que chorree sudor con cincuenta grados bajo cero. ¡No es natural! ¡Oh! Comprendo lo que pasa, me desvanezco muy suavemente... Muy suavemente...

Veo el tablero de comando; no veo el tablero de comando. Mis manos se debilitan en el volante, no tengo fuerzas ni para hablar. Me abandono. Abandonarse...

Pellizqué el tubo de goma y recibí en las narices la bocanada vivificante. Así pues, no se trata de una falla en el oxígeno. Se trata de... Sí, con toda seguridad, me he comportado como un estúpido. Es el balancín. He realizado esfuerzos de changador, de camionero, contra el balancín. A diez mil metros de altura me he comportado como un luchador de feria, y el oxígeno estaba regulado, tenía que usarlo con discreción. Ahora pago la orgía...

Respiro con mucha frecuencia, mi corazón late rápido, muy rápido. Como un débil cascabel. Nada diré a mi tripulación. Si entro en tirabuzón ¡demasiado pronto lo sabrán! Veo el tablero de comando... no veo el tablero de comando... Y me siento triste en mi sudor.

Dulcemente vuelvo a la vida.

—¡Dutertre!

—¿Mi capitán?

Me gustaría contarle lo que ha pasado.

—Yo... creí... que...

Mas renuncio a expresarme, las palabras consumen demasiado oxígeno y esas tres ya me han dejado sin aliento. Soy un débil, un débil convaleciente...

—¿Qué pasaba, mi capitán?

—No... nada.

—Mi capitán, está usted realmente enigmático. Estoy enigmático, pero estoy vivo.

—... no nos... consiguieron...

—¡Oh, mi capitán, por ahora!

Por ahora, queda todavía Arras.

Durante algunos minutos creí que no volvería en mí, y sin embargo no noté aquella quemante angustia que, según dicen, encanece los cabellos. Y me acuerdo de Sagon. Del testimonio de Sagon, a quien visitamos pocos días después del combate que lo abatió en zona francesa hace ya dos meses. ¿Qué había experimentado Sagon cuando, rodeado por los cazas y, en cierta medida, clavado en el poste de ejecución, se había creído muerto en diez segundos?

Vuelvo a verlo con toda claridad, acostado en la cama del hospital. El empenaje del avión le había enganchado y roto la rodilla cuando saltaba en paracaídas, pero Sagon no sintió el choque. Tiene graves quemaduras en manos y cara, pero en resumidas cuentas, nada de lo que le ha pasado resulta inquietante. Lentamente nos cuenta su historia, con una voz cualquiera, como si se tratara de un informe de trabajo.

—Cuando me vi envuelto en balas luminosas comprendí que tiraban; el tablero estalló, luego percibí un poco de humo —¡no mucho!— que parecía venir de la parte delantera. Pensé que se trataba... usted sabe que allí hay un tubo de conjugación. Oh, no era mucho lo que ardía...

Sagon frunce los labios, considera el asunto. Le parece importante decirnos si ardía mucho o no. Duda:

—De todos modos... era fuego... Entonces les dije que saltaran... ¡En diez segundos el fuego transforma un avión en una antorcha!

—Entonces abrí la trampa de salida. Me equivoqué. Hubo succión de aire... el fuego... Me fastidió.

Una caldera de locomotora os escupe en el vientre un torrente de llamas a los siete mil metros— ¡y eso fastidia! No traicionaré a Sagon exaltando su heroísmo o su pudor. No reconocerá ni el heroísmo ni el pudor. Simplemente dirá: “¡Sí! ¡Sí! me fastidió...” Hace visibles esfuerzos para ser exacto, por otra parte.

Reconozco que es minúsculo el campo de la conciencia, que no acepta sino un problema por vez. Si usted pelea a puñetazos y está preocupado por la estrategia de esa lucha, los puñetazos no lo harán sufrir. Cuando yo creí ahogarme en ocasión de un accidente de hidroavión, el agua helada me pareció tibia. O, mejor dicho, mi conciencia no tuvo en cuenta la temperatura del agua, pues estaba absorbida por otras preocupaciones. La temperatura del agua no dejó ningún rastro en mi recuerdo. Del mismo modo, la conciencia de Sagon estaba absorbida por la técnica de la partida, el universo de Sagon se limitaba a la manivela que gobierna la trampa corrediza, a cierta agarradera del paracaídas cuyo emplazamiento le preocupaba y a la suerte técnica de su tripulación. “¿Saltaron?” No hay respuesta. “¿No hay nadie a bordo?” No hay respuesta.

—Me creí solo, creí que podía partir... (ya tenía el rostro y las manos asadas). Me levanté, pasé sobre la carlinga y me mantuve primero sobre el ala. Una vez allí me incliné hacia adelante: no vi al observador...

El observador, muerto instantáneamente por el tiro de los cazas, yacía en el fondo de la carlinga.

—Entonces me eché hacia atrás y no vi al artillero...

El artillero también se había derrumbado.

—Me creí solo...

Reflexionó:

—Si hubiera sabido... hubiera podido volver a bordo... No ardía tanto... Me quedé así largo rato en el ala... Antes de dejar la carlinga había puesto el avión en trepada. El vuelo era correcto, el aire soportable y me sentía cómodo. ¡Oh, estuve largo tiempo sobre el ala! No sabía qué hacer...

No es que se le plantearan problemas insolubles a Sagon, se creía solo a bordo, el avión ardía y los cazas repetían su paso salpicándole proyectiles. Lo que Sagon quería decirnos es que no experimentaba ningún deseo. No experimentaba nada. Disponía de todo su tiempo, se bañaba en una suerte de bienestar infinito. En el relato reconocía yo, punto por punto, la extraordinaria sensación que acompaña a veces la inminencia de la muerte: un bienestar inesperado... ¡Cómo desmiente la realidad la fantasía de la jadeante precipitación! ¡Sagon permanecía allí, en el ala, como arrojado fuera del tiempo!

—Y luego salté —dijo—, salté mal. Me vi dar vueltas como un torbellino. Temí enredarme en el paracaídas si lo abría demasiado pronto. Esperé estabilizarme. ¡Oh, esperé largamente!...

De modo que Sagon conserva el recuerdo de haber esperado del principio al fin de su aventura. Esperado. Había esperado arder más y más. Luego había esperado sobre el ala, no se sabe qué. Y, en caída libre, vertical hacia el suelo, esperaba todavía. Se trataba sin embargo de Sagon, y hasta de un Sagon rudimentario, más ordinario que de costumbre, de un Sagon perplejo y que, sobre un abismo, pataleaba aburrido.

X

Hace ya dos horas que nos bañamos en una presión exterior reducida al tercio de la presión normal. Lentamente, la tripulación se desgasta. Apenas nos hablamos. Con prudencia, intenté una o dos veces una nueva acción sobre el balancín. No insistí, pues cada vez me sentí penetrado por la misma sensación de agotadora dulzura.

A causa de los virajes que exige la fotografía, Dutertre me previene con mucha anterioridad. Me las arreglo como puedo con lo que me queda de volante. Inclino el avión, tiro hacia mí y, en veinte episodios, consigo los virajes para Dutertre.

—¿Altitud?

—Diez mil doscientos.

Sigo pensando en Sagon... el hombre es siempre el hombre. Somos hombres. Nunca he encontrado en mí, por ejemplo, otra cosa que yo

mismo. Sagon sólo ha conocido a Sagon. Quien muere, muere como fue. En la muerte de un minero común, quien muere es un minero común. ¿Dónde encontramos la demencia obstinada que inventan los literatos para deslumbrarnos?

En España vi cómo, después de varios días de trabajo, subían a un hombre desde el sótano de una casa destruida por una bomba. La muchedumbre rodeaba en silencio y —según me pareció— con timidez repentina, a aquel que casi volvía del más allá, todavía cubierto por cascotes, medio atontado por la asfixia y por el ayuno, semejante a un monstruo extinguido. Cuando algunos se animaron a interrogarlo y él prestó una débil atención a las preguntas, la timidez de la muchedumbre se transformó en malestar.

Ensayaban sobre él torpes claves, pues nadie sabía formular la verdadera pregunta. Le decían: “¿Qué sentía usted? ... ¿Qué pensaba? ... ¿Qué hacía?...” De esa manera se arrojaban al azar pasarelas por encima de un abismo, del mismo modo como se hubiera utilizado una primera convención para alcanzar en la noche el sordomudo ciego al que se intentara socorrer.

Pero cuando el hombre pudo contestarnos, respondió:

—Ah, sí, oía largos crujidos...

O...

—Estaba muy preocupado. Era largo. Ah, era muy largo...

O...

—Me dolían los riñones... me dolían mucho...

Y el buen hombre sólo nos hablaba del buen hombre. Nos hablaba sobre todo del reloj que había perdido...

—Lo busqué... Lo quería mucho... Pero en la oscuridad...

Y es así, la vida le había enseñado la sensación del tiempo que fluye, o el amor por los objetos familiares. Entonces él se valía del hombre que era para sentir su universo, aunque fuera el universo de un derrumbe en la noche. Y a la pregunta fundamental que nadie sabía formular, pero que dominaba todos los intentos, a la pregunta “¿Quién era usted? ¿Quién ha surgido en usted?”, no pudo responder sino: “Yo mismo...”

No hay circunstancia que despierte en nosotros a un extraño del que nada hubiéramos sospechado. Vivir es nacer lentamente. ¡Sería demasiado cómodo tomar almas acabadas!

A veces una súbita iluminación parece bifurcar un destino. Pero la iluminación sólo es la visión súbita que el espíritu tiene de un camino lentamente preparado. Lentamente aprendí la gramática, me ejercitaron en sintaxis, despertaron mis sentimientos, y he aquí que de pronto un poema me llega al corazón.

Es verdad que, por el momento, no siento ninguna clase de amor, pero si me es revelado esta noche algo, será porque habré aportado pesadamente mis piedras en la construcción invisible. Preparo una fiesta. No tendré derecho a hablar de aparición súbita en mí de otro que no sea yo, puesto que soy yo mismo el que construye ese otro.

No tengo nada que esperar de la aventura de guerra fuera de esa lenta preparación. Más tarde, ella pagará como la gramática...

Todo rastro de vida se ha embotado en nosotros a causa de este lento desgaste. Envejecemos. La misión envejece. ¿Cuál es el precio de la gran altura? Una hora vivida a diez mil metros, ¿equivale a una semana, tres semanas, un mes de vida orgánica, de trabajos del corazón, de los pulmones, de las arterias? Poco me importa, por otra parte. Mis semidesvanecimientos me han agregado siglos; estoy inmerso en la serenidad de los ancianos. Las emociones de cuando me vestía me parecen infinitamente lejanas, perdidas en el pasado. Arras, infinitamente lejana en el porvenir. ¿La aventura de guerra? ¿Dónde hay aventura de guerra?

Hace diez minutos estuve a punto de desaparecer, y sin embargo no tengo nada que contar fuera del paso de aquellas minúsculas avispas que entreví durante tres segundos. La verdadera aventura hubiera durado un décimo de segundo, y entre nosotros no se vuelve, nunca se vuelve para contarla.

—Pedal a la izquierda, mi capitán.

¡Dutertre ha olvidado que mi balancín está congelado! Por mi parte pienso en un grabado que me deslumbrara en la infancia. En él se veía, sobre un fondo de aureola boreal, un extraordinario cementerio de naves perdidas, inmovilizadas en los mares australes, que abrían, en la luz cenicienta de una suerte de noche eterna, sus brazos cristalizados, y que aún tendían, en una atmósfera muerta, las velas que todavía conservaban las trazas del viento, como conserva un lecho las trazas de una espalda amada. Pero se las sentía tías y crujientes.

Aquí, todo está congelado. Mis comandos están congelados, mis ametralladoras están congeladas, y cuando interrogo al artillero acerca de las suyas:

—¿Sus ametralladoras?...

—Nada.

—Ah, bueno.

Escupo agujas de hielo en el tubo de expiración de mi máscara. De tanto en tanto tengo que aplastar, a través de la goma flexible, el tapón de escarcha que me ahoga. Cuando lo aprieto, lo siento crujir en la palma de mi mano.

—¡Artillero! ¿Anda bien el oxígeno?

—Va bien.

—¿Qué presión tienen los botellones?

—Eh... setenta...

—Ah, bueno.

También el tiempo se ha congelado para nosotros. Somos tres viejos de barba blanca. Nada se mueve. Nada es urgente. Nada es cruel.

¿La aventura de guerra? Un día el comandante Alias se creyó en el deber de decirme:

—Trate de tener cuidado.

¿Cuidado de qué, comandante Alias? Los cazas le caen encima a uno como el rayo. Los cazas que dominan a mil quinientos metros de altura, al descubrirlo a uno por debajo, se toman su tiempo. Dan vueltas, se orientan, se ubican. Usted, por el momento, lo ignora todo. Usted es el ratón aprisionado en la sombra del ave de rapiña. El ratón se imagina que vive, retoza en los trigales, pero ya está prisionero en la retina del gavilán, más fijo a esa retina que a una liga, pues el gavilán ya no lo abandonará.

Del mismo modo, continúa usted piloteando, soñando, observando la tierra, cuando está ya condenado por el imperceptible signo negro que se ha formado en la retina de un hombre.

Los nueve aviones del grupo de cazas oscilarán verticalmente cuando les parezca. Tienen todo el tiempo por delante. A novecientos kilómetros por hora darán el prodigioso golpe de arpón que nunca yerra la presa. Una escuadra de bombardeo constituye una potencia de tiro que ofrece oportunidades a la defensa, pero la tripulación de reconocimiento, aislada en pleno cielo, nunca vence a las setenta y dos ametralladoras que, por otra parte, sólo se le revelarán en el haz luminoso de las balas.

En el mismo instante en que usted se dará cuenta de que hay combate, el caza, después de dejar su veneno de un solo golpe, como la cobra, ya neutral e inaccesible, lo sobrevolará. De esa misma manera se balancean las cobras, arrojan su dardo, y retoman el balanceo.

Así, nada ha cambiado todavía una vez desaparecido el grupo de caza, ni siquiera los rostros han cambiado. Ahora, que el cielo está vacío y ha renacido la calma, ahora cambian. El caza no es ya más que un testigo imparcial cuando, de la carótida seccionada del observador, escapa el primero de los espasmos de sangre; cuando del *capot* del motor derecho se filtra, vacilante, la primera llama de la fragua. Cuando el veneno penetra en el corazón y cuando el primer músculo del rostro comienza a hacer muecas, la cobra ya se ha replegado. El grupo de cazas no mata, siembra la muerte. La muerte germina después de su paso.

¿Cuidado de qué, comandante Alias? Cuando nos cruzamos con los cazas no tenía yo nada que decidir. Podía no haberlos conocido. Si me hubieran dominado, jamás los habría conocido.

¿Cuidado de qué? El cielo está vacío.

La tierra está vacía.

No hay hombres cuando se observa desde diez kilómetros de distancia. En esta escala los pasos del hombre ya no se leen. Nuestras cámaras fotográficas de largo alcance nos sirven ahora de microscopio. Es necesario el microscopio para captar no ya al hombre —que escapa aún a este instrumento— sino los signos de su presencia, las rutas, los canales, los convoyes, las chalanas. El hombre siembra una laminilla de microscopio. Soy un sabio de hielo y la guerra de los hombres ya no es para mí más un estudio de laboratorio.

—¿Tiran, Dutertre?

—Creo que tiran.

Dutertre no sabe nada. Los estallidos son demasiado lejanos y los manchones de humo se confunden con el suelo. No pueden soñar con abatirnos con un tiro tan impreciso. A diez mil metros, somos prácticamente invulnerables. Tiran para ubicarnos y quizá para guiar la caza hacia nosotros. Una caza perdida en el cielo como un polvillo invisible.

Los de la tierra nos distinguen gracias a la bufanda de nácar que el avión que vuela a gran altura arrastra como un velo de novia. La conmoción que produce el paso del bólido cristaliza el vapor de agua de la atmósfera. Y desplegamos, a nuestras espaldas, un cirrus de agujas de hielo. Si las condiciones exteriores son propicias para la formación de nubes, esa estela aumentará lentamente hasta convertirse en nube nocturna sobre la campiña.

La radio de a bordo, los cohetes y el lujo ostentoso de nuestra bufanda blanca guían a los cazas hacia nosotros. Sin embargo, nos hundimos en un vacío casi sideral.

Navegamos, lo sé bien, a quinientos treinta kilómetros por hora... Sin embargo, todo se ha vuelto inmóvil. La velocidad se muestra en una pista de carreras. Pero aquí, todo está sumergido en el espacio. Por eso, la tierra, a pesar de sus cuarenta y dos kilómetros por segundo, gira lentamente alrededor del Sol y emplea en ello un año. También nosotros, tal vez, nos incorporamos lentamente a este ejercicio de gravitación. ¿La densidad de la guerra aérea? ¡Granos de polvo en una catedral! Granos de polvo también nosotros, quizás atraigamos unas decenas o centenas de otros granos de polvo. Y toda esta ceniza, como si se sacudiera un tapiz, asciende lentamente al Sol.

¿Cuidado de qué, comandante Alias? Sólo veo, en línea vertical, *bibelots* de otra época bajo un cristal puro que no se estremece. Me inclino sobre las vitrinas de museo, mas ellas se presentan a contraluz. Muy lejos, ante nosotros, están sin duda Dunkerque y el mar. Pero en línea oblicua no distingo gran cosa. El Sol está demasiado bajo ahora y sólo veo una gran placa que reverbera.

—¿Ve algo, Dutertre, a través de esta porquería?

—Verticalmente sí, mi capitán. . .

—¡Eh, artillero! ¿No hay novedades de los cazas?

—No hay novedades...

En realidad, ignoro por completo si nos persiguen o no, y si desde tierra nos ven o no arrastrar una cantidad de babas del diablo semejantes a la nuestra.

“Baba del Diablo” me hace soñar. Viene a mi mente una imagen que considero, en un comienzo, encantadora: “...Inaccesibles, como una hermosísima mujer, proseguimos nuestro destino arrastrando lentamente un traje de cola de estrellas de hielo...”

—¡Déle pedal a la izquierda!

Ésa es la realidad. Pero vuelvo a mi poesía de pacotilla:

“... este viraje provocará el viraje de un cielo entero de enamorados...”

—Pedal a la izquierda... Pedal a la izquierda...

¡Si fuera posible!

La hermosísima mujer equivoca el viraje.

—Si usted canta... hincará el pico... mi capitán,

¿Así que canté?

Además, Dutertre me quita todo deseo de música ligera:

—Casi he terminado las fotos. Pronto podrá descender en dirección a Arras.

Podré... Podré... ¡Con toda seguridad! Hay que aprovechar las buenas ocasiones.

¡Caramba! Las llaves del gas también están congeladas...

Y me digo:

—Esta semana ha vuelto una misión de cada tres. El peligro de guerra es, pues, muy grande. Sin embargo, si nos contamos entre los que vuelve, no tendremos nada que narrar. He vivido aventuras en otras ocasiones, como la creación de las líneas postales, la disidencia del Sahara, América del Sur. Pero la guerra no es una verdadera aventura, sólo es un *ersatz* de aventura. La aventura descansa sobre la riqueza de los lazos que establece, de los problemas que plantea, de las creaciones que provoca. No

basta, para transformar en aventura el simple juego de cara o seca, comprometer en él la vida y la muerte. La guerra no es una aventura, la guerra es una enfermedad, como el tifus.

Tal vez más adelante comprenda que mi única verdadera aventura de guerra fue la de mi habitación de Orconte.

XI

—Durante el invierno de 1939, que fue muy duro, mi grupo acampó en Orconte, pueblo de los alrededores de Saint-Dizier. Allí vivía yo en una granja de paredes de adobe. Por la noche la temperatura descendía lo suficiente como para transformar en hielo el agua de mi rústica palangana, y, evidentemente, el primer acto que cumplía antes de vestirme era encender el fuego. Pero este gesto me exigía abandonar el lecho en donde tenía calor y en donde me amodorraba con delicia.

Nada me parecía más maravilloso que aquella simple cama monástica, en aquel cuarto vacío y helado. Allí gustaba la beatitud del descanso después de las duras jornadas, allí gustaba la seguridad, nada me amenazaba. Durante el día mi cuerpo se ofrecía a los rigores de la altura y a los proyectiles desgarrantes. Durante el día, mi cuerpo podía trocarse en nido de sufrimientos y ser injustamente deshecho. Durante el día, el cuerpo no me pertenecía, no me pertenecía más. Podían quitarle miembros, podían sacarle sangre. Pues es también un hecho de guerra el que el cuerpo se transforme en almacén de accesorios que ya no nos pertenecen. Viene el ujier y reclama los ojos, y le cedemos el don de ver. Viene el ujier y reclama las piernas, y le cedemos el don de caminar. Viene el ujier, con su antorcha, y nos reclama toda la carne del rostro, y nosotros, que le hemos cedido en tributo el don de sonreír y de mostrar nuestra amistad a los hombres, no somos ya sino monstruos.

En consecuencia, este cuerpo que durante el día podía revelarse como mi enemigo y hacerme daño, este cuerpo que podía trocarse en fábrica de lamentos, resulta que seguía siendo mi amigo, obediente y fraternal, bien apelotonado bajo las sábanas en mi duermevela, sin confiar a mi conciencia otra cosa que su placer de vivir, su ronroneo dichoso. Pero tenía que sacarlo del lecho, lavarlo en el agua helada, afeitarlo y vestirlo, para ofrecerlo, con toda corrección, al estallido de la fragua. Y este abandono del lecho se asemejaba a la separación de los brazos maternos, del seno materno, a todo lo que a lo largo de la infancia mima, acaricia, protege el cuerpo de un niño.

Entonces, después de pesar bien mi decisión, de madurarla y retardarla, saltaba de golpe, con los dientes apretados, hasta la chimenea, en la que derrumbaba una pila de leña que rociaba previamente de nafta. Luego, una vez que ésta ardía, volvía —después de una exitosa segunda travesía de mi habitación— a hundirme en mi lecho, donde reencontraba mi lindo calorcito y en donde, metido bajo las colchas y el edredón, asomando sólo el ojo izquierdo, vigilaba mi chimenea. Al comienzo casi no prendía, luego iluminaba el techo con rápidos relámpagos y más tarde el fuego comenzaba a instalarse dentro de la chimenea como si una fiesta se organizase. Comenzaba a crepitar, a roncar, a cantar. Era alegre como un banquete de bodas campesinas, cuando la gente comienza a beber, a acalorarse, a darse codazos.

O bien me parecía que ese mi fuego bienhechor me protegía como un perro ovejero activo, fiel y diligente, que cumplía cabalmente su misión. Al contemplarlo sentía un sordo júbilo. Y, una vez que la fiesta estaba en su plenitud, con aquella danza de sombras en el techo y aquella cálida música dorada, y en los rincones se levantaban ya construcciones de brasas, una vez que mi habitación se había impregnado de aquel mágico olor a humo y a resina, entonces abandonaba yo de un salto a un amigo por el otro, corría de mi lecho a mi fuego, iba hacia el más generoso, y no sé muy bien si me asaba allí el vientre o me calentaba el corazón. Entre dos tentaciones había cedido cobardemente a la más fuerte, a la más rutilante, a aquella que, con su fanfarria y sus relámpagos hacía mejor su propaganda.

Así, por tres veces, primero para encender mi fuego, acostarme y volver a recoger la cosecha de llamas, por tres veces, castañeteándome los dientes, atravesé las estepas desiertas y heladas de mi habitación y supe algo de las expediciones polares. Había andado a través del desierto hacia una escala de bienaventuranza, que danza ante mí, para mí, su danza de perro ovejero.

Esta historia parece insignificante, y sin embargo era una gran aventura. Mi habitación me mostraba en transparencia lo que jamás hubiera podido descubrir allí si hubiese visitado alguna vez la granja en calidad de turista. Sólo me hubiera entregado entonces su vacío banal apenas poblado con una cama, una palangana y una triste chimenea. Hubiese bostezado allí unos minutos. ¿Cómo hubiese yo podido distinguir sus tres provincias, sus tres civilizaciones, la del sueño, la del fuego, la del desierto? ¿Cómo hubiese podido presentir la aventura del cuerpo, que es al principio un cuerpo de niño colgado del seno materno, acogido y protegido; luego un cuerpo de soldado, hecho para sufrir; luego un cuerpo de hombre enriquecido por la alegría de la civilización del fuego, el polo de la tribu? El fuego honra al huésped y a sus camaradas. Si visitan a su amigo

participan de su festín, arriman sus sillas a la de él, y, al hablar de los problemas del día, de las inquietudes y los quehaceres fastidiosos, dicen mientras se frotan las manos y cargan la pipa: “¡Pese a todo un fuego es agradable!”

Pero ya no hay fuego que me haga creer en la ternura, ya no hay habitación helada que me haga creer en la aventura. Me despierto del sueño. Sólo hay un vacío absoluto, sólo hay una extrema vejez, sólo hay una voz —la de Dutertre— que obstinada en su deseo quimérico me dice:

—Un poco de pedal a la izquierda, mi capitán.

XII

Hago correctamente mi oficio, lo cual no impide que pertenezca a una tripulación en derrota. Me sumerjo en la derrota. La derrota rezuma de todas partes, y hasta en mi misma mano llevo un signo de ella.

Las llaves del gas están congeladas. Estoy condenado al máximo de revoluciones, y de aquí que dos trozos de chatarra me plantean problemas inextricables.

En el avión que piloteo el aumento del paso de las hélices tiene un límite demasiado bajo. Si pico a pleno régimen no puedo pretender evitar una velocidad cercana a los ochocientos kilómetros por hora y el exceso de aceleración de los motores. Ahora bien, este exceso implica riesgos de ruptura.

En rigor, podría cerrar los contactos, pero así provocaría una falla definitiva, falla que tendría como consecuencia el fracaso de la misión y la eventual pérdida del avión. No todos los terrenos son apropiados para el aterrizaje de un aparato que toma contacto con la tierra a ciento ochenta kilómetros por hora.

Por lo tanto, es esencial que libere las llaves. Después de un primer esfuerzo lo consigo con la izquierda, pero la derecha sigue resistiendo.

Ahora podría descender a una velocidad de vuelo aceptable, siempre que redujera por lo menos el régimen del motor sobre el cual ya puedo actuar, el izquierdo. Pero si reduzco el régimen del motor izquierdo, tendré que compensar la tracción lateral del motor derecho, la cual tenderá, evidentemente, a hacer girar el avión hacia la izquierda. Tendré que resistir esta rotación. Ahora bien, el balancín del que depende esta maniobra, está también completamente congelado. Por lo tanto, me es imposible compensar nada. Si reduzco el régimen del motor de la izquierda, entro en tirabuzón.

No tendré otro recurso, pues; que correr el riesgo de sobrepasar, durante mi descanso, el régimen teórico de ruptura. Tres mil quinientas revoluciones, peligro de ruptura.

Todo esto es absurdo, nada funciona bien. Nuestro mundo está compuesto de engranajes que no se ajustan unos a otros. No es cuestión de materiales, sino del relojero. Falta el relojero.

Después de nueve meses de guerra no hemos conseguido todavía que las industrias correspondientes adapten las ametralladoras y los comandos al clima de gran altura. Y no se trata de que choquemos con la incuria de los hombres; los hombres, en su mayor parte, son honestos y concienzudos. Su inercia, casi siempre, es una consecuencia y no una causa, de su ineficacia.

La ineficacia gravita sobre todos nosotros como una fatalidad, gravita sobre los soldados de infantería que enfrentan los tanques con bayonetas, gravita sobre las tripulaciones que luchan una contra diez, gravita inclusive sobre los que deberían tener por misión modificar las ametralladoras y los comandos.

Vivimos en el vientre ciego de una administración. Una administración es una máquina. Cuanto más se perfecciona una administración, tanto más elimina la arbitrariedad humana. En una administración perfecta, en la que el hombre desempeña el papel de engranaje, la pereza, la deshonestidad y la injusticia no tendrían ocasión de producir estragos.

Del mismo modo que la máquina, hecha para administrar una sucesión de movimientos previstos de una vez para siempre, la administración es incapaz de crear nada. Administra. Aplica tal sanción a tal falta, tal solución a tal problema. Una administración no está concebida para resolver problemas nuevos. Si se introducen trozos de madera en una máquina, no saldrán muebles. Para que la máquina se adaptara sería necesario que un hombre dispusiera del derecho de transformarla. Pero en una administración, concebida para salvar los inconvenientes de la arbitrariedad humana, los engranajes rechazan la intervención del hombre. Rechazan al relojero.

Fermo parte del Grupo 2/33 a partir de noviembre. Desde mi llegada mis camaradas me advirtieron:

—Te pasearás por Alemania sin ametralladoras ni comandos.

Y luego, para consolarme:

—Tranquilízate. No pierdes nada. Los cazas te abaten siempre antes de que los descubras.

Seis meses más tarde, estamos en mayo, ametralladoras y comandos siguen congelándose.

Pienso en una fórmula tan vieja como mi patria: “A Francia, cuando todo parece perdido, un milagro la salva”. Ahora comprendo por qué. A veces ocurre que un desastre desbarata la hermosa máquina administrativa y ésta, irreparablemente averiada, es sustituida, a falta de algo mejor, por simples hombres. Y los hombres lo salvan todo.

Cuando una bomba haya reducido a cenizas el Ministerio del Aire, se convocará con urgencia a un cabo cualquiera y se le dirá:

—Queda usted encargado de descongelar todos los comandos, dispone usted de todos los derechos. Arrégleselas. Pero si dentro de quince días continúan congelándose, irá preso. Entonces, tal vez los comandos se descongelen.

Conozco cien ejemplos de esta tara. Las comisiones de requisa de un departamento del Norte, por ejemplo, requisaron terneras preñadas, con lo que convirtieron los mataderos en cementerios de fetos. Ningún engranaje de la máquina, ningún coronel del servicio de requisa, tenía condiciones para actuar de otro modo que no fuera el de un engranaje. Todos ellos obedecían a otro engranaje, como en un reloj. Toda rebeldía era inútil. Por eso esta máquina, una vez que comenzó a descomponerse, se dedicó alegremente a abatir terneras preñadas. Quizá fuera éste un mal menor, pues hubiera podido, de descomponerse más gravemente, comenzar a abatir coroneles.

Me siento desalentado hasta la médula por este deterioro universal. Pero como me parece inútil hacer saltar en seguida uno de los motores, ejerzo una nueva presión sobre la llave derecha. Disgustado, exagero el esfuerzo. Luego abandono la tarea, pero eso me ha costado ya una nueva punzada en el corazón. Decididamente, el hombre no está hecho para practicar gimnasia a diez mil metros de altura. Esta punzada es un dolor en sordina, una suerte de conciencia local extrañamente despierta en la noche de los órganos.

Los motores saltarán si así lo desean. Me importa un rábano. Me esfuerzo por respirar. Me parece que ya no respiraría si me permitiera la distracción. Recuerdo los fuelles de otras épocas, con cuya ayuda se reanimaba el fuego. Yo reanimo mi fuego. Quisiera decidirlo a “prender”.

¿Qué he cometido de irreparable? A diez mil metros un esfuerzo físico algo rudo puede producir un desgarramiento en los músculos del corazón. Un corazón es algo muy frágil, y debe servir por mucho tiempo. Es absurdo comprometerlo en trabajos tan groseros. Es como si quemáramos diamantes para cocer una manzana.

Es como quemar todos los pueblos del Norte sin que su destrucción sirva para retardar el avance alemán ni siquiera por medio día. Y sin embargo, veo arder, de Dunkerque a Alsacia, toda esa provisión de pueblos, de viejas iglesias, de antiguas casas con toda su carga de recuerdos, con sus pisos de nogal lustrado, su hermosa ropa en los armarios, con encajes en las ventanas, que habían servido hasta hoy sin estropearse. Ahora, desde Dunkerque a Alsacia, veo cómo todo esto arde.

Arder es una palabra que significa demasiado cuando se observa desde diez mil metros, pues tanto sobre los pueblos como sobre los bosques sólo se ve un humo inmóvil, una especie de escarcha blanquecina. El fuego no es más que una digestión secreta. Desde diez mil metros el tiempo parece más lento, puesto que ya no hay movimiento, ya no hay llamas crujiendo, ni vigas que estallen, ni negros torbellinos de humo; sólo esa leche grisácea fijada en el ámbar.

¿Habrán de curar ese bosque, ese pueblo? Desde donde me encuentro, observo que el fuego corroe con la lentitud de una enfermedad.

También acerca de esto hay mucho que decir. “No haremos economía de aldeas”. He oído estas palabras, y eran necesarias. En la guerra, una aldea deja de ser un nudo de tradiciones. En manos del enemigo sólo es un nido de ratas. Todo cambia de sentido. Algunos viejos árboles tricentenarios cobijan la antigua casa de familia, pero estorban el campo de tiro de un teniente de veintidós años, de modo que éste manda unos quince hombres a aniquilar la obra del tiempo. En una acción de diez minutos destroza trescientos años de paciencia y de Sol, trescientos años de religión de la casa y de noviazgos bajo el follaje del parque. Le decimos:

—¡Mis árboles!

El teniente no nos oye, él hace la guerra, él tiene razón.

Y se queman las aldeas para representar el juego de la guerra, así como se desmantelan los parques, se sacrifican las tripulaciones y se enfrentan los tanques con la infantería. Un malestar inexpresable domina, pues nada sirve para nada.

El enemigo ha reconocido una evidencia y la explota. Los hombres ocupan poco lugar en la inmensidad de las tierras. Se necesitarían cien millones de soldados para levantar una muralla ininterrumpida; por lo tanto, entre las tropas hay agujeros. En principio estos agujeros están anulados por la movilidad de tropas, pero desde el punto de vista de la maquinaria blindada, un ejército enemigo poco motorizado equivale a un ejército inmóvil. Por lo tanto los agujeros constituyen verdaderas aberturas. De allí proviene esta simple regla del empleo táctico: “La división blindada debe actuar como el agua, debe presionar apenas contra la pared del adversario y avanzar únicamente allí donde no encuentre

ninguna resistencia". Ésa es la manera en que presionan los tanques contra la pared y como siempre hay agujeros, siempre pasan.

Sin embargo, esas incursiones de tanques que circulan libremente dada la carencia de tanques para oponerles, producen consecuencias irreparables, a pesar de que aparentemente sólo causen destrucciones superficiales, tales como la captura de estados mayores locales, la interrupción de líneas telefónicas, el incendio de pueblos. Pero desempeñan el papel de agentes químicos que no destruyen el organismo, sino los nervios y los ganglios. En el territorio que los tanques barrieron como un relámpago, no hay ejército, ni siquiera el que da la impresión de estar casi intacto, que conserve el carácter de ejército, pues se ha transformado en grumos aislados. Donde había un organismo sólo queda una suma de órganos cuyos lazos se han deshecho. Entre los grumos — por combativos que sean los hombres que los integran— el enemigo avanza como le place. Cuando no es más que una suma de soldados, un ejército deja de ser eficaz.

No se fabrica un material en quince días. Ni mucho menos... ¡La carrera armamentista teníamos que perderla, forzosamente, pues éramos cuarenta millones de agricultores frente a ochenta millones de industriales!

Disponemos de un hombre para oponer a tres del enemigo, de un avión contra diez o veinte y, después de Dunkerque, de un tanque contra cien. No podemos darnos el gusto de meditar sobre el pasado. Asistimos al presente. El presente es así. Ningún sacrificio, nunca ni en ninguna parte, podrá retardar el avance alemán.

De tal modo, una suerte de mala conciencia que ni puede ni se atreve a expresarse impregna las jerarquías civiles y militares desde la cima a la base, desde el plomero al ministro, del soldado al general. El sacrificio pierde toda grandeza cuando sólo es una parodia o un suicidio. Es hermoso sacrificarse, unos mueren para que otros se salven. En el incendio cumplimos el papel del fuego; en el campo atrincherado luchamos hasta la muerte para dar tiempo a los salvadores. Sí, pero —se haga lo que se haga— el fuego se apoderará de todo; y no hay campo donde atrincherarse, no hay que esperar salvadores. Pareciera que simplemente provocamos el asesinato de aquellos por los cuales combatimos, por los cuales pretendemos combatir, pues el avión, que aplasta las ciudades en la retaguardia de las tropas, ha cambiado la guerra.

Más tarde oíré a algunos extranjeros reprochar a Francia el haber dejado de volar unos pocos puentes, de incendiar unas pocas aldeas, reprocharle los hombres que no murieron. Mas lo que me conmueve es lo contrario, exactamente lo contrario. Es nuestra inmensa buena voluntad para taparnos los ojos y los oídos, es nuestra lucha desesperada contra la evidencia. A pesar de que nada sirva para nada, volamos los puentes,

aunque sólo sea por seguir el juego. Por seguir el juego quemamos pueblos verdaderos, y por seguir el juego nuestros hombres mueren.

¡Naturalmente, de algunas cosas nos olvidamos! Olvidamos puentes, olvidamos aldeas, dejamos algunos hombres con vida. Pero el drama de esta derrota reside en quitar toda significación a los actos. Quien hace volar un puente sólo puede hacerlo a disgusto. El soldado no retrasa al enemigo, tan sólo fabrica un puente en ruinas. ¡Estropea su país para extraer de él una hermosa caricatura de guerra!

Para que los actos se cumplan con fervor es necesario que su significación se manifieste. Es hermoso incendiar cosechas que enterrarán al enemigo bajo sus cenizas. Pero el enemigo, apoyado en sus ciento sesenta divisiones, se ríe de nuestros incendios y de nuestros muertos. Es necesario que la significación del incendio del pueblo guarde equilibrio con la significación del pueblo. Ahora bien, el papel de pueblo incendiado sólo es una caricatura.

Es necesario que la significación de la muerte guarde equilibrio con la muerte misma. ¿Luchan bien o mal los hombres? La pregunta misma carece de sentido. Se sabe que la defensa teórica de un pueblo importante llevará tres horas; sin embargo, los hombres tienen orden de resistir. Sin medios para combatir, ellos mismos piden al enemigo que destruya el pueblo para que las reglas del juego de la guerra sean respetadas. Tal como hace el caballeresco ajedrecista: “Te has olvidado de comerme el peón...”

Se desafiará, pues, al enemigo:

—Nosotros somos los defensores de este pueblo, ustedes los que lo asaltan. ¡Adelante!

Comprendida la cuestión, una escuadrilla aplasta a un pueblo de un pisotón.

—¡Buena jugada!

Es cierto que hay hombres inertes, pero la inercia es una forma frustrada de la desesperación. También es cierto que hay hombres que huyen. Hasta el comandante Alias amenazó dos o tres veces con el revólver a tristes desechos humanos que encontrábamos en los caminos y que contestaban atravesadamente a sus preguntas. ¡Uno tiene tantos deseos de tener entre las manos al responsable de un desastre y de suprimirlo para salvarlo todo! Los hombres que huyen son responsables de la huida, puesto que no habría huida sin hombres que huyeran. Por lo tanto, si uno apunta el revólver, todo se arreglará... Pero en este caso se trata de enterrar a los enfermos para suprimir la enfermedad. El comandante Alias, al fin de cuentas, metía su revólver en el bolsillo ya que ese revólver, de golpe, había tomado un aspecto demasiado pomposo a sus propios ojos,

semejante al de un sable de ópera. Alias se daba cuenta de que esos tristes soldados sólo eran consecuencias del desastre, y no sus causas.

Alias sabe perfectamente que esos hombres son los mismos, exactamente los mismos que, por lo demás, aun hoy aceptan morir. Desde hace quince días han aceptado ciento cincuenta mil. Pero hay cabezas duras que exigen que se les proporcione un buen pretexto.

Es difícil formular un buen pretexto.

El corredor correrá la carrera de su vida contra corredores de la misma categoría. Pero desde la partida se da cuenta de que arrastra con el pie un grillete de preso. Los participantes son ligeros como alas. Entonces la lucha ya no tiene ningún significado. El hombre abandona:

—No tiene sentido...

—¡Pero sí! ¡Pero sí!...

¿Qué inventar para decidir al hombre a jugarse entero, aun cuando la carrera no es ya una carrera?

Alias sabe muy bien qué piensan los soldados. Ellos también piensan:

—No tiene sentido...

Alias guarda el revólver y busca una respuesta adecuada.

Sólo hay una respuesta adecuada. Una sola. Desafío a cualquiera a que encuentre otra. Es ésta:

—La muerte de ustedes no cambiará nada, pues ya está consumada la derrota. Pero es conveniente que una derrota se manifieste por medio de muertos, pues debe ser un duelo. Ustedes están de servicio para desempeñar ese papel.

—Bien, mi comandante.

Alias no desprecia a los fugitivos. Demasiado sabe que su respuesta adecuada siempre ha bastado. Él mismo acepta la muerte. Todas sus tripulaciones aceptan la muerte. También para nosotros ha bastado esa respuesta adecuada, apenas esbozada:

—Es muy embromado... Pero al Estado Mayor le interesa. Le interesa mucho... Es así.

—Bien, mi comandante.

Yo simplemente creo que los que han muerto sirven de garantía a los otros.

XIV

Tanto envejecí que he dejado todo atrás. Miro la gran placa reverberante de mi vitrina. Allá abajo están los hombres, infusorios sobre una laminilla

microscópica. ¿Quién puede interesarse por los dramas de familia de los infusorios?

Si no fuera por este dolor en el corazón que me parece tan vivo, caería en vagos ensueños, como un tirano envejecido. Hace diez minutos inventaba esta historia de figurante. Era falsa hasta la náusea. ¿Pensé acaso en tiernos suspiros cuando vi los cazas? Pensé en avispas punzantes. Eso sí. ¡Qué diminutas eran esas porquerías!

¡Pensar que pude inventar la imagen del traje de cola sin que eso me molestara! Sin embargo, no pensé realmente en un traje de cola, por la simple razón de que jamás vi mi propia estela. Desde esta carlinga en la que me hallo encerrado como una pipa en su estuche, me es imposible observar nada a mis espaldas. Miro hacia atrás con los ojos de mi artillero. Y eso ¡si los laringófonos no funcionan mal! Mi artillero nunca me dijo: “Ahí están los pretendientes enamorados de nosotros, que siguen nuestro traje de cola...”

Sólo hay escepticismo y charlatanería. Es verdad que me gustaría creer, que me gustaría luchar, que me gustaría vencer, pero por mucho que —incendiando nuestros propios pueblos— se simule creer, luchar, vencer, es muy difícil extraer de ello algún entusiasmo.

Es difícil existir. El hombre es tan sólo un nudo de relaciones, y mis lazos ya no valen gran cosa.

¿Qué es lo que no marcha bien en mí? ¿Cuál es el secreto de los cambios? ¿Por qué razón lo que ahora me resulta lejano y abstracto, en otras circunstancias puede llegar a trastornarme? ¿Por qué razón una palabra, un gesto, pueden dar vueltas y vueltas sin fin en un destino? ¿Por qué razón, si soy Pasteur, hasta los movimientos de los infusorios pueden resultarme patéticos al punto de que una laminilla de microscopio se me aparecerá como un territorio tan vasto como la selva virgen, y me permitirá vivir, inclinado sobre ella, la más sublime de las formas de la aventura?

¿Por qué este punto negro que es una casa de hombres, allá...?

Y me asalta un recuerdo.

Cuando era niño... me remonto lejos en mi infancia. ¡La infancia, ese enorme territorio del que todos hemos salido! ¿De dónde provengo? Provengo de mi infancia. De mi infancia, como de un país... Cuando era yo pequeño, pues, viví una noche una extraña experiencia.

Tenía cinco o seis años. Eran las ocho. A las ocho los niños tienen que dormir, sobre todo en invierno, pues ya es de noche. Sin embargo, me habían olvidado.

En la planta baja de aquella casona de campo había un vestíbulo que me parecía inmenso, al cual daba la pieza cálida en la que nosotros, los niños, cenábamos. Siempre había temido aquel vestíbulo. Tal vez a causa de la débil lámpara —más bien señal que lámpara— que, ubicada en el

centro del vestíbulo, apenas conseguía sacarlo fuera de la noche; tal vez a causa de las altas entabladuras que crujían en el silencio; tal vez a causa también del frío. Pues allí se desemboca, desde piezas luminosas y cálidas, como en una caverna.

Pero aquella noche, al verme olvidado, cedí al demonio del mal, me puse en puntas de pie para llegar al picaporte de la puerta, la empujé suavemente, desemboqué en el vestíbulo y —de contrabando— me puse a explorar el mundo.

El crujido de las entabladuras, sin embargo, me pareció una advertencia de la cólera celeste. Vagamente percibía, en la penumbra, los grandes paneles reprobatorios. Como no me atreví a continuar, subí como pude a una consola y con la espalda contra la pared permanecí allí, con las piernas colgando y el corazón agitado como hacen los náufragos sobre los arrecifes, en alta mar.

Entonces se abrió la puerta de una sala, y dos tíos, que me inspiraban un terror sagrado, después de cerrarla detrás de ellos sobre el barullo y las luces, comenzaron a deambular por el vestíbulo.

Tenía miedo de que me descubrieran. Uno de ellos, Huberto, era para mí la imagen de la severidad, un delegado de la justicia divina. Este hombre, que jamás dio un coscorrón a un niño, me repetía, mientras fruncía terriblemente el entrecejo, cada vez que cometía yo un crimen: “La próxima vez que vaya a Estados Unidos, traeré una máquina de castigar; allá todo está perfeccionado. Por eso allá los niños son tan, tan juiciosos. Y eso constituye también un descanso para los padres...”

A mí, Estados Unidos no me gustaba.

Y bien, mis tíos deambulaban, sin advertirme, a lo largo y a lo ancho de aquel vestíbulo helado e interminable. Yo los seguía con los ojos o con los oídos, con la respiración contenida, presa de vértigo. “En la época actual”, decían... y se alejaban, con su secreto exclusivo de los mayores. Yo me repetía: “En la época actual...” Luego volvían como una marea que hubiese arrastrado hacia mí sus indescifrables tesoros. “Es absurdo —le decía el uno al otro— es completamente absurdo...” Yo recogía la frase como un objeto extraordinario. Y repetía lentamente, para probar el poder de aquellas palabras sobre mi conciencia de cinco años: “Es absurdo, es completamente absurdo...”

Así, pues, la marea alejaba a los tíos, la marea los acercaba. Este fenómeno, que me abría perspectivas todavía no bien aclaradas sobre la vida, se reproducía con una regularidad astronómica, como un fenómeno de gravitación. Estaba bloqueado en mi consola, por la eternidad, oyente clandestino de un conciliábulo solemne, en cuyo transcurso mis dos tíos, que todo lo sabían, colaboraban en la creación del mundo. La casa podía mantenerse mil años más, con dos tíos que, paseándose a lo largo del

vestíbulo con la lentitud de un péndulo de reloj, siguieran otorgándole durante mil años el sabor de la eternidad.

Indudablemente, ese punto que miro es una casa de hombres a diez kilómetros de distancia. Y yo no recibo nada de ella. Sin embargo, quizá se trate de una casona de campo en la que dos tíos van y vienen y lentamente construyen, en una conciencia de niño, algo tan fabuloso como la inmensidad de los mares.

Desde diez mil metros descubro un territorio de la envergadura de una provincia y, sin embargo, todo se ha estrechado hasta ahogarme. Dispongo aquí de menos espacio del que dispondría en aquel grano negro.

He perdido el sentimiento de la extensión. Soy ciego a la extensión, pero en ella siento una especie de sed, y me parece tocar una medida común a todas las aspiraciones de los hombres.

Cuando un azar despierta el amor, todo se ordena en el hombre según este amor, y el amor le proporciona el sentimiento de la extensión. Cuando vivía en el Sahara, si —al aparecer los árabes alrededor de nuestros fuegos, por la noche— nos advertían de lejanas amenazas, el desierto se anudaba y tomaba sentido. Los mensajeros habían construido la extensión del desierto. Lo mismo ocurre con la música cuando es hermosa, lo mismo ocurre con un simple olor de ropero viejo, cuando despierta y anuda los recuerdos. Lo patético es el sentimiento de la extensión.

Pero también comprende que nada de lo que concierne al hombre puede contarse, nada puede medirse. La verdadera extensión no existe para el ojo, sólo se acuerda con el espíritu. Vale lo que vale el lenguaje, pues el lenguaje es lo que anuda las cosas.

Ahora me parece que entreveo mejor en qué consiste una civilización. Una civilización es una herencia de creencias, de costumbres y de conocimientos que se han adquirido lentamente en el curso de siglos, difíciles de justificar a veces con la lógica pero que se justifican por sí mismos, como caminos que llevan a alguna parte, pues abren al hombre su extensión interior.

Hay una mala literatura que nos ha hablado de la necesidad de evasión. Por supuesto, uno emprende viaje en busca de extensión; pero la extensión no se encuentra, se funda; y la evasión nunca lleva a ninguna parte.

Cuando el hombre, para sentirse hombre, tiene necesidad de correr carreras, de cantar en coro, de hacer la guerra, se impone lazos para anudarse al otro y al mundo. ¡Pero qué pobres lazos! Si una civilización es grande, colma al hombre, aun cuando éste permanezca inmóvil.

En este pueblecito silencioso, bajo el gris de un día de lluvia, diviso una inválida recluida que medita junto a su ventana. ¿Quién es? ¿Qué han

hecho de ella? Yo juzgaría la civilización del pueblecito por la densidad de esta presencia. ¿Qué valemós, una vez inmóviles?

En el dominico que ora hay una presencia densa. Este hombre no es nunca más hombre que entonces, prosternando e inmóvil. En Pasteur, que contiene la respiración sobre su microscopio, hay una presencia densa. Pasteur nunca es más hombre que cuando observa. Entonces progresa, entonces se apura, entonces avanza a paso de gigante, aunque inmóvil, y descubre la extensión. Así también en Cézanne, inmóvil y mudo frente a su boceto, hay una presencia inestimable. Nunca es más hombre que cuando calla, experimenta y juzga. Entonces la tela se hace para él más vasta que el mar.

Extensión que me entrega la casa de mi infancia, extensión que me entrega mi habitación de Orconte, extensión que a Pasteur le entrega el campo de su microscopio, extensión que el poema abre, todos bienes frágiles y maravillosos que únicamente una civilización distribuye, pues la extensión es para el espíritu y no para los ojos, y no hay extensión sin lenguaje.

Mas ¿cómo reanimar el sentido de mi lenguaje, en esa hora en que todo se confunde? En que los árboles del parque son a la vez navío para las generaciones de una familia y mera pantalla que estorba al artillero; en que la prensa de los bombarderos —que pesa gravemente sobre las ciudades— ha hecho correr a todo un pueblo a lo largo de las carreteras, como un jugo negro; en que Francia muestra el sórdido desorden de un hormiguero destripado; en que no se lucha ya contra un adversario palpable, sino contra balancines que se congelan, manivelas que se atascan, pernos que fallan...

—¡Puede descender!

Puedo descender. Descenderé. Iré a Arras a baja altura. Tengo mil años de civilización detrás de mí para ayudarme, pero no me sirven para nada. No estamos, por cierto, en la hora de las recompensas.

A ochocientos kilómetros y a tres mil quinientas treinta revoluciones por minuto, pierdo altura.

Al virar abandoné un sol polar exageradamente rojo. Ante mí, a cinco o seis kilómetros más abajo, veo un banco de nubes de frente recto, que hunde bajo su sombra a una gran parte de Francia. Arras también lo está, y me imagino que bajo ese banco es todo negro, como el vientre de una gran olla donde se cuece la guerra. Embotellamiento de rutas, incendios, materiales esparcidos, pueblos destruidos, desbarajuste... inmenso desbarajuste. Se agitan en el absurdo, bajo las nubes, como cochinitas bajo las piedras.

El descanso se asemeja a una ruina. Tendremos que chapotear en el barro. Volvemos a una suerte de barbarie en descomposición. ¡Todo se descompone allá abajo! Nos asemejamos a viajeros ricos que, después de vivir largo tiempo en los países de corales y palmeras, vuelven a compartir en la mediocridad natal, una vez arruinados, los platos grasientos de una familia avara, la amargura de las peleas de familia, los ujieres, la mala conciencia de las preocupaciones por dinero, las falsas esperanzas, las mudanzas vergonzosas, las arrogancias del dueño, de la pensión, la miseria y la muerte inmundada en el hospital. ¡Aquí al menos es limpia la muerte! Una muerte de hielo y de fuego. De Sol, de cielo, de hielo y de fuego. ¡Pero allá abajo, ser digerido por el barro!

XV

—Rumbo al Sur, capitán. ¡Haríamos mejor en liquidar nuestra altitud en territorio francés!

Al observar las carreteras negras, que ya puedo ver, comprendo la paz. En la paz todo está cerrado sobre sí mismo. En la aldea regresan por la noche los campesinos, en los graneros vuelven los granos, y en los roperos se vuelve a ordenar la ropa doblada. En las horas de paz sabemos dónde encontrar cada objeto, dónde podemos reunirnos con cada uno de nuestros amigos, y también dónde iremos a dormir por la noche. Pero la paz ¡ay!, la paz muere cuando el cañamazo se rompe, cuando ya no tenemos lugar en el mundo, cuando ya no sabemos dónde unirnos a quien amamos, cuando el esposo que está en el mar no vuelve.

La paz es la lectura de un rostro que se muestra a través de las cosas, cuando éstas han recibido su sentido y su ubicación, cuando participan de algo más amplio que ellos, tal como los minerales dispersos de la tierra una vez anudados en el árbol.

Pero estamos en guerra.

Sobrevuelo, pues, las carreteras ennegrecidas por ese almíbar interminable que no deja de fluir. Dicen que se manda evacuar las poblaciones, pero eso ya no es cierto, pues las poblaciones se evacúan por sí mismas, en un éxodo que se contagia con demente virulencia. ¿Adónde van esos vagabundos? Emprenden la marcha hacia el Sur, como si allá hubiera alojamiento y alimento, como si allá hubiera ternura lista para recibirlos. Lo único que hay en el Sur son ciudades que revientan de tan pobladas, ciudades en donde se duerme en los hangares y en donde se agotan las provisiones; ciudades donde los más generosos se hacen poco a poco agresivos a causa de lo absurdo de esta invasión que, poco a poco,

con la lentitud de un río, de fango, los devora. ¡Una sola provincia no puede alojar ni alimentar a Francia!

¿Adónde van? ¡No lo saben! Marchan hacia escalas fantasmas, pues apenas la caravana llega a un oasis, éste deja de ser oasis. Cada oasis se rompe a su vez, y también a su vez se vuelca en la caravana. Y si la caravana llega a un verdadero pueblo, que aparenta continuar todavía con vida, entonces le extrae toda su sustancia en la primera noche, lo limpia del mismo modo en que los gusanos limpian un hueso.

El enemigo progresa más rápido que el éxodo. Vehículos blindados se adelantan en ciertos lugares al río que, entonces, se empoza y vuelve hacia atrás. Hay divisiones alemanas que chapotean en esa inmundicia, y nos encontramos con la sorprendente paradoja de que los mismos que en otra parte mataban, dan aquí de beber.

En el curso de la retirada nos acantonamos en una decena de pueblos sucesivos. Nos hemos hundido en la turba lenta que lentamente atravesaba esos pueblos:

—¿Dónde van ustedes?

—No sé.

Nunca sabían nada. Nadie sabía nada. Evacuaban. No quedaba refugio disponible, ni ruta practicable, pero igualmente evacuaban. En el norte se había dado un tremendo puntapié al hormiguero, y las hormigas huían. Laboriosamente, sin pánico, sin esperanza, sin desesperación, como por deber.

—¿Quién les ha dado la orden de evacuar?

Siempre se trataba del alcalde, el maestro, el teniente del alcance. Una mañana, cerca de las tres, la voz de orden había sacudido bruscamente al pueblo:

—Hay que evacuar.

Lo esperaban. Después de quince días de ver pasar refugiados, renunciaban a creer en la eternidad de su casa. Sin embargo, hacía ya mucho tiempo que el hombre había dejado de ser nómada. Construía pueblos que duraban siglos, pulía muebles que servían a sus tataranietos. La casa familiar lo recibía cuando nacía y lo transportaba hasta la muerte y luego, como una verdadera embarcación, pasaba a su vez al hijo de una orilla a la otra. ¡Pero todo esto se acabó! Ahora hay que irse, sin ni siquiera saber por qué.

¡Qué tremenda fue nuestra experiencia de la carretera! A veces tenemos la misión de echar un vistazo, en el curso de la misma mañana, a Alsacia, Bélgica, Holanda, el norte de Francia y el mar. Pero la mayor parte de nuestros problemas son terrestres, y lo más frecuente es que el horizonte se nos estreche hasta limitarse al embotellamiento de un cruce de caminos. Hace apenas tres días, Dutertre y yo vimos cómo se destrozaba el pueblo en el que vivíamos.

Nunca me veré libre de tan tenaz recuerdo.

Hacia las seis de la mañana, al salir de casa, Dutertre y yo chocamos con un desorden inenarrable. Todos los garajes, todos los hangares, todas las granjas habían vomitado en las calle estrechas los artefactos más dispares: automóviles nuevos y viejos carros que desde hacía cincuenta años dormían perdidos en el polvo, carretas de heno y camiones, ómnibus y volquetes. Y si se buscara bien, hasta se encontrarían diligencias en esta feria... Se exhuman todas las cajas montadas sobre ruedas, y en ellas se vacían las casas de sus tesoros, a los que se acarrea, en un verdadero revoltijo, en sábanas que revientan de hernias. Y entonces ya no se asemejan a nada. Esos tesoros configuraban el rostro de la casa, eran los objetos de un culto de religiones particulares. Cada uno en su lugar, los hábitos los habían hecho necesarios, los recuerdos los habían embellecido, y la patria íntima que contribuían a fundar les otorgaba valor. Pero se creyó que eran preciosos por sí mismos, se los arrancó de su chimenea, de su mesa, de su pared, y se los amontonó en completo desorden, de modo que lo que ahora hay allí son sólo objetos de bazar que muestran su desgaste. Las reliquias piadosas dan náuseas cuando se las amontona.

Algo se descompone ante nosotros.

—¡Están locos acá! ¿Qué pasa?

La dueña del café donde solemos ir se encoge de hombros.

—Evacuamos.

—¿Por qué, santo Dios?

—No se sabe. Lo dijo el alcalde.

Está muy ocupada, se mete en la escalera. Dutertre y yo contemplamos la calle. En camiones, autos, carros y jardineras, una mezcla de niños, colchones y utensilios de cocina.

Los que dan más pena son los autos viejos. Un caballo erguido entre las varas de un carro produce una sensación de salud. Un caballo no exige repuestos. Un carro se repara con tres clavos. ¡Pero todos esos vestigios de una Era mecánica! ¿Hasta cuándo funcionarán esos conjuntos de pistones, válvulas, magnetos y engranajes?

—...Capitán... ¿Podría ayudarme?

—Por supuesto. ¿A qué?

—A sacar mi auto de la granja...

La miro con asombro:

—Usted... ¿no sabe manejar?

—¡Oh!... en la ruta andará bien... no es tan difícil. . .

Están ella, la cuñada y los siete niños...

¡En la ruta! ¡En la ruta avanzará veinte kilómetros por día en etapas de doscientos metros! Cada doscientos metros tendrá que frenar, detenerse, desembragar, embragar y cambiar de velocidad en la confusión de un embotellamiento inextricable. ¡Lo romperá todo! ¡Y le faltará nafta! ¡Y aceite! ¡Y hasta se olvidará del agua!

—Cuidado con el agua. Su radiador pierde como un cesto.

—¡Ah!, no es nuevo el auto...

Tendrá que andar ocho horas... ¿cómo podrá hacerlo?

—No sé...

A menos de diez kilómetros de aquí ya habrá chocado tres autos, habrá atascado el embrague, reventado los neumáticos... Entonces ella, la cuñada y los siete niños se echarán a llorar. Entonces ella, la cuñada y los siete niños dominados por problemas que superan sus fuerzas, renunciarán a toda decisión y se sentarán al borde de la ruta, a esperar un pastor. Pero los pastores...

¡Hay una pasmosa falta de pastores! Nosotros —Dutertre y yo— asistimos a las iniciativas de los corderos, y los corderos se van entre un formidable alboroto de material mecánico. Tres mil pistones, seis mil válvulas, todo este material rechina, raspa, se entrechoca. En algunos radiadores el agua hierve. ¡Así se pone en marcha, trabajosamente, esta caravana condenada! Esta caravana sin repuestos, sin neumáticos, sin nafta, sin mecánicos. ¡Qué locura!

—¿No podrían quedarse en sus casas?

—¡Ah, claro que nos gustaría más quedarnos en casa!

—Entonces ¿por qué se van?

—Nos dijeron...

—¿Quién les dijo?

—El alcalde...

Siempre el alcalde.

—¡Por supuesto que a todos nos gustaría más quedarnos en casa!

Así es. No respiramos aquí una atmósfera de pánico, sino una atmósfera de obligación ciega. Dutertre y yo aprovechamos para sacudir a algunos:

—Haría mejor en descargar todo eso. Por lo menos bebería usted el agua de su fuente...

—Seguro que sería mejor...

—¡Pero ustedes son libres!

Ganamos la partida. Se ha formado un grupo, se nos escucha, aprueban con la cabeza.

—... ¡Tiene mucha razón el capitán!

Me relevan discípulos. He convertido a un peón caminero que se enardece más que yo:

—¡Siempre lo dije! Una vez en la carretera nos tendremos que comer el macadam.

Discuten, se ponen de acuerdo, se quedarán. Algunos se alejan para convencer a otros. Pero vuelven desalentados:

—No hay caso. No tenemos más remedio que irnos.

—¿Por qué?

—Se fue el panadero. ¿Quién hará el pan?

El pueblo ya está quebrado, se ha roto aquí o allá todo se irá por el mismo agujero. No hay esperanza.

—Dutertre tiene una idea fija:

—El drama es que se ha hecho creer a los hombres que la guerra era anormal. Otras veces se quedaban en sus casas. La guerra y la vida se mezclaban...

La dueña reaparece, trae una bolsa.

—Dentro de tres cuartos de hora despegamos... ¿Tendría un poco de café?

—¡Ah, mis pobres muchachos!

Se enjuga los ojos. Pero no llora por nosotros, ni tampoco por ella. Llora de agotamiento, se siente tragada en el descabro de una caravana que se desintegrará un poco más a cada kilómetro.

Más adelante, en algún lugar del campo, los cazas enemigos escupirán de tanto en tanto, en vuelos rasantes, ráfagas de ametralladoras sobre tan lamentable rebaño. Pero lo más asombroso es que, por lo común, no insisten. Algunos vehículos arden en llamas, pero poco, y pocos muertos. Es una suerte de lujo, algo así como un consejo, o como el gesto del perro que muerde en las piernas para apurar al rebaño, o —aquí— para sembrar el desorden. Pero ¿por qué esas acciones locales, esporádicas, que apenas importan? El enemigo no se molesta mucho en deshacer la caravana. Es cierto que ésta no necesita del enemigo para deshacerse, que la máquina se deshace espontáneamente. La máquina está concebida para una sociedad pacífica, tranquila, que dispone de todo su tiempo. Cuando el hombre ya no está para componerla, regularla, pintarla, la máquina

envejece a un ritmo vertiginoso. Esta noche, esos autos parecerán tener mil años.

Me parece asistir a la agonía de la máquina.

Aquél castiga con el látigo a su caballo con la majestad de un rey; en su asiento, se pavonea, henchido de contento. Supongo, además, que ha bebido.

—¡Parece contento usted, eh!

—¡Es el fin del mundo!

Siento un extraño malestar al decirme que todos esos trabajadores, toda esa pobre gente, de funciones tan netamente definidas, de tan diversas y preciosas cualidades, sólo serán esta noche parásitos y gentuza.

Se extenderán por el campo y los devorarán.

—¿Quién los alimentará?

—No se sabe...

¿Cómo aprovisionar a los millones de emigrantes perdidos a lo largo de carreteras por donde se circula a un paso de cinco a veinte kilómetros por día? Y si hubiera tal aprovisionamiento, sería imposible transportarlo.

Esa mezcla de humanidad y de chatarra me trae el recuerdo del desierto de Libia. Prévot y yo habitamos un paisaje inhabitable, cubierto de piedras negras que brillan al sol, un paisaje tenso con costra de hierro...

Y considero el espectáculo con una suerte de desesperación. Una bandada de langostas que se abate sobre el macadam, ¿vive mucho tiempo?

—¿Y esperarán que llueva para beber?

—No se sabe...

Desde hacía diez días, el pueblo era incansablemente cruzado por refugiados del Norte. Durante diez días habían asistido a ese éxodo inagotable. Luego les llegó su turno, y entonces ocuparon su lugar en la procesión. ¡Pero sin confianza!

—Yo preferiría morir en mi casa.

—Todos preferiríamos morir en casa.

Es exacto. El pueblo entero se derrumba como un castillo de arena, cuando nadie deseaba partir.

Si Francia poseyera reservas, el camino a ellas estaría completamente obstaculizado por el embotellamiento de las rutas. En rigor, a pesar de los autos detenidos por fallas mecánicas, de los vehículos entremezclados unos con otros, de los nudos inextricables de los cruces, se puede descender con la corriente, ¿pero cómo la remontaremos?

—No hay reservas —me dice Dutertre—, de modo que no hay problema...

Corre la voz de que desde ayer el gobierno ha prohibido evacuar los pueblos. Pero Dios sabe cómo se transmiten las órdenes, puesto que en las carreteras la circulación es imposible. En cuanto a los circuitos telefónicos, están sobrecargados, cortados o son sospechosos. Y, además, no se trata de dar órdenes, sino de reinventar una moral. Desde hace mil años se enseña a los hombres que la mujer y el niño deben permanecer al margen de la guerra, que la guerra es cosa de hombres; los alcaldes conocen muy bien esta ley, y también sus tenientes, y los maestros. De repente reciben la orden de prohibir las evacuaciones, es decir, de obligar a las mujeres y a los niños a padecer los bombardeos. Les hará falta un mes para ajustar su conciencia a los nuevos tiempos. No se invierte de un solo golpe todo un sistema de pensamiento. Ahora bien, el enemigo avanza; entonces los alcaldes, los asistentes, los maestros, abandonan a su pueblo en la carretera. ¿Qué hay que hacer? ¿Dónde está la verdad? Y así van esos corderos sin pastor.

—¿No hay médico aquí?

—¿Usted no es del pueblo?

—No. Nosotros venimos de más al Norte.

—¿Para qué un médico?

—Mi mujer, está por dar a luz en el carro...

Entre las baterías de cocina, en el desierto de esa chatarra universal, como sobre las zarzas.

—¿No podía usted preverlo?

—Hace cuatro días que estamos en la carretera.

Pues la carretera es un río imperioso. ¿Dónde detenerse? Las ciudades, que la carretera barre una tras otra, se vuelcan allí enteras, como si reventaran, cada una a su hora, en la cloaca común.

—No, no hay médico. El del Grupo está a veinte kilómetros.

—¡Ah, bueno!

El hombre se enjuga el rostro. Todo se echa a perder. La mujer da a luz en medio de la carretera, entre las baterías de cocina. Nada de todo eso es cruel, ante todo, monstruosamente ajeno a lo humano. Nadie se queja, las quejas ya no significan nada. La mujer va a morir, y él no se queja. Es como si se tratara de una pesadilla.

—Si por lo menos pudiéramos parar en alguna parte...

Encontrar en alguna parte un pueblo de verdad, una posada de verdad, un hospital de verdad... pero se evacuan también los hospitales. ¡Sólo Dios sabe por qué! Es una de las reglas del juego. No hay tiempo para inventar nuevas reglas. ¡Encontrar en alguna parte una muerte de verdad! Mas no

hay verdaderas muertes sino sólo cuerpos que se descomponen, como los automóviles.

Y siento en todas partes una urgencia —gastada, una urgencia que ha renunciado a la urgencia. Se huye, a un paso de cinco kilómetros diarios, de tanques que avanzan, a campo traviesa, a más de cien kilómetros, y de aviones que se desplazan a seiscientos kilómetros por hora. Así fluye el jarabe cuando se vuelca la botella. La mujer de aquél da a luz, pero él dispone de un tiempo sin medida. Es urgente, y ya no lo es. Está suspendido en equilibrio inestable entre la urgencia y la eternidad.

Todo se ha vuelto lento como reflejos de un moribundo. Es un inmenso rebaño que, medio muerto de cansancio, patalea ante el matadero. ¿Son cinco, diez millones entregados al macadam? Es un pueblo que patalea de cansancio y de hastío, en el umbral de la eternidad.

Y verdaderamente no puedo concebir cómo se las arreglarán para sobrevivir. El hombre no se alimenta con ramas de árboles.

Tienen vagos presentimientos, pero apenas se asustan. Arrancados de su marco habitual, de su trabajo, de sus deberes, han perdido toda significación. Hasta su misma identidad se ha desgastado, casi han dejado de ser ellos mismos, apenas sí existen. Más tarde se inventarán sufrimientos, pero ahora sufren sobre todo de los riñones machacados por el exceso de bultos que hay que acarrear, por la cantidad de nudos que han desecho para dejar que las sábanas vaciaran sus tripas, por la cantidad de autos que hay que empujar para ponerlos en marcha.

Sobre la derrota, ni una palabra. Es evidente. No se siente la necesidad de comentar lo que constituye la propia sustancia. Ellos “son” la derrota.

Repentinamente tengo la visión punzante de una Francia que pierde sus entrañas. Habría que coserla. No se puede perder un segundo, están condenados...

Ya empieza. Ahí están, asfixiados como peces fuera del agua.

—¿No hay leche aquí?

¡La pregunta es como para morir de risa!

—Mi nene no toma nada desde ayer...

Se trata de un bebé de seis meses que hace todavía demasiado ruido. Pero ese ruido no durará, pues los peces, fuera del agua... Aquí no hay leche, aquí sólo hay chatarra, una enorme chatarra inútil que, descomponiéndose a cada kilómetro, perdiendo tuercas, tornillos, chapas, acarrea a este pueblo en un éxodo prodigiosa-mente inútil, hacia la nada.

Corre el rumor de que, unos kilómetros al Sur, los aviones ametrallan la carretera; hasta se habla de bombas. Efectivamente, oímos sordas explosiones. El rumor, sin duda, es exacto.

Pero la muchedumbre no se asusta, hasta me parece algo reanimada. El peligro concreto le parece más sano que quedar tragado por la chatarra.

¡Ah! ¡Qué esquema construirán luego los historiadores! ¡Cuántos ejes inventarán para otorgar significado a este hervidero inmundo! Tomarán la palabra de un ministro, la decisión de un general, la discusión de una comisión, y con ese desfile de fantasmas construirán conversaciones históricas en las que campee la responsabilidad y la largueza de miras. Inventarán aceptaciones, resistencias, defensas cornelianas, cobardías. Yo sé muy bien lo que es un ministerio evacuado, pues una vez el azar me permitió visitar uno. Inmediatamente comprendí que un gobierno, una vez que se ha mudado, deja de ser gobierno. Es lo mismo que un cuerpo: si se comienza a mudarlo —aquí el estómago, allá el hígado, acullá los intestinos— el conjunto que se obtiene ya no constituye un organismo. Viví veinte minutos en el Ministerio del Aire. Pues bien, ¡un ministro ejerce una acción sobre su ordenanza! Ejerce sobre éste una acción milagrosa, porque un cable de timbre une todavía el ministro al ordenanza... un cable de timbre intacto. El ministro aprieta un botón y el ordenanza acude.

Eso es todo un éxito.

—Mi coche, pide el ministro.

Allí se detiene su autoridad. Hace hacer gimnasia al ordenanza, pero el ordenanza no sabe si existe sobre la tierra un automóvil de ministro. No hay cable eléctrico que una al ordenanza a chofer alguno. El chofer está perdido en alguna parte en el universo. ¿Qué pueden saber de la guerra los que gobiernan? En este momento nos harían falta ocho días —dadas las inmensas dificultades de las comunicaciones— para desencadenar un bombardeo sobre una división blindada que hayamos descubierto. En un país que se destripa, ¿qué ruido puede llegar a un gobernante? Las noticias avanzan a veinte kilómetros por día, los teléfonos están sobrecargados o no funcionan, y no tienen capacidad para transmitir, en su densidad, el Ser que se descompone minuto a minuto. El gobierno está inmerso en el vacío, un vacío polar. De tanto en tanto le llegan llamados de una urgencia desesperada, pero abstractos, reducidos a tres líneas. ¿Cómo sabrán los responsables si no han muerto ya de hambre diez millones de franceses? Y ese llamado de diez millones de hombres se reduce a una frase. Basta una frase para decir:

—Cita con X a las cuatro.

O bien:

—Dicen que han muerto diez millones de hombres.

O bien:

—Blois está en llamas.

O bien:

—Encontraron a su chofer.

Todo en el mismo nivel, de golpe. Diez millones de hombres, el coche, el ejército del Este, la civilización occidental, han encontrado al chofer, Inglaterra, el pan, ¿qué hora es?

Os doy siete letras, ¡siete letras de la Biblia para que con ellas reconstruyáis la Biblia!

Los historiadores olvidarán lo real. Inventarán seres pensantes, ligados por fibras misteriosas a un universo expresable, que dispone de sólidas concepciones de conjunto y que pesan las decisiones graves según las cuatro reglas de la lógica cartesiana; distinguen los poderes del bien de los poderes del mal, los héroes de los traidores. Pero yo preguntaría simplemente:

—Puesto que para traicionar es necesario ser responsable de algo, manejar algo, actuar sobre algo, conocer algo, quiere decir que traicionar es, hoy en día, dar prueba de genio. Entonces, ¿por qué no se condecora a los traidores?

Ya se muestra la paz un poco en todas partes. No se trata de esas paces bien delineadas, que suceden como etapas nuevas de la Historia a guerras que han sido claramente concluidas en un tratado. Se trata, en cambio, de un periodo sin nombre que constituye el fin de todas las cosas, un fin que nunca terminará de finalizar. Se trata de una ciénaga en la que se hunde poco a poco todo impulso. No se siente la proximidad de una conclusión buena o mala. Por el contrario, se entra paulatinamente en la podredumbre de lo provisorio que se asemeja a la eternidad. Nada concluirá, pues ya no hay nudo a través del cual se pueda abarcar el país, como se tomaría a una ahogada anudando su cabellera al puño. Todo se ha deshecho. Y el esfuerzo más patético sólo proporciona una mecha de cabellos. La paz consiguiente no es el fruto de una decisión del hombre, sino que gana terreno como la lepra.

Allá abajo, en las carreteras en donde la caravana se descompone, en donde los vehículos blindados alemanes matan o dan de beber, todo es como esas regiones fangosas en donde la tierra y el agua se confunden. La paz, que ya se mezcla con la guerra, pudre la guerra.

Uno de mis amigos, Leon Werth, oyó en la carretera palabras profundas que contará en un gran libro. A la izquierda de la carretera están los alemanes, a la derecha los franceses, y entre unos y otros, el lento torbellino del éxodo. Centenares de mujeres y de niños huyen como pueden de sus vehículos en llamas. Y, como un teniente de artillería que, mal de su grado, se encuentra inmerso en el embotellamiento, intenta emplazar una pieza de setenta y cinco bajo el tiroteo enemigo, y como el enemigo yerra la pieza pero barre la carretera, las madres se acercan al teniente que, chorreando sudor, obstinado por su deber incomprensible,

trata de salvar una posición que no aguantará más de veinte minutos. (¡Hay sólo doce hombres!):

—¡Váyanse! ¡Váyanse! Son unos cobardes.

El teniente y sus hombres se van. En todas partes chocan con los mismos problemas de paz. Es cierto que hay que evitar que los niños sean masacrados en la carretera, pero también es cierto que cada soldado que dispara debe hacerlo en la espalda de un niño. Cada camión que avanza o que intenta avanzar, corre el riesgo de condenar un pueblo, pues, al avanzar contra la corriente, embotella inexorablemente toda una carretera.

—¡Están locos! ¡Déjennos pasar! ¡Los niños se mueren!

—Hacemos la guerra...

—¿Qué guerra? ¿Dónde hacen la guerra? ¡En esta dirección pondrán tres días para avanzar seis kilómetros!

Son unos cuantos soldados perdidos en su camión que marcha hacia una cita que desde hace ya horas carece de objeto, sin duda. Pero se hallan hundidos en su deber elemental:

—Hacemos la guerra...

—... ríen mejor en recogerlos! ¡Es inhumano!

Un niño grita.

—¿Y aquél?...

Aquél ya no grita. No hay leche, no hay gritos.

—Hacemos la guerra...

Repiten la fórmula con estupidez desesperante.

—¡Pero nunca volverán a encontrarla, a la guerra! ¡Reventarán aquí, como nosotros!

Ya no saben muy bien lo que dicen, ya no saben muy bien si hacen la guerra, jamás han visto al enemigo, viajan en camión hacia objetivos más fugaces que espejismos. Lo único que encuentran es esta paz de pudridero.

Como el desorden lo ha aglutinado todo, descienden del camión. La gente los rodea:

—¿Tienen agua?...

En consecuencia, comparten el agua.

—¿Pan?...

Comparten el pan.

—¿La dejan que reviente?

En un vehículo descompuesto y desmantelado una mujer agoniza.

La retiran, la meten en el camión.

—¿Y este niño?

Meten al niño también en el camión.

—¿Y a la que va a dar a luz?

La meten también.

Luego a aquella otra, porque llora.

Después de una hora de esfuerzos retiran el camión. Le dan vuelta hacia el Sur. Llevado por él, seguirá, bloque errabundo, el río de civiles. Los soldados se han convertido a la paz, porque no encontraban la guerra.

Porque la musculatura de guerra es invisible. Porque los golpes que se dan los recibe un niño, porque en las citas de guerra se tropieza con parturientas, porque es inútil pretender comunicar un informe o recibir una orden, como entablar una discusión con Sirio. Ya no hay ejército, sólo hay hombres.

Se han convertido a la paz. La fuerza de las cosas los ha convertido en mecánicos, en médicos, en pastores, en camilleros. Arreglan los vehículos a la pobre gente que no sabe curar su chatarra. Y esos soldados no saben, en medio de su afán, si son héroes o si son pasibles de un consejo de guerra. No se asombrarían de que los condecoraran, ni de que los pusieran contra un paredón con doce balas en el cráneo, ni de que los desmovilizaran. Nada los asombraría. Hace ya mucho tiempo que han franqueado los límites del asombro.

Es un inmenso hervidero en donde no hay orden, ni movimiento, ni noticias, ni onda de ninguna clase que pueda propagarse más de tres kilómetros. Y así como las aldeas se hunden una tras otra en la cloaca común, así también estos camiones militares, absorbidos por la paz, se convierten uno por uno a la paz. Ese puñado de soldados que hubiera aceptado perfectamente la muerte —pero no se trata para ellos del problema de morir—, aceptan los deberes que encuentran, y reparan las varas del viejo carro, en donde tres religiosas han apilado —¡sabe Dios para qué peregrinaje y hacia qué refugio de cuento de hadas!— doce niñitos amenazados de muerte.

De modo parecido a Alias, cuando volvió a poner su revólver en el bolsillo, no juzgaré yo a los soldados que desertan. ¿Qué aliento los animará? ¿De dónde proviene la onda que los alcanzará? ¿Dónde está el rostro que los unirá? No conocen nada del resto del mundo, a no ser los rumores, siempre demenciales, que, engendrados en la carretera, a tres o cuatro kilómetros bajo la forma de hipótesis descabelladas, toman, al propagarse lentamente a través de esos tres kilómetros de hervidero, el carácter de una afirmación: “Estados Unidos ha entrado en la guerra. El Papa se suicidó. Los aviones rusos incendiaron Berlín. Se firmó el armisticio hace tres días. Hitler desembarcó en Inglaterra”.

No hay pastor para las mujeres o para los niños, pero tampoco lo hay para los hombres. El general espera a su asistente, el ministro espera a su ordenanza. Y quizá pueda transfigurarlos con la elocuencia. Alias espera sus tripulaciones, y puede obtener de ellas el sacrificio de la vida. El sargento del camión militar espera a los doce hombres que están bajo sus órdenes, pero le es imposible soldarse a cualquier otra cosa. Suponiendo que haya un jefe genial, capaz —por milagro— de concebir con una sola ojeada de conjunto, un plan que pueda salvarnos, ese jefe sólo dispondría de un cable de timbre de veinte metros para manifestarse. Y no contaría para vencer con otra masa de maniobra que el ordenanza, siempre que aún subsistiera un ordenanza en el otro extremo del cable.

Cuando van al azar de las carreteras, estos soldados dispersos que integran unidades destrozadas, estos hombres que sólo son desocupados de guerra, no muestran la desesperación que suele asignarse a un patriota vencido. Es cierto que desean confusamente la paz. Pero la paz, a sus ojos, sólo representa el término de este caos sin nombre, y el retorno a una identidad, siquiera sea la más humilde. El viejo zapatero sueña que clava clavos, y al clavarlos forja el mundo.

Y si se van con los civiles, a la cabeza de éstos, es debido a la incoherencia general que divide los unos de los otros, no por horror a la muerte. No tienen horror a nada: están vacíos.

XVII

Hay una ley fundamental: no se cambian en un instante vencidos en vencedores. Cuando se habla de un ejército que primero retrocede y luego resiste, sólo se trata de un lenguaje abreviado, puesto que las tropas que han retrocedido no son las mismas que ahora presentan batalla. El ejército que retrocedía no era ya un ejército, y no porque esos hombres fueran indignos de vencer, sino por que una retirada destruye todos los lazos, tanto materiales como espirituales, que ligaban entre sí a los hombres. Se sustituye una cierta cantidad de soldados a los que se permite filtrarse hacia la retaguardia, por nuevas reservas que tienen carácter de organismo y que son las que bloquearán al enemigo. En cuanto a los fugitivos, se los reúne para volver a modelarlos como un ejército. Si no hay reservas para arrojar a la acción, la primera retirada es irreparable.

Sólo la victoria une, la derrota no sólo separa al hombre de los demás hombres, sino que lo separa de sí mismo. Si los fugitivos no lloran sobre una Francia que se desmorona es porque se trata de vencidos, porque

Francia está deshecha no en torno a ellos sino en ellos mismos. Llorar por Francia significaría ser vencedor.

A casi todos, tanto a los que todavía resisten como a los que ya no resisten, únicamente más tarde, en las horas del silencio, se les mostrará el rostro de Francia vencida. En ese momento, todos se desgastan en algún detalle vulgar que se rebela o se estropea, contra un camión descompuesto, contra una carretera embotellada, contra una llave de gas que se atasca, contra lo absurdo de una misión. El signo del derrumbamiento es que la misión se vuelva absurda, que se torne absurdo el acto mismo que se opone al derrumbamiento. Porque todo se vuelve contra sí mismo. No llora uno por el desastre universal, sino únicamente por el objeto del que se es responsable, que es lo único tangible y que se desequilibra. Francia que se desmorona sólo es un diluvio de pedazos, de los cuales ninguno muestra un rostro: ni la misión, ni el camión, ni la carretera, ni esta porquería de llave de gas.

En verdad un desastre es un triste espectáculo. En él los hombres viles se muestran viles, los pillos se revelan como pillos, las instituciones se deterioran, las tropas, plenas de repugnancia y de fatiga, se descomponen en el absurdo. Una derrota implica todos esos efectos, del mismo modo que una peste implica el bubón. ¿Pero criticaríamos la fealdad de aquella que amamos, si un camión la aplasta?

Justamente allí reside la injusticia de la derrota, en la apariencia de culpables que otorga a las víctimas. ¿Cómo podría la derrota mostrar los sacrificios, la austeridad en el deber, los rigores para consigo mismo, las vigilias que el Dios que decide los combates no tuvo en cuenta? ¿Cómo mostraría el amor? La derrota muestra los jefes sin poder, los hombres amontonados, las muchedumbres pasivas. Muchas veces hubo verdadera carencia, pero esta carencia misma ¿qué significa? Bastaría que corriera la noticia de un cambio de opinión de los rusos o de una intervención norteamericana para transfigurar a los hombres, para unirlos en una esperanza común. Un rumor semejante ha purificado todo, cada vez, como un vendaval del mar. No hay que juzgar a Francia por los efectos del derrumbe.

A Francia debemos juzgarla por su consentimiento al sacrificio. Francia aceptó la guerra contra la verdad de los lógicos, que nos decían: "Hay ochenta millones de alemanes. Nosotros no podemos hacer en un año los cuarenta millones de franceses que nos faltan. No podemos cambiar nuestra tierra de trigales en tierra de carbón. No podemos esperar la ayuda de los Estados Unidos. ¿Por qué razón los alemanes, al reclamar Danzig, vendrían a imponernos el deber, no ya de salvar a Danzig, lo que es imposible, sino de suicidarnos para evitar la derrota? ¿Qué vergüenza puede provocar el poseer una tierra que proporciona más trigo que

máquinas, y en ser uno contra dos? ¿Por qué la vergüenza habría de pesar sobre nosotros y no sobre el mundo?" Ellos tenían razón. Para nosotros, guerra significaba desastre. Pero, ¿era necesario que, para ahorrarse una derrota, Francia rechazara la guerra? No lo creo. Instintivamente. Francia opinaba lo mismo puesto que tales advertencias no la alejaron de esta guerra. Entre nosotros, el espíritu dominó a la inteligencia.

Siempre la vida hace estallar las fórmulas. A pesar de las fealdades, la derrota puede revelarse como el único camino hacia la resurrección. Bien sé que para crear un árbol hay que condenar una semilla a pudrirse. Si llega demasiado tarde, el primer acto de resistencia resulta siempre perdedor; pero es el despertar de la resistencia. Quizá de él surja un árbol como surge de una semilla.

Francia ha representado su papel, que consistía en proponerse para que la aplastaran, puesto que el mundo oficiaba de árbitro sin colaborar ni combatir, y en verse por un tiempo sepultada en el silencio. Cuando se asalta una Plaza se necesitan hombres que vayan a la cabeza, esos hombres mueren casi siempre. Pero para que el asalto exista es necesario que los primeros mueran.

Éste es el papel que ha prevalecido, puesto que nosotros hemos aceptado, sin ilusión alguna ¡oponer un soldado a tres soldados y nuestros agricultores a obreros! ¡Me niego a que me juzguen por los horrores del desastre! ¿A aquél que acepta quemarse en vuelo, lo juzgaremos por las ampollas? Él también se afeará.

XVIII

Lo que no impide que esta guerra, fuera del sentido espiritual que la hacía necesaria para nosotros, se nos presente, en su desenvolvimiento, como una guerra absurda. La palabra no me dio vergüenza jamás. ¡Apenas habíamos declarado la guerra comenzábamos a esperar, ya que no estábamos en condiciones de atacar, que tuvieran a bien aniquilarnos!

Está consumado.

Dispusimos de gavillas de trigo para vencer tanques. Las gavillas no sirvieron para nada y hoy el aniquilamiento está consumado, ya no hay ejército, ni reservas, ni enlaces, ni material.

A pesar de ello yo continué mi vuelo con una seriedad imperturbable. Me zambullo sobre el ejército alemán a ochocientos kilómetros por hora y a tres mil quinientas treinta revoluciones por minuto. ¿Para qué? ¡Bueno! ¡Para asustarlo! ¡Para, que evacue el territorio! Ya que las informaciones que se nos solicitan son inútiles, no puede ser otro el objetivo de esta misión.

Guerra absurda.

Exagero, por otra parte. He perdido bastante altura, los comandos y las palancas se han descongelado. He recobrado mi velocidad normal. Arremeto contra el ejército alemán a quinientos treinta kilómetros por hora solamente, y a dos mil doscientas revoluciones por minuto. ¡Qué lástima! Los asustaré mucho menos.

Nos reprocharán que llamemos absurda a esta guerra.

¡Los que la llamamos guerra absurda somos nosotros! Es mejor que la encontremos absurda. Tenemos el derecho de bromear como nos parezca ya que todos los sacrificios los tomamos a cuenta nuestra. Tengo derecho a hacer bromas acerca de mi muerte si la broma me divierte. Dutertre también. Tengo derecho a saborear las paradojas. Pues, ¿por qué arden todavía los pueblos? ¿Por qué la población ha sido arrojada en desorden a las aceras? ¿Por qué nos arrojamos con una convicción incommovible contra un matadero automático?

Tengo todos los derechos puesto que, en este momento, sé muy bien lo que hago. Acepto la muerte. No sólo acepto el riesgo, no sólo acepto el combate. Acepto la muerte. He aprendido una gran verdad. La guerra no es aceptar el riesgo, no es aceptar el combate. En ciertos momentos, para el combatiente, la guerra es pura y simplemente la aceptación de la muerte.

En estos días, en esta hora en que la opinión extranjera juzgaba insuficientes nuestros sacrificios me pregunto al ver cómo las tripulaciones partían y se aniquilaban: “¿A quién nos brindamos? ¿Qué nos recompensa aún?”

Porque lo cierto es que morimos. Porque ciento cincuenta mil franceses han muerto en quince días. Quizás estos muertos no ilustren una resistencia extraordinaria. Yo no celebro una resistencia extraordinaria porque ésta es imposible. Pero hay grupos de soldados de infantería que se dejan masacrar en una granja indefendible. Hay grupos de aviación que se funden como una cera que se arroja al fuego.

Nosotros, los del Grupo 2/33, ¿por qué aceptamos morir todavía? ¿Para lograr la estima del mundo? La estima implica la existencia de un juez. ¿Quién de entre nosotros concede a nadie el derecho de juzgar? Luchamos en nombre de una causa que estimamos que es una causa común. Está en juego la libertad, no sólo de Francia, sino la del mundo, por lo tanto estimamos demasiado cómodo el puesto de árbitro. Nosotros somos quienes juzgaremos a los árbitros. Los de mi Grupo, el 2/33, juzgan a los árbitros. Y que no vengan a decirnos a nosotros, que partimos sin una sola palabra a pesar de tener una oportunidad contra tres de volver (cuando la misión es fácil), ni a los de los otros Grupos, ni a aquel amigo a quien el estallido de un obús le destruyó el rostro y que por esa causa, frustrado en

un derecho fundamental de él mismo, como se lo está detrás de los muros de la prisión, bien cobijado en la fealdad, bien instalado en la virtud, detrás de las fortificaciones de su fealdad ha renunciado para siempre a conmover a una mujer, ¡que no vengan a decirnos que los espectadores nos juzgan! Los toreros viven para los espectadores, nosotros no somos toreros. Si dijéramos a Hochedé: “Debes partir porque los testigos te observan”, Hochedé respondería: “Hay una equivocación. Soy yo, Hochedé, quien observa a los testigos...”

Pues, después de todo, ¿por qué combatimos aún? ¿Por la Democracia? Si morimos por la Democracia es porque somos solidarios con las Democracias. Entonces, ¡que combatan junto a nosotros! Pero la más poderosa, aquella que hubiera podido por sí sola salvarnos, se negó ayer, y hoy vuelve a negarse. Bien. Está en su derecho. Pero ella nos dice de esa manera que combatimos por nuestros intereses únicamente. Sin embargo, sabemos muy bien que todo está perdido. Entonces, ¿por qué morimos todavía?

¿Por desesperación? ¡No se trata en absoluto de desesperación! No sabe nada de una derrota el que espera descubrir desesperación en ella.

Hay una verdad más alta que los enunciados de la inteligencia. Algo que siento, pero que todavía no puedo captar, pasa a través de nosotros y nos gobierna. Un árbol no tiene lenguaje y sin embargo pertenecemos a ese árbol. Hay verdades evidentes aunque inenunciables. No muero por oponerme a la invasión, pues no hay refugio donde pueda atrincherarme con los que amo. Tampoco muero por salvar un honor que niego que esté en juego. Rechazo los jueces. Ni muero tampoco por desesperación. Y sin embargo Dutertre, que consulta el mapa, calculando que Arras está allá abajo, en alguna parte a ciento setenta y cinco, me dirá dentro de treinta segundos, lo presiento:

—Rumbo al ciento setenta y cinco, mi capitán...
Y aceptaré.

XIX

—Ciento setenta y dos.

—Entendido, ciento setenta y dos.

Sea por los ciento setenta y dos. Epitafio: “Mantuvo correctamente el rumbo a ciento setenta y dos”. ¿Cuánto tiempo se mantendrá este extraño desafío? Navego a setecientos cincuenta metros de altura bajo un plafond de pesadas nubes. Si me elevara treinta metros ya Dutertre se enneguecería. Tenemos que mantenernos bien visibles y ofrecer así a los

tiros alemanes un blanco para colegiales. Setecientos metros es una altura prohibida. El avión es el punto de mira de toda llanura, atrae el tiro de todo un ejército, es accesible a todos los calibres. Uno se mantiene durante toda una eternidad en el campo de tiro de todas las armas. Ya no es un tiro sino un golpe de bastón. Es como si a mil bastonazos se los desafiara a abatir una nuez.

Tengo bien estudiado el problema, no es cuestión de paracaídas. Cuando el avión averiado se precipite a tierra, únicamente abrir la trampa de salida llevará más segundos que los necesarios para la caída misma. El acto de abrir la trampa exige siete vueltas a una manivela que se resiste. Además, cuando se marcha a toda velocidad, la trampa se deforma y ya no corre.

¡Así es! Un buen día había que tragarse el remedio. La ceremonia no es complicada, basta mantener ciento setenta y dos de rumbo. Me equivoqué al envejecer. Eso es. ¡Era tan feliz en la infancia! Eso es lo que digo, pero ¿es verdad? Ya en mi vestíbulo marchaba a ciento setenta y dos a causa de mis tíos.

Ahora es cuando la infancia parece dulce. No sólo la infancia sino toda la vida pasada. La veo en perspectiva, como si fuera la campiña...

Y me parece ser yo siempre el mismo. Lo que experimento lo he experimentado siempre, mis alegrías o mis tristezas han cambiado sin duda de objeto, pero los sentimientos son siempre los mismos. Así, fui feliz o desgraciado, castigado o perdonado, trabajaba bien, trabajaba mal. Dependía del día...

¿El más remoto de mis recuerdos? Yo tenía una aya tirolesa que se llamaba Paula. Pero ni siquiera es un recuerdo, es el recuerdo de un recuerdo. Cuando yo tenía cinco años, allá en mi vestíbulo, Paula ya no era más que una leyenda. Durante años, para Año Nuevo, mi madre nos decía: “¡Llegó carta de Paula!” Era una gran alegría para nosotros, los niños. Y, sin embargo, ¿por qué nos hacía felices? Entre nosotros nadie se acordaba de Paula, había vuelto a su Tirol y por lo tanto a su casa tirolesa, una especie de *chalet* barómetro perdido en la nieve. Y Paula salía a la puerta en los días de sol, como en todos los *chalets* barómetros.

—¿Paula es linda?

—Encantadora.

—¿Es bueno el tiempo en el Tirol?

—Sí, siempre.

Siempre hacía buen tiempo en el Tirol. El chalet barómetro empujaba a Paula muy lejos, afuera, sobre su alfombra de nieve. Cuando supe escribir me hicieron escribir cartas para Paula en las que le decía: “Mi querida Paula, esto muy contento de escribirle...” Era como en las oraciones, ya que no la conocía...

—Ciento setenta y cuatro.

—Entendido, ciento setenta y cuatro.

Sea por ciento setenta y cuatro. Habrá que modificar el epitafio. Es curioso de qué manera la vida se ha concentrado de pronto. Hice mis petates con los recuerdos, ya no servirán para nada, ni para nadie. Guardo el recuerdo de un gran amor. Mi madre nos decía: “Escribió Paula, pide que los bese a todos en su nombre...” Y mi madre nos besaba a todos en nombre de Paula.

—¿Sabe Paula que he crecido?

—Claro que lo sabe.

Paula lo sabía todo.

—Tiran, mi capitán.

—¡Paula, me están tirando encima! Echo una ojeada al altímetro: seiscientos cincuenta metros. Las nubes están a setecientos metros. Bien. No puedo hacer nada, pero bajo mi nube el mundo no es tan negro como creía presentirlo, es azul. Maravillosamente azul. Es la hora del crepúsculo y la llanura está azul. En algunos lugares llueve. Azul de lluvia...

—Ciento sesenta y ocho.

—Entendido, ciento sesenta y ocho.

Sea por ciento sesenta y ocho. ¡Cuántos zigzags hace el camino hacia la eternidad! ... Pero este camino, ¡qué tranquilo me parece! El mundo parece un vergel. Hace un momento se mostraba con la sequedad de un simple plano, todo me parecía inhumano, pero vuelo bajo, en una suerte de intimidad. Hay árboles aislados o agrupados, en paquetitos. Se los encuentra. Y campos verdes, y casas con tejas rojas en las que alguien está a la puerta. Y bellos aguaceros azules alrededor. Con un tiempo así, seguramente Paula nos hacía entrar en seguida...

—Ciento setenta y cinco.

Mi epitafio pierde mucho de su ruda nobleza: “Mantuvo ciento setenta y dos, ciento setenta y cuatro, ciento sesenta y ocho y ciento setenta y cinco...” Más bien tengo un aire versátil. ¡Caramba, el motor tose! Se está enfriando. Cierro, pues, los postigos del *capot*. Bien. Como ya es la hora de abrir el depósito suplementario, levanto la palanca. ¿No olvido nada? Echo una ojeada sobre la presión del aceite. Todo está en orden.

—Empieza a ponerse feo, mi capitán...

¿Oyes, Paula? Empieza a ponerse feo. Y sin embargo no puedo dejar de asombrarme del azul de la noche. ¡Es realmente extraordinario! Es tan profundo el color... Y esos árboles frutales, quizá ciruelos, que desfilan. Me he integrado al paisaje. ¡Se acabaron las vitrinas! Soy un merodeador que ha saltado el muro, caminó a zancadas entre la alfalfa húmeda y robó ciruelas. Ésta es una guerra absurda, Paula; una guerra melancólica y

completamente azul. Estoy un poco perdido, he encontrado este extraño país al envejecer... ¡Oh, no! No tengo miedo, estoy un poco triste, nada más.

—¡Zigzaguee, capitán!

Éste es un juego nuevo, Paula. Una patada a la derecha, una patada a la izquierda, y se desorienta el tiro. Cuando me caía me hacía chichones que, sin duda, tú me curabas con compresas de árnica. Voy a necesitar muchísima árnica. De todos modos... sabes, ¿es maravilloso el azul de la noche!

Aquí, en la parte delantera, he visto tres lanzazos diferentes. Tres largos tallos verticales y brillantes, estelas de balas luminosas o de obuses luminosos de pequeño calibre. Todo se había puesto dorado. De improviso, en el azul de la noche vi surgir el resplandor de un candelabro de tres brazos...

—¡Capitán! ¡Tiran muy fuerte a la izquierda! ¡Desvíe!

Patada.

—¡Ay!, la cosa se agrava...

Quizás...

La cosa se agrava, pero yo estoy en el interior de las cosas, dispongo de todos mis recuerdos Y de todas las provisiones que he hecho, y de todos mis amores. Dispongo de mi infancia que se pierde en la noche como se pierde una raíz. Mi vida comenzó con la melancolía de un recuerdo... La cosa se agrava, pero no reconozco en mí nada de lo que pensé que sentiría frente a los zarpazos de estas estrellas fugaces.

Estoy en una región que me llega al corazón. El día muere. Entre las borrascas, a la izquierda, grandes lienzos de luz constituyen fragmentos de vitrales. A dos pasos, puedo casi palpar con la mano las cosas buenas. Los ciruelos con ciruelas, la tierra olor a tierra. Debe ser bueno caminar a través de tierras húmedas. Sabes, Paula, avanzo suavemente, balanceándome de derecha a izquierda, como un carro de heno. Crees que es rápido un avión... ¡claro, si reflexionas lo es! Pero si olvidas la máquina, si miras, nada más, entonces simplemente paseas por el campo...

—Arras...

Sí, muy lejos, allá adelante. Pero Arras no es una ciudad, Arras no es más que una mecha roja sobre fondo azul noche. Sobre fondo de borras. Decididamente, tanto a la izquierda como al frente lo que se prepara es un buen chubasco. El crepúsculo no basta para explicar esta media luz. Se necesitan macizos de nubes para que se filtre una luz tan sombría...

La llama de Arras ha crecido. No es una llama de incendio porque un incendio se extiende como un tumor, con un simple borde de carne viva alrededor. Pero esta mecha roja, alimentada en forma permanente, semeja

la de una lámpara que humeara un poco. Una llama sin nerviosismos, segura de su duración, bien instalada en su provisión de aceite. La siento modelada en una carne compacta, casi pesada, a la que el viento agita a veces como si inclinara un árbol. Eso es... un árbol. Un árbol que ha atrapado a Arras en la red de sus raíces. Y todas las sustancias de Arras, todas las provisiones de Arras, todos los tesoros de Arras suben, transformados en savia, para nutrir al árbol.

A esta llama, a veces demasiado pesada, la veo perder el equilibrio tanto a la derecha como a la izquierda, la veo escupir un humo más negro, luego reconstruirse nuevamente. Pero no siempre distingo la ciudad. La guerra toda se resume en este resplandor. Dutertre dice que la cosa se agrava. Desde la parte delantera, él observa mejor que yo, lo que no impide que me sorprenda primeramente con cierta indulgencia; esta llanura venenosa lanza pocas estrellas.

Sí, pero...

Sabes, Paula, en los cuentos de hadas de la infancia, el caballero, a través de pruebas terribles, marchaba hacia un castillo misterioso y encantado. Escalaba glaciares, franqueaba precipicios, desbarataba traiciones. Finalmente el castillo aparecía en el centro de una llanura azul, suave como un césped para el galope. Desde ese momento se creía vencedor... ¡Ah, Paula! Una antigua experiencia de cuentos de hadas no puede ser engañada tan fácilmente. Allí estaba siempre lo más difícil...

De esa misma manera corro yo hacia mi castillo de fuego, en el azul de la noche, como antiguamente... Partiste demasiado pronto para conocer nuestros juegos, te faltó el "caballero Aklin". Era un juego inventado por nosotros, ya que despreciábamos los juegos de los demás. Se jugaba los días de grandes tormentas, cuando, después de los primeros rayos, comprendíamos por el sabor de las cosas y por el temblor brusco de las hojas, que la nube estaba a punto de reventar. Entonces el espesor de los ramajes se cambia por un instante en rumoroso, y ligero musgo. ¡Era la señal!... A partir de ese momento nada podía detenernos.

Corríamos sin aliento, desde lo más profundo del parque, en dirección a la casa, a través del césped. Las primeras gotas de un chaparrón de tormenta son pesadas y espaciadas. El primero en ser tocado por ellas se confesaba vencido. Luego el segundo, luego el tercero, luego los demás. Entonces el Último sobreviviente se revelaba como el protegido de los dioses, el invulnerable. Hasta la tormenta próxima tenía derecho a llamarse "el caballero Aklin".

Todas las veces, y en pocos segundos, había sido una hecatombe de niños...

Yo juego aún al caballero Aklin. Corro lentamente hacia mi castillo de fuego, hasta perder el aliento...

Pero sucede que:

—¡Ay, capitán, jamás vi algo semejante!

Tampoco yo he visto algo semejante. Ya no soy invulnerable. ¡Ah!, no sabía que esperaba...

XX

Pese a los setecientos metros, yo esperaba. Pese a los parques de tanques, pese a las llamas de Arras, yo esperaba. Remontaba mi memoria hasta la infancia, para encontrar el sentimiento de una protección soberana. No hay protección para los hombres; una vez que se es hombre, se lo deja a uno marchar... Pero, ¿quién puede nada contra un muchachito al que la Paula topoderosa estrecha fuertemente la mano? Paula, me valgo de tu nombre como de un escudo...

He utilizado todos los trucos. Cuando Dutertre me dijo “Esto se agrava...” utilicé, para esperar, esta amenaza misma. Estábamos en guerra, y era bueno que la guerra se manifestara; al mostrarse se reducía a unas cuantas estelas de luz: “¿Así que éste es el famoso peligro de muerte sobre Arras? Es para reír...”

El condenado tiene del verdugo la imagen de un robot pálido. Cuando se presenta un hombre como todos, que sabe estornudar y hasta sonreír, el condenado se aferra a la sonrisa como si fuera un camino que condujera a la liberación... Pero sólo es un camino fantasma. El verdugo, si bien es cierto que estornuda, le cortará la cabeza. ¿Cómo rechazar la esperanza?

¿Cómo no engañarme a mí mismo acerca de una cierta acogida, puesto que todo se hacía íntimo y campesino, puesto que las pizarras húmedas y las tejas tenían un brillo tan amable, puesto que nada cambiaba de un minuto a otro, ni parecía tener que cambiar? ¿Cómo no engañarme, puesto que Dutertre, el artillero y yo sólo éramos tres paseantes que, a campo traviesa, regresan lentamente sin levantar demasiado el cuello del abrigo, pues en verdad ya casi no llueve; puesto que en el corazón mismo de las líneas alemanas no se veía nada que fuera realmente digno de contarse; puesto que no había razón para que, más allá, la guerra fuera distinta; puesto que parecía que el enemigo se hubiera dispersado y fundido en la inmensidad del campo, tal vez a razón de un soldado por casa, de un soldado por árbol; de los cuales uno, de tanto en tanto, al acordarse de la guerra, tiraba? Les habían machacado la consigna: “Dispararás contra los aviones...” La consigna se confundía con la ensoñación; arrojaba sus tres balas, sin creer demasiado en ello. Así, alguna noche cacé patos, que poco

me interesaban, si el paseo no era tierno. Tiraba mientras hablaba de otra cosa, lo cual no les molestaba...

¡Se ve tan bien lo que uno quiere! Aquel soldado me apunta, pero sin convicción, y me yerra. Los otros dejan pasar. Los que están lo suficientemente cerca como para hacernos una zancadilla, tal vez aspiran gozosos, en ese instante, el olor de la noche, o encienden un cigarrillo, o cuentan una broma Y dejan pasar. Otros, en el pueblo donde acantonan, alargan su escudilla hacia la sopa. Un gruñido se levanta y muere, ¿es amigo o enemigo? No tienen tiempo de saberlo, cuidan de que se llene la escudilla, y dejan pasar. Me siento tentado de atravesar, con las manos en los bolsillos y silbando, con la mayor naturalidad posible, el jardín prohibido a los paseantes, pero en el cual cada guardián —confiando en los otros— deja pasar...

¡Soy tan vulnerable! Hasta mi debilidad es una trampa. “¿Para qué agitaros, si lo mismo te bajarán un poco más adelante?” ¡Es evidente! “¡Ya te colgarán en otra parte...!” Dejan la tarea a otros, para no perder el turno de la sopa, para no interrumpir una broma, o simplemente por placer de la brisa de la noche. Abuso de la negligencia de ellos, y de ese minuto en que, como por azar, la guerra fatiga a todos, a todos en conjunto, extraigo mi salvación. ¿Por qué no? Desde ya tengo la vaga certeza de que, de hombre en hombre, de escuadrilla en escuadrilla, de pueblo en pueblo, terminaré mi recorrido. Después de todo, no somos más que el paso de un avión en la noche... y eso ni siquiera hace levantar la cabeza.

Naturalmente, yo esperaba regresar. Pero al mismo tiempo sabía que algo pasaría. Usted está condenado al castigo, pero la prisión que lo encierra permanece muda todavía; usted se aferra a ese silencio. Cada segundo se asemeja al segundo que le antecedió. No hay razón para que el segundo que está por llegar cambie el mundo, es un trabajo: demasiado pesado para él; así, cada segundo, uno después del otro, salvan el silencio. El silencio ya parece eterno...

Pero el paso de aquél de quien se sabe que vendrá se hace oír.

Algo acaba de quebrarse en el paisaje. En efecto, la hoguera —que parecía haberse apagado— chisporrotea y libera una cantidad de chispas. ¿En virtud de qué misterio se ha reavivado en el mismo instante toda esta llanura? Llegada la primavera, los árboles echan sus semillas. ¿Por qué esta repentina primavera de las armas? ¿Por qué este diluvio luminoso que asciende hasta nosotros y que, desde el comienzo, manifiesta lo universal?

Mi primera sensación es la de no haber sido prudente. Lo eché todo a perder. ¡Cuando el equilibrio es demasiado precario, basta a veces una guiñada, un gesto! Un alpinista tose y desencadena una avalancha y una vez desencadenada está todo perdido.

Marchamos pesadamente en ese pantano azul que ya ahogaba la noche. Removimos ese légamo tranquilo y hete aquí que el mismo nos arroja decenas de millares de pepitas de oro.

Un pueblo de juglares acaba de incorporarse a la danza. Un pueblo de juglares desgarrá hacia nosotros sus proyectiles de a millares y éstos, a falta de variación angular, nos parecen inmóviles al comienzo, pero luego del mismo modo en que esas bolas que el arte del juglar no proyecta pero libera, comienzan lentamente su ascenso. Veo lágrimas de luz que fluyen hacia mí a través de un aceite de silencio. De ese silencio que baña el juego de los juglares.

Cada ráfaga de ametralladora o de cañón de tiro rápido lanza centenas de obuses y balas fosforescentes que se suceden como cuentas de un rosario. Mil cuentas elásticas se alargan hacia nosotros, se estiran hasta romperse y chisporrotear a nuestra altura.

En efecto, vistos transversalmente, los proyectiles que han errado nuestro blanco revelan, en su paso tangencial, una velocidad vertiginosa. Las lágrimas se convierten en relámpagos. Y entonces me descubro ahogado en una cosecha de trayectorias del color de espigas de trigo. Heme aquí centro de un espeso matorral de lanzazos; heme aquí amenazado por quién sabe qué vertiginoso trabajo de agujas. Toda la llanura se me ha unido, y teje a mi alrededor una red fulgurante de líneas doradas.

¡Ah! Cuando me inclino hacia la tierra descubro capas de bolas luminosas que ascienden con la lentitud de velos de bruma, descubro el lento torbellino de simientes. ¡Así vuela la corteza del trigo cuando se lo trilla! ¡Mas si miro en línea horizontal sólo hay haces de lanzas! ¿Tiros? ¡No! ¡Me atacan con arma blanca! ¡Sólo veo espadas de luz! Me siento... ¡No es cuestión de miedo! Me deslumbra el lujo en que me baño.

—¡Ah!

Me he levantado veinte centímetros de mi asiento; y eso produjo en el avión el efecto de un golpe de ariete. Se ha roto, se ha pulverizado... pero no, no... Siento que todavía responde a los comandos. Sólo se trata del primero de un diluvio de golpes. Sin embargo, no he visto explosión. Indudablemente el humo de los estallidos se confunde con la tierra en sombra. Levanto la cabeza y miro.

¡El espectáculo no tiene parangón!

Inclinado hacia la tierra, no había advertido el espacio vacío que, poco a poco, se extendía entre las nubes y yo. La trayectoria de las balas arrojaba una luz de color de trigo. ¿Cómo podía saber yo que en la cima distribuirían, una por una, como si fueran clavos, esos materiales sombríos? Los descubro acumulados en pirámides vertiginosas que se desvían hacia atrás con la lentitud de témpanos. En relación con semejante perspectiva tengo la sensación de permanecer inmóvil.

Sé que, apenas configuradas, estas construcciones han perdido todo el poder de que disponían. Cada uno de los copos sólo dispone por un centésimo de segundo del derecho de vida o muerte. Pero me han rodeado sin que yo lo supiera, su aparición hace pesar en mi nuca una reprobación formidable.

Esta sucesión de sordas explosiones, cuyo sonido queda apagado por el rugido de los motores, me impone la ilusión de un silencio extraordinario. No siento nada, el vacío de la espera se ahonda en mí, como si estuvieran deliberando.

Pienso... pienso, sin embargo: "Tiran demasiado alto". Y vuelvo la cabeza para ver cómo se inclina hacia atrás, como con tristeza, una tribu de águilas. Renuncian. Pero no hay nada que esperar.

Las armas que no nos han dado en el blanco toman puntería nuevamente. Las murallas de estallidos vuelven a reconstruirse a nuestro nivel. Cada uno de los focos de fuego levanta en pocos segundos una pirámide de explosiones, que muy pronto abandona, ya inútil, para edificar en otra parte. El tiro no nos busca, sino que nos encierra.

—¿Lejos aún, Dutertre?

—...si pudiéramos mantenernos todavía tres minutos habríamos terminado... pero...

—Quizá pasemos...

—¡Jamás!

Este negro grisáceo, este negro de harapos echados en montón, es siniestro. La llanura estaba azul, inmensamente azul, azul fondo de mar...

¿Cuál es la supervivencia que puedo esperar? ¿Diez segundos? ¿Veinte segundos? El sacudimiento de las explosiones me atormenta constantemente. Las más cercanas resuenan en el avión como piedras en un volquete. Después, el avión entero emite un sonido casi musical. Extraño suspiro... Pero esos son los golpes fallidos. En esto sucede como con el rayo, cuanto más cerca está, más simple es. Algunos choques son elementales; es porque el estallido nos ha marcado con sus esquirlas. La fiera no empuja al buey que matará, simplemente hunde sus garras con aplomo, sin fallar el golpe. Toma posesión del buey. De la misma manera

los golpes que dan en el blanco simplemente se incrustan en el avión, como en un músculo.

—¿Herido?

—¡No!

—¡Eh, artillero! ¿Herido?

—¡No!

Claro está que estos choques que hay que describir, no cuentan, tamborilean sobre una corteza, sobre un tambor. En lugar de reventar los depósitos pudieron muy bien habernos abierto el vientre. ¡Qué nos importa el cuerpo! El cuerpo no es el que importa... ¡esto es lo extraordinario!

Diré dos palabras sobre el cuerpo. En la vida de cada día uno está ciego ante la evidencia, para que la evidencia se manifieste es necesaria la urgencia de condiciones como la actual. Es necesaria esta lluvia de luces ascendentes, este asalto de los lanzazos, es necesario, finalmente, que se haya constituido este tribunal del juicio final. Sólo entonces uno comprende.

Me preguntaba mientras me vestía:

“¿Cómo se presentarán los instantes últimos?” La vida siempre me desmintió los fantasmas que inventaba. Pero esta vez se trataba de avanzar desnudo, bajo la descarga de puños imbéciles sin tener ni siquiera el pliegue de un codo para resguardar el rostro.

Yo hacía de esta prueba una prueba para la carne, la imaginaba sufrida en mi carne. El punto de vista que adoptaba necesariamente era el de mi propio cuerpo. ¡Se ha ocupado uno tanto de su cuerpo! ¡Tanto lo ha vestido, lavado, cuidado, afeitado, abrevado, alimentado! Uno se ha identificado con ese animal doméstico, lo hemos llevado al sastre, al médico, al cirujano. Hemos sufrido con él, gritado con él, amado como él. De él decimos: soy yo. Y de pronto la ilusión se viene abajo. ¡Nos mofamos del cuerpo! Lo relegamos a la categoría de lacayo. En cuanto la cólera se enardece un poco, en cuanto el amor se exalta, el odio se concentra, en seguida la famosa solidaridad se resquebraja.

¿Está tu hijo atrapado por el incendio? ¡Lo salvarás! ¡No se te puede retener! ¡Te quemas! ¡Qué te importa! Dejas esos andrajos de carne a quien los quiera, descubres que no te interesaba en absoluto aquello que te importaba tanto. Si fuera un obstáculo, ¡venderías tu hombro por el lujo de arrimar el hombro! Estás instalado en tu acto mismo. Tu acto eres tú. En otra parte ya no te encuentras. Tu cuerpo es de tu pertenencia, ya no es más tú. ¿Pegarás? Nadie que te amenace en tu propio cuerpo podría dominarte. ¿Tú? Es la muerte del enemigo. ¿Tú? Es la salvación de tu hijo. Haces un cambio, y no experimentas la sensación de perder en el cambio. ¿Tus miembros? Sólo son herramientas. Cuando tallamos nos interesa

muy poco que una herramienta esté rota. ¡Y el cambio lo haces contra la muerte de tu rival, la salvación de tu hijo, la curación de tu enfermo, tu descubrimiento, si eres inventor! Un camarada del Grupo estaba herido de muerte. El parte de guerra dice: “Dijo entonces a su observador: estoy liquidado. ¡Vete! ¡Salva los documentos!...” Sólo interesa la salvación de los documentos, o del niño, la curación del enfermo, la muerte del rival, el descubrimiento. Tu significado se manifiesta deslumbrante. Es tu deber, tu odio, tu amor, tu fidelidad o tu invención, no encuentras en ti ninguna otra cosa.

El fuego no sólo echó por tierra la carne sino también, al mismo tiempo, el culto de la carne. El hombre no se interesa más por él mismo, sólo se le impone aquello que él es. Si muere ya no se escuda, se confunde; no se pierde, se encuentra. No se trata de un deseo de moralista sino de una verdad usual, una verdad de todos los días, a la que una ilusión de todos los días cubre con una máscara impenetrable. ¿Cómo hubiera podido prever, mientras me vestía y tenía miedo a causa de mi cuerpo, que me preocupaba por tonterías? Sólo en el instante de dejar el cuerpo, todos, siempre, descubren estupefactos qué poco les interesa. Ciertamente, durante mi vida, cuando nada urgente me domina, cuando la significación no está en juego, no concibo problemas más graves que los de mi cuerpo.

Cuerpo mío, ¡no me importa nada de ti! Me siento expulsado fuera de ti, ya no tengo esperanza, y, sin embargo, no me falta nada. Niego todo lo que era hasta hace un instante. No era yo el que pensaba, ni era Yo el que sentía, era mi cuerpo. Bien o mal, he tenido que traerlo a la rastra hasta aquí desde donde descubro que no tiene ninguna importancia.

A los quince años recibí mi primera lección. Se había desahuciado a un hermano menor que yo. Una mañana, cerca de las cuatro, su enferma me despierta:

—Lo llama su hermano.

—¿Se siente mal?

La enfermera no responde. Me visto en un abrir y cerrar de ojos y voy al encuentro de mi hermano.

Me dice con voz natural.

—Quiero hablarte antes de morir. Voy a morir.

Una crisis nerviosa lo crispa y lo obliga a callar. Durante la crisis dice que “no” con la mano. Y yo no comprendo el gesto. Pienso que el niño rechaza la muerte. Pero, una vez restablecida la calma, me explica:

—No te asustes... no sufro. No me duele nada. No puedo evitarlo. Es mi cuerpo.

Su cuerpo, territorio extranjero, ya otro.

Pero el hermano que dentro de veinte minutos estará muerto, quiere ser serio, le urge la necesidad de delegarse en su herencia. Me dice: "Quisiera hacer mi testamento..." Se sonroja; no cabe duda de que se siente orgulloso de comportarse como un hombre. Si hubiera sido constructor de torres me habría confiado su torre en construcción. Si hubiera sido padre me habría confiado sus hijos para educar. Si hubiera sido piloto de avión de guerra, me habría confiado los papeles de a bordo. Pero sólo era un niño, y sólo me confía un motor de vapor, una bicicleta y una carabina.

Uno no muere. Nos imaginamos que tenemos la muerte, pero tememos lo inesperado, la explosión, nos tenemos a nosotros mismos. ¿La muerte? No. Cuando se la encuentra ya no hay muerte. Mi hermano me dijo: "No te olvides de escribir todo esto..." Cuando el cuerpo se deshace aparece lo esencial. El hombre sólo es un nudo de relaciones, sólo las relaciones cuentan para el hombre.

El cuerpo, caballo viejo, lo abandonamos. ¿Quién piensa en sí mismo cuando muere? Yo nunca he encontrado nadie que lo hiciera...

—¿Capitán?

—¿Qué?

—¡Magnífico!

—Artillero...

—¿Sí?

—Eh... sí...

—Cuál...

Mi pregunta se ha perdido con el choque.

—¡Dutertre!

—¿... tán?

—¿Herido?

—No.

—Artillero...

—¿He...?

Es como si estampara una pared de bronce.

—¡Ah, lá, lá!

Levanto la cabeza hacia el cielo para medir la distancia de las nubes. Evidentemente, cuanto más los observo en ángulo oblicuo, los copos negros parecen más amontonados unos sobre otros. Verticalmente parecen menos densos. Y así descubro, engastada sobre nuestra frente, la diadema monumental de florones negros.

Los músculos de los muslos tienen una fuerza sorprendente. Aprieto de un golpe el balancín, como si derribara un muro, y lanzo el avión de

costado, el cual se va, brutalmente, hacia la izquierda, con vibraciones crujientes. La diadema se ha deslizado a la derecha, la saqué de encima de mi cabeza. Sorprendo el tiro, que golpea en otra parte. Veo acumularse, a la derecha, inútiles haces de explosivos. Pero, antes de que yo pudiera realizar, con el otro muslo, el movimiento contrario, la diadema ya se ha restablecido sobre mí. Los de abajo la han vuelto a poner. El avión, en medio de quejidos, vuelve a hundirse en la ciénaga. Pero la fuerza concentrada de mi cuerpo vuelve a hundir el balancín, y lanzo el avión en el giro contrario, o, más exactamente, lo hago derrapar en sentido contrario (¡al diablo con los giros correctos!) y la diadema se corre a la izquierda.

¿Durar? ¡Este juego no puede durar! Por más que de patadas de gigante, el diluvio de lanzazos se reorganiza, y allá, ante mí, la corona se restablece. Los choques me vuelven a dar en el vientre. Y, si miro hacia abajo, vuelvo a encontrar, bien centrado sobre mí, el ascenso de bolas, vertiginosamente lento. Es inconcebible que aún estemos enteros. Y sin embargo me descubro invulnerable. ¡Me siento vencedor! ¡A cada segundo soy vencedor!

—¿Heridos?

—No...

No están heridos. Son invulnerables, son vencedores. Soy propietario de una tripulación de vencedores...

En adelante cada explosión me parece, no ya amenazarnos, sino endurecernos. Cada vez, durante un décimo de segundo, imagino pulverizado mi aparato, pero sigue respondiendo a los comandos, y lo levanto, como un caballo, tirando vigorosamente de las riendas. Entonces me distiendo y me siento invadido por una sorda alegría. Apenas tenía tiempo de sentir miedo sino bajo la forma de una contracción física, que provoca un gran ruido, que ya se me concedía el respiro de la liberación. Debería experimentar el sobresalto del choque, luego el miedo, luego la distensión. ¡Ni pensarlo! ¡No hay tiempo! Experimento el sobresalto, luego la distensión. Sobresalto, distensión. Falta una etapa, el miedo. Y no vivo en la espera de la muerte en el instante inmediato, sino en la resurrección al salir del instante que la precede. Vivo en una suerte de reguero de alegría, vivo en la estela de mi alegría, y comienzo a experimentar un placer prodigiosamente inesperado... Como si mi vida me fuera otorgada en cada instante, como si mi vida se me volviera más sensible a cada instante. Vivo. Estoy vivo. Estoy vivo todavía. Estoy vivo siempre. No soy sino una fuente de vida. La embriaguez de la vida se apodera de mí. ¡Se habla de "la embriaguez del combate". ¡Es la embriaguez de la vida! ¡Eh! ¿Saben los que nos disparan desde abajo que nos están forjando?

Depósitos de aceite, depósitos de nafta, todo está arruinado. Dutertre dice: “¡Listo! ¡Suba!” Por una vez más mido con la vista la distancia que me separa de las nubes y pongo en trepada. Por una vez más vuelco el avión a la izquierda, luego a la derecha. Por una vez más echo una ojeada hacia la tierra. Nunca olvidaré este paisaje. La llanura entera crepita a través de cortas mechas luminosas: los cañones de tipo rápido, sin duda. La ascensión de glóbulos prosigue en el inmenso acuario azulado. La llama de Arras reluce con su color rojo oscuro, como un hierro sobre el yunque. La llama de Arras, instalada sobre reservas subterráneas, la llama en la que el sudor de los hombres, la inventiva de los hombres, el arte de los hombres, los recuerdos y el patrimonio de los hombres, el anudar su ascensión en esta cabellera, se transforman en la hoguera que el viento se lleva.

Rozo ya los primeros bancos de neblina. Alrededor de nosotros todavía hay flechas de oro que suben y agujerean por debajo el vientre de la nube. La última imagen se me ofrece por un último agujero, cuando ya la nube me encierra. Durante un instante se me aparece la llama de Arras encendida para toda la noche, como la lámpara de aceite de una nave profunda. Sirve a un culto, pero cuesta caro. Mañana habrá consumido y consumado todo. Llevo la llama de Arras en testimonio.

—¿Va bien, Dutertre?

—Bien, mi capitán. Doscientos cuarenta, dentro de veinte minutos dejaremos la nube arriba. Nos orientaremos en algún lugar del Sena.

—¡Artillero! ¿Va bien?

—Hum... Sí... mi capitán... Bien.

—¿No tuvo demasiado calor?

—Hum... No... Sí.

No sabe nada, está contento. Pienso en el artillero de Gavaille. Una noche, sobre el Rin, ochenta reflectores aprisionaron a Gavaille entre sus haces, construyeron a su alrededor una basílica gigantesca, y de pronto entraron a tiros en ella. Entonces Gavaille oye que su artillero se habla a sí mismo en voz baja. (Los laringófonos son indiscretos). El artillero se hace sus propias confidencias: “¡Bien, viejo... bien, viejo... Hay que andar mucho para encontrar esto en la vida civil!...” Estaba contento el artillero.

En lo que a mí respecta, respiro con lentitud, lleno bien mis pulmones. Es maravilloso respirar. Ahora comprenderé una cantidad de cosas... pero primero pienso en Alias. No, en quien primero pienso es en el granjero. Lo interrogaré, pues, acerca del número de los instrumentos... ¡Qué vamos a hacerle, tengo continuidad en las ideas! Ciento tres. A propósito... Los indicadores de la nafta, las presiones del aceite... ¡Cuando los depósitos han reventado, más vale vigilar estos instrumentos! Yo los vigilo. Los

revestimientos de goma han aguantado. ¡Es un perfeccionamiento maravilloso! También vigilo los giróscopos. Esta nube no es muy habitable. Es una nube de tormenta, nos sacude violentamente.

—¿No cree que podemos descender?

—Diez minutos... Haríamos mejor en esperar aún diez minutos...

Esperaré, pues, diez minutos más. ¡Ah, sí, estaba pensando en Alias! ¿Hasta qué punto cuenta con volver a vernos? El otro día nos habíamos atrasado media hora. En general, media hora es grave... Corro a reunirme con el Grupo, que está cenando. Empujo la puerta y me derrumbo en mi silla, junto a Alias. Justamente en ese momento el comandante levanta su tenedor ornado de un ramillete de tallarines, que se dispone a embaular. Pero se sobresalta, se interrumpe de golpe y me contempla con la boca abierta. Los tallarines cuelgan, inmóviles.

—¡Ah, bien! ¡Estoy contento de verlo!

Y engulle los tallarines.

Según mi parecer, el comandante tiene un grave defecto. Se obstina en interrogar al piloto sobre las enseñanzas de la misión. Me interrogará, me mirará con una paciencia temible, a la espera de que yo le dicte las verdades primeras. Se habrá armado de una hoja de papel y de una lapicera para no perderse una sola gota de este elixir. Eso me recordará mi juventud: “¿Cómo integra usted, alumno Saint-Exupéry, las ecuaciones de Vernoulli?”

—Hum...

Vernoulli... Vernoulli. Y uno se queda allí, inmóvil, bajo esa mirada, como un insecto adornado con un alfiler que le atraviesa el cuerpo.

Las enseñanzas de la misión le conciernen a Dutertre. Dutertre observa en línea vertical, ve una cantidad de cosas: camiones, chalanas, tanques, soldados, cañones, caballos, estaciones, trenes en las estaciones, jefes de estación. Yo observo demasiado en línea oblicua. Veo nubes, el mar, ríos, montañas, el sol. Observo muy en general, me hago una idea de conjunto.

—Usted sabe muy bien, comandante, que el piloto...

—¡Vamos! ¡Vamos! Siempre se ve algo.

Yo... ¡Ah! ¡Incendios! He visto incendios. Eso es interesante.

—No. Todo arde. ¿Qué más?

¿Por qué Alias es tan cruel?

XXII

¿Me interrogará esta vez? Lo que traigo de mi misión no puede referirse en un informe. Me quedaría duro como un estudiante en el pizarrón. Pareceré

muy desgraciado, y sin embargo, no seré desgraciado. Se terminó la desgracia... Desapareció cuando brillaron las primeras balas. Si hubiera dado media vuelta un segundo antes, lo habría ignorado todo de mí.

Habría ignorado la bella ternura que me invade el corazón. Vuelo con los míos. Regreso. Me siento como una ama de casa que, una vez terminadas sus compras, toma el camino de su casa y medita los platos con que alegrará a los suyos. Balancea su canasta de provisiones de derecha a izquierda. De tanto en tanto, levanta el diario que las recubre. No falta absolutamente nada. No se ha olvidado de nada. Sonríe por la sorpresa que prepara y vagabundea un poco. Echa un vistazo a las vidrieras.

Yo también echaría un vistazo a las vidrieras si Dutertre no me obligara a habitar esta prisión blancuzca. Contemplaría cómo desfila el campo. Es verdad que conviene esperar un poco: este paisaje está envenenado. Todo conspira en él. Hasta los castillitos de provincia que, con su parque algo ridículo y sus docenas de árboles domésticos, parecen inocentes estuches para jovencitas cándidas, no son sino trampas de guerra. Cuando se vuela bajo, en lugar de señales de amistad, se recogen explosiones antiaéreas.

Pese al vientre de la nube, vuelvo del mercado. Tenía razón la voz del comandante: "Iréis hasta la esquina de la primera calle a la derecha, y me compraréis fósforos..." Mi conciencia está en paz. Tengo los fósforos en mi bolsillo, o, con más exactitud, se encuentran en el bolsillo de mi camarada Dutertre. ¿Cómo hace para, acordarse de todo lo que ha visto? Eso es cuestión suya. Yo pienso en cosas serias. Después de aterrizar, si nos ahorran el desbarajuste de una nueva mudanza, desafiaré a Lacordaire y lo derrotaré en el ajedrez. Detesta perder, yo también; pero ganaré.

Ayer Lacordaire estaba borracho. Por lo menos... un poco, no quisiera deshonrarlo. Se había emborrachado para consolarse. Al regresar de un vuelo olvidó maniobrar el tren de aterrizaje y asentó el avión de barriga. Alias, ¡ay!, que estaba presente, observó el avión con melancolía, pero no abrió la boca. ¡Lacordaire, viejo piloto! ¡Lo estoy viendo! Contaba con los reproches de Alias, esperaba los reproches de Alias, reproches violentos que le hubieran hecho bien, pues esta explosión le hubiera permitido explotar también a él. Al responder se hubiera despojado de la rabia. Pero Alias meneaba la cabeza, Alias pensaba en el avión; Lacordaire no le interesaba. Para el comandante el accidente no era sino una desgracia anónima, una suerte de impuesto estadístico. Sólo se trataba de una de esas distracciones estúpidas que sorprenden a los más antiguos pilotos, y que le había sido infligida injustamente a Lacordaire. Fuera de esta equivocación de hoy, Lacordaire estaba exento de toda imperfección profesional. Ésa fue la razón por la que Alias, interesándose únicamente en la víctima, solicitó de Lacordaire mismo, de la manera más maquinal

del mundo, su opinión acerca de los perjuicios. Sentí que la rabia contenida de Lacordaire subía. Posamos amablemente la mano sobre el hombro del verdugo y le decimos: “Pobre víctima, eh... cómo debe sufrir...” Las reacciones del corazón humano son insondables. Esa mano tierna, que solicita su simpatía, exaspera al verdugo. Echa una negra mirada a la víctima, lamenta no haberla liquidado.

Así es. Regreso a casa —el Grupo 2/33 es mi casa— y comprendo a los de mi casa. No puedo equivocarme con Lacordaire, como Lacordaire no puede equivocarse conmigo. Siento esta comunicación con una evidencia extraordinaria: “¡Nosotros, los del Grupo 2/33!” ¡Eh! Ahora, pues, los elementos en desorden se organizan.

Pienso en Gavaille y en Hochedé. Siento esa comunidad que me liga a Gavaille y a Hochedé. Me interrogo sobre Gavaille: ¿Cuál es su origen? Manifiesta una hermosa sustancia terrestre. Vuelve a mí un cálido recuerdo que perfuma súbitamente mi corazón. Cuando acantonábamos en Orconte, Gavaille vivía en una granja, como yo. Un día me dijo:

—La granjera mató un cerdo. Nos invita a comer morcilla.

Éramos tres, Israel, Gavaille y yo, los que masticábamos la bella corteza negra y crocante. La campesina nos sirvió un vinillo blanco. Gavaille me dijo: “Le he comprado esto para obsequiarla, tiene que firmar”. Era uno de mis libros, y no experimenté molestia alguna. Firmé con placer para complacer.

Israel cargaba la pipa, Gavaille se rascaba el muslo, la campesina parecía muy contenta de heredar un libro firmado por el autor. La morcilla perfumaba. Yo estaba un poco borracho de vinillo blanco. Y no me sentía extraño aunque hubiera firmado un libro, cosa que siempre me ha parecido un tanto ridícula. No me sentía rechazado. A pesar del libro no aparentaba yo ser autor ni espectador. Yo no venía de afuera. Israel, gentilmente, me miraba firmar. Gavaille, con sencillez, continuaba rascándose el muslo, y yo experimentaba una especie de sordo agradecimiento para con ellos. El libro pudo haberme dado la apariencia de un testigo abstracto, y sin embargo, a pesar de él, no aparentaba yo ser ni intelectual ni testigo. Era uno de ellos.

El oficio de testigo siempre me produjo horror. ¿Qué soy si no participo? Para ser necesito participar. Me alimento de la calidad de los camaradas, calidad que se ignora porque no se toma en serio a sí misma, y no por humildad. Gavaille no se tiene en cuenta a sí mismo como tal, ni tampoco Israel, sino que son una red de lazos con su trabajo, su oficio, su deber; con la morcilla que humea. Y me embriago con la densidad de sus presencias. Puedo callar, puedo beber mi vinillo blanco, y hasta puedo firmar el libro sin sustraerme a ellos. Nada estropeará esta fraternidad.

En este caso no trato de denigrar los pasos de la inteligencia ni las victorias de la conciencia. Admiro las inteligencias lúcidas. Pero ¿qué es el hombre si le falta sustancia? ¿Si es una mirada y no un ser? Descubro la sustancia en Gavaille o en Israel, como la descubría en Guillaumet.

Desapruebo con cierto espanto las ventajas que puedo obtener de una actividad de escritor, como por ejemplo la libertad de la que podría disponer y que me permitiría, en el caso de que mi tarea en el Grupo 2/33 me disgustara, abandonarlo por otras funciones. Esa libertad es sólo la libertad de no ser. Toda obligación nos lleva a ser.

En Francia estuvimos a punto de sucumbir a causa de la inteligencia sin sustancia. Gavaille es; ama, detesta, se alegra, rezonga. Está moldeado en lazos. De la misma manera que saboreo frente a él la morcilla crocante, saboreo las obligaciones del oficio que nos funde juntos en un molde común. Amo el Grupo 2/33. No lo amo como espectador que descubre un hermoso espectáculo. ¡Me río del espectáculo! Amo al Grupo 2/33 porque estoy en él, porque me alimenta y porque contribuyo a alimentarlo.

Ahora que vuelvo de Arras soy más que nunca de mi Grupo. He adquirido un lazo más, he reforzado en mí ese sentimiento de comunidad que se saborea en el silencio. Tal vez Israel y Gavaille han corrido riesgos más duros que los míos. Israel ha desaparecido. Más yo tampoco debía volver del paseo de hoy. Por eso he acrecentado mi derecho a sentarme a su mesa, y a callarme con ellos. Es un derecho que se compra muy caro, es el derecho de "ser". Esa es la causa por la que firmé sin fastidio el librito... no estropeaba nada.

Y he aquí que me ruborizo cuando pienso que voy a tartamudear dentro de un rato, cuando el comandante me interrogue. Tendré vergüenza de mí. El comandante pensará que soy un poco estúpido. Si estas historias de libro no me molestan, es porque, aunque hubiera parido una biblioteca entera, estas referencias no me salvarían de la vergüenza que me amenaza. La tal vergüenza no es un juego que juego. No soy el escéptico que se da el lujo de prestarse a alguna conmovedora costumbre. No soy el ciudadano que en vacaciones juega al campesino.

Una vez más he ido a buscar la prueba de mi buena fe a Arras. Empeñé mi carne en la aventura, toda mi carne, y la empeñé sabiendo que perdía. Di todo lo que pude a las reglas del juego, para que fueran algo más que reglas de juego. Adquirí el derecho de sentirme avergonzado dentro de un momento, cuando el comandante me interrogue, es decir, de participar, de estar ligado, de comunicar, de recibir y de dar, de ser más que yo mismo, de acceder a esa plenitud que me colma en tal manera, de experimentar el amor que experimento hacia mis camaradas, ese amor, que no es un impulso venido de afuera, ese amor que no trata de expresarse jamás, salvo en las cenas de despedida. Entonces uno está algo ebrio y la

benevolencia del alcohol lo lleva a inclinarse hacia los invitados como un árbol grávido de frutos para ofrecer. Mi amor por el Grupo no tiene necesidad de ser enunciado. Sólo está compuesto por lazos, es mi sustancia misma. Yo soy del Grupo, y eso es todo.

Cuando pienso en el Grupo no puedo dejar de pensar en Hochedé. Podría contar su coraje en la guerra, pero me sentiría ridículo. No se trata de coraje. Hochedé ha hecho a la guerra un don total, probablemente mayor que el de todos nosotros. Hochedé está permanentemente en ese estado que tanto me cuesta conquistar. Yo echaba peste mientras me vestía. Hochedé no echa pestes. Hochedé ya ha llegado a donde nosotros nos dirigimos. Donde yo quería llegar. Hochedé es un antiguo suboficial recientemente promovido a subteniente. Sin duda dispone de una cultura mediocre, no podría aclarar nada sobre sí mismo, pero está construido, está terminado. Cuando se trata de Hochedé la palabra deber pierde toda redundancia. Uno quisiera soportar el deber como Hochedé lo soporta. Frente a Hochedé, me reprocho todos los pequeños renunciamientos, las negligencias, las perezas, y, por sobre todo, si cabe, mis escepticismos. No es un signo de virtud, sino de celos bien entendidos. Quisiera existir tanto como existe Hochedé. Un árbol es bello cuando está firme sobre sus raíces. La permanencia de Hochedé es bella. Hochedé no podría decepcionar.

No contaré, pues, nada de las misiones de guerra de Hochedé. ¿Voluntario? Lo somos todos, siempre, para todas las misiones, pero a causa de una oscura necesidad de creer en nosotros. Entonces uno se supera un poco. Hochedé es naturalmente voluntario. Él “es” esta guerra. Y es tan natural, que el comandante, cuando hay que sacrificar una tripulación, piensa en seguida en Hochedé. “Dígame, Hochedé...” Hochedé se sumerge en la guerra como un monje en su religión. ¿Por qué se bate? Se bate por él. Hochedé se confunde con una cierta sustancia que hay que salvar y que es su propia significación. A este nivel, la vida y la muerte se confunden. Hochedé ya está confundido. Quizá sin saberlo no tiene ningún miedo a la muerte. Permanecer, hacer que todo permanezca... para Hochedé, morir y vivir se concilian.

Lo primero que me deslumbró en él fue su angustia cuando Gavaille trató que le prestara su cronómetro para medir velocidades en la base.

—Mi teniente... no... Eso no me gusta.

—¡No seas estúpido! ¡Es para una regulación de diez minutos!

—Mi teniente, hay uno en el depósito de la escuadrilla.

—¡Si, pero hace seis semanas que no quiere salir de las dos y siete!

—Mi teniente... no se presta un cronómetro... no estoy obligado a prestar mi cronómetro... ¡Usted no puede exigirme eso!

La disciplina militar y el respeto jerárquico pueden solicitar un Hochedé que, apenas abatido en llamas y milagrosamente indemne, vuelve a instalarse en otro avión para otra misión que esta vez será peligrosa... pero no que entregue a manos carentes de respeto un cronómetro de lujo, que costó tres meses de sueldo y al que se le dio cuerda todas las noches con cuidado maternal. Cuando se ve gesticular a los hombres se adivina que no comprenden nada de cronómetros.

Cuando, Hochedé, vencedor, bien establecido su derecho, y con su cronómetro contra el corazón, abandonó el despacho de la escuadrilla todavía ardiendo de indignación, yo lo hubiera abrazado. Yo descubría los tesoros de amor de Hochedé. Él luchará por su cronómetro, su cronómetro existe; y morirá por su país, su país existe. Hochedé, que está ligado a ellos, existe. Está hecho de todos esos lazos con el mundo.

Por eso amo a Hochedé sin experimentar la necesidad de decírselo. Del mismo modo, perdí a Guillaumet —el mejor amigo que he tenido, muerto en vuelo— y trato de no hablar de él. Hemos piloteado en las mismas líneas, hemos participado en las mismas creaciones, éramos de la misma sustancia. Me siento un poco muerto en él. Hice de Guillaumet uno de los compañeros de mi silencio. Soy de Guillaumet.

Soy de Guillaumet, soy de Gavaille, soy de Hochedé. Soy del Grupo 2/33. Soy de mi país. Y todos los del Grupo son de este país.

XXIII

¡He cambiado mucho! Estos días, comandante Alias, estaba disgustado. Estos días, mientras la invasión blindada sólo encontraba la nada, las misiones sacrificadas costaron al Grupo 2/33 diecisiete tripulaciones sobre veintitrés. Con usted a la cabeza aceptábamos, según me parecía, jugar nuestros muertos para satisfacer las necesidades de la figuración. ¡Ah, comandante Alias, estaba disgustado... me equivocaba!

Con usted a la cabeza nos aferrábamos todos a la letra de un deber cuyo espíritu se había oscurecido. Usted nos impulsaba instintivamente no ya a vencer, que era imposible, sino a llegar a ser. Usted sabía, como nosotros, que las informaciones adquiridas no se transmitirían a nadie. Pero usted salvaba ritos cuyo poder estaba oculto. Usted nos interrogaba gravemente, como si nuestras respuestas acerca de los parques de tanques, chalanas, los camiones, las estaciones, los trenes en las estaciones, pudieran servir. Incluso me parecía usted de una indignante mala fe.

—¡Sí! ¡Sí! Se observa muy bien desde la plaza del piloto.

Sin embargo, usted tenía razón, comandante Alias.

Fue en Arras, sobrevolando, como tomé conciencia de esta muchedumbre. Sólo estoy ligado a quien me doy. Sólo comprendo a quien desposo. Sólo existo en tanto me abrevan las fuentes de mis raíces. Soy de esta muchedumbre. Esta muchedumbre es mía. A quinientos kilómetros por hora y a doscientos metros de altura, ahora que me he apeado de mi nube, la desposo en la noche como un pastor que, de una ojeada, recuenta, reúne y anuda el rebaño. Esta muchedumbre ya no es una muchedumbre, es un pueblo. ¿Cómo no habría de abrigar esperanza?

Pese a la podredumbre de la derrota llevo en mí, como al recibir un sacramento, un júbilo grave y duradero. Me sumerjo en la incoherencia, y, sin embargo, me siento vencedor. ¿Cuál es el camarada que, al regresar de una misión, no lleva en él un vencedor? El capitán Pénicot me contó su vuelo de esta mañana: “Cuando me parecía que alguna de las armas apuntaba demasiado bien, yo me lanzaba derecho a ella, a toda velocidad en vuelo rasante y arrojaba un chorro de ametralladora que apagaba de golpe aquella luz rojiza, como un golpe de viento apaga una vela. Un décimo de segundo más tarde pasaba como una tromba sobre el equipo... ¡era como si el arma hubiera explotado! Encontraba disperso al grupo de servidores derribado, por la huida. Tenía la impresión de jugar a los bolos”. Pénicot reía. Pénicot reía magníficamente. ¡Pénicot, capitán vencedor!

Sé que la misión habrá transfigurado hasta al artillero de Gavaille quien, apresado de noche en la basílica construida con ochenta reflectores, pasó bajo su bóveda de espadas como en una boda de soldados.

—Puede tomar a noventa y cuatro grados.

Dutertre acaba de orientarse hacia el Sena, he descendido a cien metros. El terreno arrastra hacia nosotros, a quinientos treinta kilómetros por hora, grandes rectángulos de alfalfa o de trigo y bosques en forma de triángulo. Experimento un extraño placer físico en observar este deshielo que divide sin descanso mi roda. Se me aparece el Sena, cuando lo franqueo en línea oblicua se me esconde como si girara sobre sí mismo. Ese movimiento me produce el mismo placer que el paso suave de un golpe de hoz. Estoy bien instalado. Soy el patrón de a bordo. Los depósitos aguantan. Ganaré un vaso de Pénicot en el póker de ases, luego derrotaré a Lacordaire en ajedrez. Ésta es mi manera de ser cuando resulto vencedor.

—Mi capitán... tiran... estamos en zona prohibida...

Él es quien calcula la navegación, estoy limpio de todo reproche.

—¿Tiran mucho?

—Tiran como pueden...

—¿Damos vuelta?

—¡Oh, no!...

El tono de la voz muestra desilusión. Hemos conocido el diluvio de modo que el tiro antiaéreo no es para nosotros sino una lluvia de primavera.

—Dutertre... sabe... es tonto hacerse abatir en su propia casa.

—... abatirán nada... se ejercitan.

Dutertre está disgustado.

Yo no estoy disgustado, yo soy feliz. Me gustaría hablar con los hombres de casa.

—¡Eh... sí... tiran como unos...!

Vaya, ¿está vivo éste? Me doy cuenta de que mi artillero no manifestó nunca todavía su existencia de una manera espontánea. Dirigió toda la aventura sin experimentar el deseo de comunicarse. A menos que fuera él quien pronunció aquel “¡Ah, lá lá!” en lo más intenso del cañoneo. De todos modos no fue un derroche de confianzas. Pero ahora se trataba de su especialidad: la ametralladora. Cuando se trata de la especialidad, a los especialistas no hay quien los detenga.

No puedo dejar de contraponer estos dos universos. El universo del avión y el de tierra. Acabo de arrastrar a Dutertre y al artillero más allá de los límites permitidos. Hemos visto arder a Francia; hemos visto brillar el mar; hemos envejecido en la gran altura; nos hemos inclinado hacia una tierra lejana, como sobre vitrinas de museo; hemos jugado en el Sol con el polvo de los cazas enemigos. Después descendimos. Nos arrojamos en el incendio, lo sacrificamos todo. Y entonces aprendimos más sobre nosotros mismos de lo que hubiéramos aprendido en diez años de meditación. Finalmente, salimos de estos diez años de monasterio.

Y advertimos que en esta carretera sobre la cual volamos para llegar, quizás, a Arras, cuando volvemos a encontrar la caravana ésta había progresado, cuando más, quinientos metros.

En el tiempo que les demande llevar un vehículo averiado hasta la zanja, cambiar una rueda, tamborilear inmóviles sobre el volante para dejar que un camino transversal liquide sus propios restos, nosotros nos habremos reintegrado a nuestra escala.

Cabalgamos la derrota en su totalidad.

Somos como esos peregrinos a quienes el desierto no atormenta aunque sufran en él, pues en su corazón ya habitan la ciudad santa. La noche que nace acorralará toda esta muchedumbre en su establo de desgracia. El rebaño se amontona. ¿A qué clamaría? Pero nos es dado correr hacia los camaradas, y me parece que nos precipitamos a una fiesta. Del mismo modo, una simple cabaña, si está iluminada en la lejanía, cambia en

noche de Navidad la más ruda de las noches de invierno. Allí, a donde vamos, seremos acogidos; allí, a donde vamos, comulgaremos con el pan de la noche.

Por hoy es suficiente como aventura, estoy feliz y fatigado. Abandonaré a los mecánicos el avión al que los agujeros enriquecen. Me despojaré de las pesadas vestimentas de vuelo, y como es muy tarde para jugarle un vaso a Pénicot, me sentaré, simplemente, a cenar entre los camaradas...

Estamos retrasados. Los camaradas que se retrasan nunca vuelven. ¿Están retrasados? Demasiado tarde. ¡Tanto peor para ellos! La noche los columpia en la eternidad. A la hora de comer, el Grupo cuenta sus muertos.

Los desaparecidos embellecen en el recuerdo. Se los viste para siempre con su sonrisa más diáfana. Nosotros renunciaremos a esta ventaja, surgiremos fraudulentamente, a la manera de los ángeles malos y de los cazadores furtivos. El comandante no embaulará su bocado de pan, nos mirará, dirá, tal vez: "Ah... aquí están..." Los camaradas callarán, observándonos apenas.

Antes tenía poca estima por las personas mayores. Estaba equivocado, no se envejece jamás. ¡Comandante Alias! También los hombres son puros a la hora de un regreso: "Aquí estás, tú, que eres de los nuestros..." Y el pudor crea el silencio.

Comandante Alias, comandante Alias... Entre vosotros he gustado esa comunidad como un fuego para el ciego. El ciego se sienta y extiende las manos, no sabe de dónde le llega el placer. Regresamos de nuestras misiones dispuestos a una recompensa de gusto desconocido, que es simplemente el amor.

No reconocemos allí el amor. El amor en el que pensamos de ordinario es de un patetismo más tumultuoso, pero aquí se trata del amor verdadero, una red de lazos que permite ser uno mismo.

XXIV

Interrogo a mi granjero acerca del número de los instrumentos, y el granjero me responde:

—No conozco nada de su negocio. Pero de los instrumentos, hay que creer que faltan algunos, los que nos hubieran hecho ganar la guerra... ¿Quiere cenar con nosotros?

—Ya he comido.

Pero me instalan a la fuerza entre la granjera y su sobrina:

—Tú, sobrina, córrrete un poco... Hazle un lugar al capitán.

Y descubro que no estoy ligado únicamente a los camaradas, sino, a través de ellos, a todo el país. Una vez que ha germinado, el amor echa raíces que nunca acaban de crecer.

Mi granjero distribuye el pan en silencio, las preocupaciones del día lo han ennoblecido con una gravedad austera. Asegura, quizá por última vez, esta partición como si ejerciera un culto.

Y pienso en los campos de alrededor, que han producido la materia de ese pan. Mañana los invadirá el enemigo. ¡Qué no esperen un tumulto de hombres armados! La tierra es grande. Quizá la invasión sólo se manifieste aquí a través de un centinela solitario, perdido a lo lejos, en la inmensidad de los campos, una marca gris en el límite del trigal. Nada habrá cambiado en apariencia, pero si se trata del hombre basta con un signo para que todo cambie.

La ráfaga que pasará sobre la cosecha se asemejará siempre a una ráfaga sobre el mar. Pero si la ráfaga sobre la cosecha nos parece más amplia, es porque, al desplegarla, hace el inventario de un patrimonio. Se asegura del porvenir. Es caricia para una esposa, mano pacífica en una cabellera.

Mañana este trigo habrá cambiado. El trigo no es mero alimento carnal. Alimentar al hombre no es engordar al ganado. ¡Tantos papeles representa el pan! Debido a que el pan se parte en compañía, hemos aprendido a reconocer en él un instrumento de la comunidad de los hombres. Debido a que debemos ganarnos el pan con el sudor de nuestra frente, hemos aprendido a reconocer en él la imagen de la grandeza del trabajo. Debido al pan que se distribuye en los momentos de miseria, hemos aprendido a reconocer en él el vehículo esencial de la piedad. El sabor del pan compartido no tiene par. Ahora bien, sucede que todo el poder de este alimento espiritual, del pan espiritual que habrá de surgir de este campo de trigo, está en peligro. Mañana mi granjero tal vez no sirva la misma religión familiar cuando parta el pan. El pan, tal vez mañana, no alimentará ya la misma luz de miradas. Acontece con el pan lo mismo que con el aceite de las lámparas de aceite: se convierte en luz.

Miro a la sobrina, que es muy hermosa, y me digo: a través de ella, el pan se convierte en gracia melancólica, se convierte en pudor, se convierte en la dulzura del silencio. Pero el mismo pan, por obra de una simple mancha gris en el límite de un océano de trigo, si alimenta mañana la misma lámpara, tal vez no de la misma llama. Lo esencial del poder del pan habrá cambiado.

Me he batido mucho más para preservar la calidad de una luz que para salvar el alimento del cuerpo. Me he batido por la radiación particular en que se transfigura el pan en las casas de mi país. Lo que en un comienzo me conmueve en esta niña secreta es la corteza inmaterial. Es no sé qué

lazo entre las líneas de un rostro. Es el poema que se lee en la página, y no la página.

Se sintió observada. Levantó los ojos hacia mí. Me parece que me sonrió... Fue apenas un soplo sobre la fragilidad de las aguas. Esta aparición me turba. Siento, misteriosamente presente, el alma particular que es de aquí, y no de otra parte. Saboreo una paz de la que me digo: "Es la paz de los reinos silenciosos..."

He visto relucir la luz del trigo.

El rostro de la sobrina se ha corrido nuevamente sobre un fondo de misterio. La granjera suspira, mira a su alrededor y calla. El granjero, que medita en el día siguiente, se encierra en su sabiduría. Bajo el silencio de todos hay una riqueza interior semejante al patrimonio de un pueblo, y amenazada de modo semejante.

Una rara evidencia hace que me sienta responsable de esas provisiones invisibles. Abandono mi granja. Camino a pasos lentos. Llevo esa carga, que me resulta antes tierna que pesada, como si se tratara de un niño dormido contra mi pecho.

Me había prometido esta conversación con mi pueblo. Pero no tengo nada que decir. Me asemejo al fruto firmemente unido al árbol en el que pensaba, hace unas horas, una vez calmada la angustia. Me siento ligado a los de mi país, eso es todo. Soy de ellos así como ellos son míos. Cuando mi granjero distribuyó el pan, no dio nada, compartió e intercambió. El mismo trigo ha circulado en nosotros. El granjero no se empobrecía. Por el contrario, se enriquecía, pues se alimentaba con un pan mejor, mejor porque se había convertido en pan de una comunidad. Esta tarde, cuando despegué por ellos, en misión de guerra, tampoco yo les di nada. Nosotros, los del Grupo, no les damos nada. Somos su parte de sacrificio de guerra. Comprendo por qué Hochedé hace la guerra sin palabras altisonantes. Del mismo modo en que un herrero forja para la aldea. "¿Quién es usted? — Soy el herrero de la aldea". Y el herrero trabaja feliz.

Sí ahora, cuando ellos parecen desesperar, yo espero, no por ello me distingo. Soy simplemente su parte de esperanza. En verdad ya estamos vencidos. Todo está en suspenso, todo se derrumba. Pero yo sigo sintiendo la tranquilidad de un vencedor. ¿Son contradictorias las palabras? Me río de las palabras. Soy semejante a Pénicot, a Hochedé, a Alias, a Gavaille. No disponemos de lenguaje alguno que justifique nuestro sentimiento de victoria. Pero nos sentimos responsables, y nadie puede sentirse al mismo tiempo responsable y desesperado.

Derrota... Victoria... no sé valerme de estas fórmulas. Hay victorias que exaltan, hay otras que envilecen. Hay derrotas que asesinan, hay otras que despiertan. No se puede enunciar la vida a través de estados, sino a través de marchas. La única victoria de la que no puedo dudar es la que se aloja

en el poder de las semillas. Una vez plantada a lo largo y a lo ancho de las tierras negras, la semilla va ha triunfado. Pero hay que desplegar el tiempo para asistir a su triunfo en el trigo.

Lo que había esta mañana no era más que un ejército desquiciado, y una multitud amontonada. Pero una multitud caótica, una vez que constituye una sola conciencia en la que se anuda, deja de ser caótica. Si en un cantero hay un hombre perdido, sólo aparentemente las piedras constituyen un caos, pues allí está el hombre, aunque sea uno solo, para pensar la catedral. No me preocupa el limo esparcido si contiene una semilla. La semilla lo absorberá para construir.

Todo el que accede a la contemplación se convierte en semilla. Todo el que descubre una evidencia solicita la atención de los demás para mostrársela. Todo el que inventa predica inmediatamente su invención. No sé como se expresará o actuará un Hochedé. Pero me importa poco. Despararramará su fe tranquila alrededor de él. Entreveo mejor el principio de las victorias. El que se asegura un puesto de sacristán o de sillero en una catedral construida, está vencido. Pero quien lleva en el corazón una catedral que hay que construir, ese es un vencedor. La victoria es el fruto del amor. El amor sólo reconoce el rostro que hay que modelar. Únicamente el amor lleva a él. La inteligencia sólo tiene valor al servicio del amor.

El escultor está grávido del peso de su obra. Importa poco si no sabe cómo la realizará. De golpe en golpe de pulgar, de error en error, de contradicción en contradicción, irá, a través de la arcilla, en línea recta a la creación. Ni la inteligencia ni el juicio son creadores. Si el escultor sólo es ciencia e inteligencia, sus manos carecerán de genio.

Durante mucho tiempo nos hemos engañado acerca del papel de la inteligencia. Descuidamos la sustancia del hombre, creímos que el virtuosismo de las almas bajas podía ayudar al triunfo de las causas nobles, que el egoísmo hábil podía exaltar el espíritu de sacrificio, que la sequedad de corazón podía fundar, a través de un vendaval de discursos, la fraternidad o el amor. Descuidamos el Ser. La semilla de cedro, quiérase o no, se convertirá en cedro; la semilla de zarza se convertirá en zarza. En adelante me negaré a juzgar al hombre según las fórmulas que justifican sus decisiones. Es muy fácil engañarse acerca de la seguridad que brindan las palabras, así como de la dirección que toman los actos. Ya no sé si aquel que camina hacia su casa, va al encuentro de la querrela o del amor. Entonces me preguntaré; “¿Qué clase de hombre es?” Y únicamente así sabré hacia dónde se inclina, y a dónde irá. Al fin y al cabo, siempre vamos hacia donde nos inclinamos.

La simiente, urgida por el Sol, siempre encuentra su camino a través del pedregal del suelo. El lógico puro, si no hay sol alguno que lo atraiga,

se ahoga en la confusión de los problemas. Recordaré la lección que mi enemigo me acaba de dar. ¿Qué dirección tendrá que tomar la columna blindada para rodear la retaguardia del adversario? No sabe responder. ¿Qué tiene que ser la columna blindada? Tiene que ser presión del mar contra el malecón.

¿Qué hay que hacer? Esto. O lo contrario. U otra cosa. No hay determinismo del porvenir. ¿Qué hay que ser? Ésta es la cuestión esencial, pues únicamente el espíritu fertiliza la inteligencia, la enriquece con la obra futura, que la inteligencia llevará a término. ¿Qué tiene que hacer el hombre para crear el primer navío? La fórmula es demasiado complicada. Al fin y al cabo, el navío surgirá como resultado de mil ensayos contradictorios. Pero este hombre, ¿qué debe ser este hombre? Aquí tomo la creación por su raíz: debe ser viajante de comercio o soldado, pues entonces, necesariamente, por amor a las tierras lejanas, azuzará a los técnicos, exprimirá, a los obreros y un día, ¡lanzaré su navío! ¿Qué hay que hacer para que desaparezca un bosque entero? ¡Ah!, es muy difícil... ¿Qué hay que ser? ¡Hay que ser incendio!

Entraremos mañana por la noche. ¡Ojalá exista aún mi país cuando vuelva el día! ¿Qué hay que hacer para salvarlo? ¿Cómo enunciar una solución simple? Las necesidades son contradictorias. Es importante salvar la herencia espiritual sin la cual la raza quedaría despojada de su genio. Es importante salvar la raza, sin la cual se perderá la herencia. Los lógicos, a falta de un lenguaje que concilie ambos salvamentos, se sentirán tentados de sacrificar ora el alma, ora el cuerpo. ¡Yo me río de los lógicos! Quiero que cuando vuelva el día, mi país sea, que sea en el espíritu y en la carne. Para actuar en función del bien de mi país tendré que inclinarme en todo instante en esa dirección, con todo mi amor. No hay paso que el mar no encuentre si presiona.

No me cabe absolutamente ninguna duda acerca de la salvación. Comprendo mejor ahora mi imagen del fuego para el ciego. Si el ciego camina hacia el fuego es porque en él ha nacido la necesidad del fuego. Ya lo gobierna el fuego. Si el ciego busca el fuego es porque ya lo ha encontrado. Del mismo modo, el escultor está ya en posesión de su creación si se siente inclinado a la arcilla. Lo mismo para nosotros: sentimos el calor de nuestros lazos, y por eso somos ya vencedores.

Nuestra comunidad se nos ha hecho sensible. Es cierto que tendremos que expresarla para unirnos a ella, y eso implica un esfuerzo de conciencia y de lenguaje. Pero, para no perder nada de su sustancia, también tendremos que permanecer sordos a las trampas de las lógicas provisionales, de los chantajes y de las polémicas. Ante todo, debemos no renegar de los que somos.

Y por eso, en el silencio de mi noche aldeana, comienzo, apoyado en la pared, a imponerme, al regreso de mi misión sobre Arras —y esclarecido, me parece, por la misión— reglas simples que jamás traicionaré.

Puesto que soy de ellos, jamás negaré a los míos, hagan lo que hicieren. Jamás hablaré mal de ellos ante un tercero. Los defenderé siempre que sea posible. Si me cubren de vergüenza, guardaré la vergüenza en mi corazón y callaré. Sea lo que fuere lo que piense de ellos, jamás serviré como testigo de cargo. Un marido no va de casa en casa a contar a los vecinos que su mujer es una buscona. Con ello no salvará su honor, pues su mujer es de su casa, y no puede él ennoblecerse a expensas de ella. Sólo dentro de su casa tiene derecho a expresar su cólera.

Así, no dejaré de solidarizarme con una derrota que, a menudo, me humillará. Soy de Francia. Francia producía los Renoir, los Pascal, los Pasteur, los Guillaumet, los Hochedé. Francia producía también incapaces, políticos y tramposos. Pero me parece demasiado fácil proclamarse de unos y negar todo parentesco con los otros.

La derrota divide. La derrota deshace lo que estaba hecho. Hay allí una amenaza de muerte: yo no contribuiré a tales divisiones cargando la responsabilidad del desastre sobre aquellos de los míos que no piensan como yo. De este proceso sin juez no hay nada que extraer. Todos hemos sido vencidos. Yo he sido vencido. Hochedé ha sido vencido. Hochedé no carga la derrota a otros. Él se dice: “Yo, Hochedé, yo de Francia, he sido débil. La Francia de Hochedé ha sido débil. Yo he sido débil en ella, y ella débil en mí”. Hochedé sabe bien que, si se sustrae a los suyos, sólo se glorificaría a sí mismo. Y entonces ya no sería el Hochedé de una casa, de una familia, de un Grupo, de una patria. Sería únicamente el Hochedé de un desierto.

Si acepto que mi casa se humille, puedo actuar sobre ella, porque es mía tanto como yo soy de ella. Pero si rechazo la humillación, la casa se desarticula como quiera, y yo iré solo, lleno de gloria, pero con la vanidad de un muerto.

Para ser es necesario ante todo hacerse responsable. Hace apenas unas horas estaba yo ciego, estaba disgustado. Ahora juzgo más claramente. Así como me niego a quejarme de los demás franceses, puesto que me siento de Francia, tampoco concibo que Francia se queje del mundo. Cada uno es responsable por todos. Francia era responsable del mundo. Francia hubiera podido ofrecer al mundo la medida común que lo hubiera unido. Francia hubiera podido servir al mundo como clave de bóveda. Si Francia se hubiera constituido en la salvadora de Francia, en irradiación de Francia, el mundo entero se habría transformado en resistencia a través de Francia. En adelante me niego a reprochar nada al mundo. Francia tiene el deber de servirle de alma si el mundo carecía de ella.

Francia hubiera podido atraer. Mi Grupo, el 2/33, se ofreció como voluntario para la guerra de Noruega y para la de Finlandia, sucesivamente. ¿Qué representaron Noruega y Finlandia para los soldados y los suboficiales de mi patria? Siempre me pareció que aceptaban confusamente morir por un cierto gusto de fiestas de Navidad. Salvar este sabor en el mundo les parecía justificar el sacrificio de sus vidas. Si hubiéramos constituido la fiesta de Navidad del mundo, el mundo se hubiese salvado a través de nosotros.

La comunidad espiritual de los hombres del mundo no jugó a favor nuestro, mas si hubiéramos fundado esta comunidad de hombres en el mundo, hubiésemos salvado al mundo y a nosotros mismos. En esa empresa fracasamos. Cada uno es el responsable de todos, cada uno es único responsable, cada uno es único responsable de todos. Por primera vez comprendo uno de los misterios de la religión de la que surgió la civilización que reivindico como la mía: "Cargar con los pecados de los hombres..." Cada uno de nosotros carga con los pecados de todos los hombres.

XXV

¿Quién puede ver en estas palabras la doctrina del débil? El jefe es aquel que asume toda la responsabilidad. El que dice: Fui derrotado. Y no: Mis soldados han sido derrotados. De esa manera habla el hombre verdadero. Hochedé diría: Soy responsable.

Comprendo el sentido de la humildad. La humildad no consiste en denigrarse a sí mismo, sino que es el principio mismo de la acción. Si, con la intención de absolverme, culpo de mis desgracias a la fatalidad, me someto a la fatalidad. Si culpo a la traición, me someto a la traición. Pero si asumo la responsabilidad de la falta, entonces reivindico mis poderes como hombre. Puedo actuar sobre aquello de lo que formo parte. Y soy parte constituyente de la comunidad de los hombres.

Hay, pues, en mí, alguien con quien combato para engrandecerme. Ha sido necesario este viaje difícil para que no pueda distinguir en mí, bien o mal, el individuo que combato del hombre que crece. No conozco el valor de la imagen que se me ocurre, pero me digo: el individuo no es más que un camino. El Hombre que lo emprende es lo único que cuenta.

Las verdades de la polémica ya no me satisfacen. ¿Qué sentido tiene acusar a los individuos? Los individuos sólo son vías y pasajes. Ya no puedo echar en cara el congelamiento de mis ametralladoras a la negligencia de los funcionarios, ni la ausencia de los pueblos amigos a su

egoísmo. Es verdad que la derrota se explica por las fallas individuales. Pero una civilización moldea a los hombres; si la civilización que yo reclamo como mía se ve amenazada por la debilidad de sus individuos, tengo el derecho de preguntarme por qué no los ha moldeado diferentes.

Una civilización, como una religión, se acusa a sí misma cuando se lamenta de la molición de sus fieles. Tiene la obligación de exaltarlos. De la misma manera, si se lamenta del odio de los infieles, tiene la obligación de convertirlos. Sin embargo, mi civilización —que antaño se probara a sí misma, que inflamara apóstoles, quebrantara violento, liberara pueblos enteros de esclavos—, hoy no ha sabido ni exaltar ni convertir. De modo que, si lo que deseo es desentrañar las raíces de las diversas causas de mi derrota, si tengo la ambición de revivir, primero debo encontrar el fermento que perdí.

Pues ocurre con una civilización lo que ocurre con el trigo. El trigo nutre al hombre, pero el hombre a su vez salva al trigo, cuya semilla entroja. La reserva de granos se respeta, de generación de trigo en generación de trigo, como una herencia.

No me es suficiente conocer qué tipo de trigo deseo para que ese trigo crezca, de modo que si deseo salvar un tipo de hombres —y su poder— debo salvar también los principios que lo fundan.

Yo he conservado la imagen de la civilización que reivindicó como mía, pero he perdido las reglas que la transportaban. Esta noche descubro que las palabras que utilizaba ya no se refieren a lo esencial. Predicaba la Democracia, sin suponer que con ello enunciaba no ya un conjunto de reglas sobre las calidades y el destino del hombre, sino un conjunto de deseos. Deseaba hombres fraternales, libres y felices. Por supuesto. ¿Quién puede no estar de acuerdo? Supe exponer “cómo” debía ser el hombre, y no “quién” debe ser.

Sin precisar las palabras, hablaba de la comunidad de los hombres como si el clima a que aludía no fuera fruto de una arquitectura particular. Me parecía evocar una evidencia natural, pero no existe la evidencia natural. Una tropa fascista, un mercado de esclavos son, también ellos, comunidades de hombres.

Yo no habitaba ya esta comunidad de hombres como arquitecto, me beneficiaba con su paz, su tolerancia, su bienestar. De ella no sabía otra cosa sino que la habitaba. La habitaba como sacristán, o como una encargada de sillas. Por lo tanto, como parásito, como vencido.

Así son los pasajeros del navío, utilizaban el navío sin darle nada en cambio. Al abrigo de los salones a los que suponen su marco absoluto, continúan sus juegos, ignorando el trabajo de las cuadernas maestras bajo la presión eterna del mar. ¿Con qué derecho se lamentarán si la tempestad desmantela el navío?

Si los individuos se envilecen, si estoy vencido, ¿de qué puedo quejarme?

Hay una medida común de las calidades que deseo para los hombres de mi civilización, es una clave de bóveda para la comunidad particular que deben fundar. Hay un principio del que antaño salieron raíces, troncos, ramas y frutas. ¿Cuál es? Era semilla poderosa en el mantillo de los hombres. Sólo ella puede convertirme en vencedor.

Me parece comprender una gran cantidad de cosas en la extraña noche de la aldea. El silencio es de una calidad extraordinaria. El menor ruido llena el espacio entero, como una campana. Nada me es extraño. Ni el quejido del ganado, ni un llamado lejano, ni el ruido de una puerta que se cierra. Es como si todo sucediera dentro de mí mismo. Es preciso que me apure a aprehender el sentido de un sentimiento que puede desvanecerse...

Me digo: “Es el disparo de Arras...” El disparo ha quebrado una corteza. Durante todo el día he estado, no cabe duda, preparando en mí la morada. Soy sólo un gerente cascarrabias. Así es el individuo. Pero apareció el Hombre, se instaló en mi lugar, con toda sencillez. El Hombre miró la multitud caótica, y vio en ella un pueblo, su pueblo. El Hombre, medida común de ese pueblo y de mí mismo. Por eso me parecía, cuando corría hacia el Grupo, que corría hacia una gran fogata. El Hombre miraba por mis ojos, el Hombre, medida común de mis camaradas.

¿Es un signo? ¡Estoy tan dispuesto a creer en los signos!.. Esta noche todo es entendimiento tácito. Cualquier ruido me llega como un mensaje límpido y oscuro a la vez. Oigo que un paso tranquilo llena la noche:

—¡Hola! Buenas noches, capitán...

—¡Buenas noches!

No lo conozco. Fue entre nosotros como un “¡Ohé!” que los barqueros se transmiten de una barca a la otra.

Una vez más experimento el sentimiento de un parentesco milagroso. El Hombre que me habita esta noche no termina de enumerar los suyos. El Hombre, medida común de pueblos y de razas.

Aquel hombre regresaba con su cuota de preocupaciones, de pensamientos y de imágenes, con su carga de sí mismo, encerrado en sí mismo. Hubiera podido abordarlo y hablarle. Sobre la blancura de un camino de aldea hubiéramos intercambiado algunos de nuestros recuerdos. Así intercambiaban los mercaderes sus tesoros, si de regreso de las islas, llegaban a cruzarse.

En mi civilización, el que no es como yo, lejos de disminuirme, me enriquece. Nuestra unidad, por encima de nosotros, se funda en el Hombre. Así, nuestras discusiones nocturnas en el Grupo 2/33, lejos de

lesionar nuestra fraternidad, la fortalecen, pues nadie desea oír su propio eco ni mirarse en un espejo.

Del mismo modo, en el Hombre se encuentran los franceses de Francia y los noruegos de Noruega. El Hombre los anuda en su unidad al mismo tiempo que exalta sin contradecir sus costumbres particulares. También el árbol se expresa mediante ramas que no se parecen ya a las raíces. Por lo tanto, si allá se escriben cuentos sobre la nieve, si en Holanda se cultivan tulipanes, si en España se improvisa cante jondo, todos nos enriquecemos con ello en el Hombre. Quizá sea por eso por lo que nosotros, los del Grupo, deseábamos combatir por Noruega...

Y me siento como si llegara de un largo peregrinaje. No descubro nada, pero, igual que al salir del sueño, vuelvo a ver, simplemente, lo que ya no veía.

Mi civilización descansa sobre el culto del Hombre a través de los individuos. Durante siglos, la civilización intentó manifestar al Hombre, tal como hubiera enseñado a distinguir una catedral por sus piedras. Ha predicado este Hombre, que dominaba el individuo...

Pues el Hombre de mi civilización no se define a partir de los hombres. Éstos se definen por aquél. En él, como en todo Ser, hay algo que los materiales que lo componen no explican. Una catedral es una cosa completamente distinta que una suma de piedras: es geometría y arquitectura. No son las piedras las que la definen, sino ella la que enriquece las piedras con su propia significación. Esas piedras que la componen se ennoblecen por ser piedras de una catedral. Las piedras más diversas sirven a la unidad de la catedral, y ésta absorbe en su cántico hasta las gárgolas más grotescas.

Mas poco a poco olvidé mi verdad. Creí que el Hombre resumía a los hombres, como la Piedra resume las piedras. He confundido catedral y suma de piedras, y, poco a poco, la herencia se desvanece. Hay que restablecer al Hombre. Él es la esencia de mi cultura, la clave de mi Comunidad, el principio de mi victoria.

XXVI

Es fácil establecer el orden de una sociedad sobre la base de la sumisión de todos a las reglas fijas. Es fácil moldear un hombre ciego que sufra, sin protestar, un amo o un Corán. Pero mucho más valiosa es la conquista que consiste en hacer que el hombre, para liberarse, reine sobre sí mismo.

¿Pero qué significa liberar? Si libero en el desierto a un hombre que no siente nada, ¿qué significa su libertad? Sólo hay libertad de "alguien" que

va a alguna parte. Liberar a aquel hombre del desierto sería enseñarle la sed y trazar un camino hacia un pozo. Tan sólo entonces se le propondrían pasos que no carecerían de significación. Liberar una piedra no significaría nada si no tuviera peso, pues la piedra, una vez libre, no iría a ninguna parte.

Ahora bien, mi civilización ha tratado de fundar las relaciones humanas sobre el culto del Hombre más allá del individuo, a fin de que el comportamiento de cada uno, tanto ante sí mismo como ante los otros, dejara de ser conformismo ciego al modo del hormiguero, para convertirse en libre ejercicio del amor.

El camino invisible de la gravedad libera la piedra. Las pendientes invisibles del amor liberan al hombre. Mi civilización ha tratado de hacer de cada uno de los hombres el Embajador de un mismo príncipe. Consideró el individuo como camino o mensaje de algo superior a él, y ofreció direcciones inmantadas a la libertad de su ascenso.

Conozco perfectamente el origen de ese campo de fuerzas. Durante siglos, mi civilización contempló a Dios a través de los hombres. El hombre fue creado a imagen de Dios, se respetaba a Dios en el hombre. Los hombres eran hermanos de Dios. Ese reflejo de Dios confería a cada uno de los hombres una dignidad inalienable. Las relaciones del hombre con Dios fundaban con evidencia los deberes de cada uno frente a sí mismo o al otro.

Mi civilización es heredera de valores cristianos. Reflexionaré acerca de la construcción de la catedral para mejor comprender su arquitectura.

La contemplación de Dios era el fundamento de la igualdad de los hombres, porque eran iguales en Dios. Y esa igualdad tenía una significación muy clara, pues sólo se puede ser igual en algo: el soldado y el capitán son iguales en la nación. La igualdad sólo es una palabra vacía de sentido si no hay en qué anudar la igualdad.

Comprendo claramente por qué esa igualdad, que era la igualdad de los derechos de Dios a través de los individuos, impedía limitar el ascenso de un individuo, pues Dios podía decidir tomarlo como su camino. Mas, como se trataba también de la igualdad de derechos de Dios “sobre” los individuos, comprendo por qué éstos, cualesquiera que fuesen, estaban sometidos a los mismos deberes y al mismo respeto de las leyes. Puesto que expresaban a Dios, eran todos iguales en sus derechos. Puesto que servían a Dios, eran iguales en sus deberes.

Comprendo por qué una igualdad establecida en Dios no entrañaba contradicción ni desorden. La demagogia aparece cuando, a falta de una medida común, el principio de igualdad se envilece en principio de

identidad. Entonces el soldado niega el saludo al capitán, pues al saludar al capitán estaría honrando a un individuo, y no a la nación.

Mi civilización, heredera de Dios, ha hecho a los hombres iguales en el Hombre.

Comprendo el origen del respeto que los hombres tienen unos por otros. El sabio debía respeto al pañolero, pues a través de éste respetaba a Dios, del cual era el pañolero también Embajador. Sean cuales fueren el valor de uno y la mediocridad del otro, nadie podía pretender reducir al otro a la esclavitud, pues a un Embajador no se lo humilla. Pero este respecto del hombre no entrañaba la prosternación degradante ante la mediocridad del individuo, la estupidez o la ignorancia, ya que se honraba ante todo esa calidad de Embajador de Dios. Así el amor de Dios fundaba relaciones nobles entre los hombres, pues los asuntos de ellos se trataban de Embajador a Embajador, por encima de su calidad de individuos.

Mi civilización, heredera de Dios, ha fundado el respeto del Hombre a través de los individuos.

Comprendo el origen de la fraternidad entre los hombres. Los hombres eran hermanos en Dios. Sólo es posible la hermandad en algo. Si no hay nudo que los una, los hombres sólo están yuxtapuestos, mas no unidos. No se puede ser hermano a secas. Mis camaradas y yo somos hermanos "en" el Grupo 2/33, los franceses lo son "en" Francia.

Mi civilización, heredera de Dios, hizo a los hombres hermanos en el Hombre.

Comprendo la significación de los deberes de caridad que me fueron predicados. La caridad servía a Dios a través del individuo, se debía a Dios, fuera cual fuese la mediocridad del individuo. Esta caridad no humillaba al beneficiario, ni lo maniataba con las cadenas de la gratitud, puesto que la entrega no lo tenía a él como objeto, sino a Dios. El ejercicio de esta caridad, al contrario, jamás fue un homenaje a la mediocridad, a la estupidez o a la ignorancia. El médico debía jugarse la vida en el cuidado del más vulgar de los apestados porque servía a Dios, y por eso no se sentía disminuido por pasar la noche en vela a la cabecera de un ladrón.

Mi civilización, heredera de Dios, ha hecho de la caridad un don que se ofrece al Hombre a través de los individuos.

Comprendo la significación profunda de la Humildad que se exige al individuo. La humildad no rebaja al individuo, lo eleva, le ilumina su papel de Embajador. Así como lo obligaba a respetar a Dios a través de otro, lo obligaba a respetarlo en sí mismo, a hacerse mensajero de Dios, en camino hacia Dios, le imponía el olvido de sí mismo para engrandecerse, pues si el individuo se exalta en lo que toca a su propia importancia, el camino se convierte inmediatamente en muro.

Mi civilización, heredera de Dios, predicó también el respeto de sí mismo, es decir, el respeto del Hombre a través de sí mismo.

Comprendo, por último, por qué el amor a Dios estableció la responsabilidad que los hombres tienen los unos para con los otros, y les ha impuesto la Esperanza como una virtud. Puesto que la responsabilidad hacía de cada uno el Embajador del mismo Dios, en las manos de cada uno descansaba la salvación de todos. Nadie tenía derecho a desesperar, puesto que era mensajero de algo más grande que él. La desesperanza era negación de Dios en uno mismo. El deber de la Esperanza hubiera podido traducirse así: “¿Te crees, entonces, tan importante? ¡Cuánta fatuidad en tu desesperanza!”

Mi civilización, heredera de Dios, ha hecho a cada uno responsable de todos los hombres, y a todos responsables de cada uno. Un individuo debe sacrificarse a la salvación de una colectividad, pero no se trata aquí de una aritmética imbécil, sino del respeto del Hombre a través del individuo. En efecto, la grandeza de mi civilización estriba en que cien mineros deben jugarse la vida para salvar a un solo minero enterrado, pues en él salvan al Hombre.

Comprendo claramente, desde esta perspectiva, la significación de la libertad. La libertad es libertad de un árbol para crecer en el campo de fuerza de su semilla, es el caldo de cultivo de la ascensión del Hombre, es semejante a un viento favorable, y en el mar, sólo gracias a los vientos favorables los veleros son libres.

Un hombre construido de tal modo dispondría del poder de un árbol. ¡Qué espacio no dejaría de cubrir con sus raíces! ¡Qué pasta humana dejaría de absorber para expandirla al Sol!

XXVII

Pero no he echado todo a perder, he dilapidado la herencia, he dejado podrir la noción de Hombre.

Sin embargo, mi civilización había invertido una energía y un genio considerables para salvar ese culto de un Príncipe contemplando a través de los individuos, así como la excelsa cualidad de las relaciones humanas que fundaba ese culto. Todos los esfuerzos del “Humanismo” sólo han tendido a ese fin. El Humanismo se ha dado por misión exclusiva el aclarar y perpetuar la primacía del Hombre sobre el individuo. El Humanismo ha predicado el Hombre.

Pero cuando se trata de hablar del Hombre, el lenguaje se torna incómodo. El Hombre se distingue de los hombres. Así como no decimos

nada esencial acerca de la catedral si nos limitamos a hablar de las piedras, así tampoco decimos nada esencial acerca del Hombre si tratamos de definirlo exclusivamente por las cualidades del hombre. El Humanismo trabajó así en una dirección que estaba obstruida de antemano, intentó captar la noción de Hombre por medio de una argumentación lógica y moral, para transportarla luego a las conciencias.

No hay explicación verbal que reemplace nunca a la contemplación. La unidad del Ser no se puede trasponer en palabras. Si deseara enseñar a los hombres cuya civilización lo ignorara, el amor de una patria o de un dominio, no dispondría de ningún argumento para convencerlos. Son los campos, los pastos y el ganado las cosas que componen un dominio. Cada uno, y todos en conjunto, tienen la función de enriquecer. Sin embargo, hay en el dominio algo que escapa al análisis de los materiales, puesto que hay propietarios que, por amor a su dominio, se arruinarían para salvarlo. Por el contrario, ese “algo” es el que ennoblece los materiales con una cualidad particular. El ganado, las praderas, los campos, se convierten en ganado, en praderas y en campos de un dominio...

Del mismo modo el hombre se convierte en hombre de una patria, de un oficio, de una civilización, de una religión. Pero para apelar a tales seres conviene, ante todo, fundarlos en sí mismos. Y allí donde no existe el sentimiento de la patria no hay lenguaje que pueda transportarlo. Únicamente mediante actos se funda en sí mismo el Ser al que se apela. Un Ser no pertenece al reino del lenguaje, sino al de los actos. Nuestro Humanismo ha descuidado los actos, ha fracasado en su intento.

El acto esencial recibe aquí un nombre: sacrificio.

Sacrificio no significa amputación ni penitencia. Es esencialmente un acto, es un don de sí mismo al Ser al que pretendemos apelar. Sólo comprenderá lo que es un dominio aquel que le haya sacrificado una parte de sí mismo, aquel que haya luchado para salvarlo, y penado por embellecerlo. Entonces vendrá a él el amor del dominio. Un dominio no es la suma de intereses —ahí está el error—, un dominio es la suma de dones.

En tanto mi civilización se apoye en Dios, habrá salvado esa noción del sacrificio que fundaba a Dios en el corazón del hombre. El Humanismo descuidó el papel esencial del sacrificio; pretendió transportar al Hombre mediante palabras, no mediante actos.

Ya no disponía de otra cosa para salvar la visión del Hombre a través de los hombres, que de esa misma palabra pero adornada con una mayúscula. Corremos el riesgo de deslizarnos sobre una pendiente peligrosa y de confundir, un día, el Hombre con el símbolo de la media o del conjunto de todos los hombres. Corremos el riesgo de confundir nuestra catedral con la suma de las piedras.

Y así, poco a poco, fuimos perdiendo nuestra herencia.

En lugar de afirmar los derechos del Hombre a través de los individuos, hemos comenzado a hablar de los derechos de la Colectividad, hemos visto introducirse insensiblemente una moral de lo Colectivo que descuida al Hombre. Esta moral explicará claramente por qué el individuo debe sacrificarse a la Comunidad, pero no explicará ya, sin artificios de lenguaje, por qué una Comunidad debe sacrificarse por un solo hombre, por qué es equitativo que mueran mil para liberar a uno solo de la prisión de la injusticia. Aún nos acordamos de ello, pero lo vamos olvidando poco a poco. Y, sin embargo, es ante todo en ese principio, que tan nítidamente nos distingue del hormiguero, en donde reside nuestra grandeza.

A falta de método eficaz, nos hemos deslizado desde la Humanidad, que se apoyaba en el Hombre, hacia este hormiguero, que se apoya en la suma de los individuos.

¿Qué tendríamos que oponer a las religiones del Estado o de la Masa? ¿Qué se hizo de nuestra gran imagen del Hombre nacido de Dios? Apenas sí puede reconocérsela aún, a través de un vocabulario que se había vaciado de su sustancia.

Al olvidar el Hombre, hemos limitado poco a poco nuestra moral a los problemas del individuo. Hemos exigido de cada individuo que no lesionara al otro individuo; de cada piedra, que no lesionara a la otra piedra. Y, ciertamente, no se lesionan mutuamente cuando están amontonadas en un campo, pero lesionan la catedral que hubieran fundado, y que, a su vez, habría fundado su propia significación.

Hemos continuado predicando la igualdad de los hombres. Pero, como nos olvidamos del Hombre, ya no podemos comprender de qué hablábamos. Como ya no se sabe en qué fundar la Igualdad hacemos de ella una afirmación vaga, de la que no hemos sabido servirnos. ¿Cómo definir la igualdad, a nivel de los individuos, entre el sabio y el necio, entre el imbécil y el genio? La igualdad, en el plano de los materiales, exige, si pretendemos definir y realizar, que todos ocupen idéntico lugar y desempeñen el mismo papel, lo cual es absurdo. El principio de Igualdad se envilece, entonces, en principio de identidad.

Hemos continuado predicando la Libertad del hombre. Pero, como olvidamos el Hombre, definimos la libertad como una licencia vaga, exclusivamente limitada por el daño que se cause al prójimo, lo que carece de significación, pues no hay acto que no comprometa al otro. Si yo, soldado, me mutilo, me fusilan. No hay individuo solitario. El que se retrae lesiona una comunidad, quien está triste, entristece a los demás.

Tampoco hemos sabido servirnos, sin contradicciones insuperables, del derecho a una libertad así comprendida. Como no hemos sabido definir en qué casos nuestro derecho era válido y en cuáles no lo era, hemos cerrado

hipócritamente los ojos ante los obstáculos incontables que toda sociedad creaba, necesariamente, a nuestras libertades.

En lo que respecta a la Caridad, ni siquiera nos animamos a predicarla. En efecto, en otras oportunidades, el sacrificio que funda los Seres tornaba el nombre de Caridad cuando honraba a Dios a través de su imagen humana. A través del individuo, era a Dios o al Hombre a quienes dedicábamos nuestro don. Pero como nos olvidamos de Dios o del Hombre, sólo ofrecíamos nuestro don al individuo. Desde entonces, la Caridad tomó a menudo el aspecto de una conducta inaceptable. Es la Sociedad, y no el humor individual, quien debe asegurarse la equidad en el reparto de las provisiones. La dignidad del individuo exige que no sea reducido al estado de vasallaje por la liberalidad del otro, pues sería paradójico ver a los poseedores reivindicar, además de la posesión de sus bienes, la gratitud de los que no poseen.

Pero, por encima de todo, nuestra caridad mal entendida se volvía contra su finalidad. Fundada exclusivamente en los movimientos de piedad respecto de los individuos, nos habría impedido todo castigo educador. Mientras que la verdadera Caridad, por ser el ejercicio de un culto que se rinde al hombre, más allá del individuo, imponía que se combatiera al individuo para engrandecer al Hombre.

De este modo, hemos perdido al Hombre. Y, al perder al Hombre, vaciamos de calor la fraternidad misma, que nuestra civilización nos predicaba, ya que somos hermanos en algo y no hermanos a secas. El compartir no asegura la fraternidad, que únicamente en el sacrificio de suelda. Se suelda en el don común a algo más amplio que uno mismo. Pero, al confundir esta raíz de toda existencia verdadera con una disminución estéril, redujimos nuestra fraternidad a una mera tolerancia mutua.

Hemos dejado de dar. Ahora bien, si pretendo dar sólo a mí mismo, no recibo nada, pues no construyo nada de quien yo sea, y, en consecuencia, no soy nada. Si, luego, me exigen que muera por intereses, me negaré a morir. El interés manda, antes que nada, vivir. ¿Cuál es el impulso de amor que recompensará mi muerte? Se muere por una casa, no por objetos o por paredes. Se muere por una catedral, no por piedras. Se muere por un pueblo, no por una multitud. Se muere por amor al Hombre, si éste es la clave de bóveda de una Comunidad. Se muere sólo por aquello por lo que se puede vivir.

Parecía como si nuestro vocabulario se conservara intacto, y sin embargo nuestras palabras, que se habían vaciado de sustancia real, nos llevaban, cuando pretendíamos usarlas, a contradicciones sin salida. Nos veíamos reducidos a cerrar los ojos ante tales litigios. Nos veíamos reducidos, puesto que no sabíamos construir, a dejar en el campo, las

piedras en desorden y a hablar de la Colectividad, con prudencia, sin atrevernos a precisar de qué hablábamos, pues en realidad no hablábamos de nada. Colectividad es una palabra vacía de significación en la medida en que la Colectividad no se suelde en algo. Una suma no es un Ser.

Si nuestra Sociedad podía parecer deseable todavía, si el Hombre conservaba en ella algún prestigio, ello ocurría en la medida en que la civilización verdadera, que traicionamos debido a nuestra ignorancia, continuaba prolongando sobre nosotros su destello condenado y nos salvaba a pesar de nosotros mismos.

¿Cómo podían haber comprendido nuestros enemigos lo que nosotros mismos no comprendíamos? Ellos sólo han visto de nosotros piedras en desorden, estaban tentados de dar un sentido a una Colectividad que nosotros no sabíamos definir porque no nos acordábamos ya del Hombre.

Algunos llegaron alegremente, de una sola vez, hasta las conclusiones más extremas de la lógica. De esta colección hicieron ellos una colección absoluta. Las piedras, deben ser idénticas a las piedras, y cada piedra reina sola sobre sí misma. La anarquía recuerda el culto del Hombre pero lo aplica, con rigor, al individuo. Y las contradicciones que se originan en ese rigor son peores que las nuestras.

Otros reunieron las piedras esparcidas en desorden en el campo, y predicaron los derechos de la Masa. La fórmula no es del todo satisfactoria, pues si bien es cierto que resulta intolerable que un solo hombre tiranice a una Masa, no es menos intolerable que la Masa aplaste a un solo hombre.

Otros, aun, se apoderaron de esas piedras impotentes, y con esa suma hicieron un Estado. Tal Estado no trasciende a los hombres, es igualmente la expresión de una suma, es el poder de la Colectividad delegado en manos de un individuo, es reino de una piedra que pretende identificarse con las otras en el conjunto de las piedras. Este Estado predica claramente una moral de lo Colectivo que todavía rechazamos pero hacia la cual nos encaminamos, lentamente, porque no nos acordamos del Hombre, que es lo único que justificaría nuestro rechazo.

Los fieles de la nueva religión se opondrán a que una cantidad de mineros arriesguen la vida para salvar a un solo minero sepultado, pues con ello se dañaría a las piedras consideradas en bloque. Terminarían con la vida de un herido grave si molesta al avance de un ejército. Estudiarían aritméticamente el bien de la Comunidad, y la aritmética los gobernaría. En ello perderán el poder de trascenderse en algo más importante que ellos mismos. En consecuencia, odiarán lo que no se les parece, porque no dispondrán de nada, por encima de sí mismos, con qué confundirse. Toda costumbre, toda raza, todo pensamiento extraño constituirá para ellos, necesariamente, una afrenta. Habrán dejado de contar con el poder de

absorber, pues para convertir al Hombre en sí mismo, lejos de amputarlo, es conveniente expresarlo, ofrecer una finalidad a sus aspiraciones y un territorio a sus energías. Convertir es siempre liberar. La catedral puede absorber las piedras, que en ella cobran sentido. Pero el amontonamiento de piedras no absorbe nada, y, puesto que no está en condiciones de absorber, arrasa. Así es, pero ¿quién tiene la culpa?

No me asombra que el amontonamiento de piedras, que gravita pesadamente, se imponga a las piedras en desorden.

Sin embargo, yo soy el más fuerte.

Soy el más fuerte si me encuentro a mí mismo, si nuestro Humanismo restaura al Hombre, si sabemos fundar nuestra Comunidad y si, para fundarla, utilizamos el único instrumento eficaz: el sacrificio. Nuestra Comunidad, tal como nuestra civilización la había construido, tampoco fue la suma de nuestros intereses. Fue la suma de nuestros dones.

Yo soy el más fuerte, porque el árbol es más fuerte que los materiales del suelo. El árbol los absorbe, los cambia en árbol. La catedral es más fulgurante que el amontonamiento de piedras. Soy el más fuerte porque mi civilización es la única que tiene el poder de soldar en su unidad, sin amputarlas, las diversidades particulares. Vivifica la fuente de su fuerza, al mismo tiempo que en ella abreva.

En el momento de partir pretendí recibir antes que dar. Vana pretensión la mía. Era lo mismo que la triste lección de gramática. Antes de recibir es necesario dar, y antes de habitar, construir.

Yo fundé el amor por los míos a través del don de la sangre, del mismo modo en que una madre funda el suyo a través del don de la leche. Allí reside el misterio. Para fundar el amor es necesario comenzar por el sacrificio. Luego, el amor puede solicitar otros sacrificios, y emplearlos en todas las victorias. El hombre debe dar siempre sus primeros pasos, debe nacer antes de existir.

Vuelvo de mi misión luego de fundar mi parentesco con la granjerita. La sonrisa de ella me fue transparente. A través de ella, he visto mi aldea; a través de mi aldea, mi país; a través de mi país, los otros países. Pues soy una civilización que ha tomado al Hombre como clave de bóveda. Soy del Grupo 2/33, que deseaba combatir por Noruega.

Es posible que Alias me designe mañana para otra misión. Hoy me vestí para el servicio de un dios a cuyo respecto yo estaba ciego. El disparo de Arras ha quebrado la corteza y vi. Todos los de mi casa también vieron. Por tanto, si despego al alba, sabré por qué combato todavía.

Pero deseo acordarme de lo que vi. Tengo necesidad de un Credo sencillo para recordar.

Combatiré por la primacía del Hombre sobre el individuo, lo mismo que de lo Universal sobre lo particular.

Creo en que el culto de lo Universal exalta y suelda las riquezas particulares, y funda el único orden verdadero, el orden de la vida. Un árbol es un orden, a pesar de que las raíces son distintas de las ramas.

Creo en que el culto de lo particular sólo conduce a la muerte, pues funda el orden sobre la semejanza, confunde la unidad del ser con la identidad de sus partes, y devasta la catedral para alinear las piedras. Combatiré, pues, a todo el que pretenda imponer una costumbre particular a otras costumbres, un pueblo particular a otros pueblos, una raza particular a otras razas, un pensamiento particular a otros pensamientos.

Creo en que la primacía del Hombre funda la única Igualdad y la única Libertad que tienen significación. Creo en la igualdad de los derechos del Hombre a través de cada individuo. Y creo que la Libertad es la de la ascensión del Hombre. Igualdad no es Identidad. La Libertad no es la exaltación del individuo contra el Hombre. Combatiré a todo el que pretenda someter a un individuo —o a una masa de individuos— la libertad del Hombre.

Creo en que mi civilización llama Caridad al sacrificio consentido al Hombre a fin de establecer su reino. La caridad es don ofrecido al Hombre a través de la mediocridad del individuo. Ella funda al hombre. Combatiré a todo el que, al pretender que mi caridad honre la mediocridad, reniegue del Hombre y aprisione así al individuo en una mediocridad definitiva.

Combatiré por el Hombre. Contra sus enemigos. Pero también contra mí mismo.

XXVIII

Me reuní nuevamente con mis camaradas. Debíamos encontrarnos todos hacia medianoche para recibir órdenes. El Grupo 2/33 tiene sueño. La llama de la gran fogata se ha transformado en brasa. El Grupo parece aún despierto, pero es una ilusión. Hochedé interroga con tristeza su famoso cronómetro; Pénicot, en un rincón, con la nuca contra la pared, cierra los ojos; Gavaille, sentado en una mesa, con la mirada perdida y las piernas colgando, hace pucheros como un niño a punto de llorar; Azambre cabecea sobre un libro. El comandante, el único despierto, pero tan pálido que da miedo, discute en voz baja con Geley, papeles en mano. “Discute” no es, por lo demás, más que una imagen. El comandante habla, Geley asiente con la cabeza y dice: “Sí, por supuesto”. Geley se aferra a su “Sí, por

supuesto”. Adhiere cada vez más estrechamente a los enunciados del comandante, como el hombre que se ahoga se adhiere al cuello del nadador. Si yo estuviera en el lugar de Alias diría, sin cambiar de tono: “Capitán Geley... será usted fusilado al alba...” Y esperaría la respuesta.

El Grupo no duerme desde hace tres días, y se mantiene en pie como un castillo de naipes.

El comandante se levanta, va hacia Lacordaire y lo saca de un sueño en el que, quizá, Lacordaire me ganaba una partida de ajedrez:

—Lacordaire... partirá usted al amanecer. Misión a vuelo rasante.

—Bien, mi comandante.

—Debería usted dormir...

—Sí, mi comandante.

Lacordaire vuelve a sentarse. El comandante, que sale, arrastra a Geley en su estela, como si tirara un pez muerto en el extremo de una línea. Geley, con toda seguridad, no hace tres días sino una semana entera que no se acuesta, pues, del mismo modo que Alias, además de realizar como piloto sus misiones de guerra, ha cargado con la responsabilidad del Grupo. La resistencia humana tiene límites. Los de Geley ya han sido superados. Sin embargo, ahí van los dos, el nadador y el ahogado, en busca de órdenes fantasmas.

Vezin, desconfiado, llega hasta mí. Vezin, que también él duerme de pie, cual sonámbulo, me dice:

—¿Duermes?

—Yo...

Apoyo la nuca contra el respaldo de un sillón, pues he descubierto un sillón. Yo también me dormía, pero la voz de Vezin me atormenta:

—¡Esto acabará mal!

Esto acabará mal... Interdicción *a priori*... Acabará mal...

—¿Duermes!

—Yo... no... ¿Qué es lo que va a acabar mal?

—La guerra.

¡Es una novedad! Me hundo en el sueño. Respondo vagamente:

—¿... qué guerra?

—¿Cómo “qué guerra”?!

Esta conversación no se prolongará mucho. ¡Ah, Paula! ¡Si los Grupos aéreos tuvieran ayas tirolesas, haría ya mucho tiempo que todo el Grupo 2/33 se hubiera ido a la cama!

El comandante empuja la puerta como una ráfaga:

—Está decidido. Hay mudanza.

—Detrás de él está Geley, completamente despierto. Mañana volverá con sus “sí, por supuesto”. Por esta noche llevará a cabo una agotadora tarea, para lo cual sacará reservas de energía que él mismo desconocía.

En cuanto a nosotros, nos levantamos. Decimos: “Ah... bueno...”

¿Qué otra cosa habríamos de decir?

No diremos nada. Aseguraremos la mudanza. Sólo Lacordaire esperará el alba para despegar, para cumplir su misión. Se reunirá con nosotros, si regresa, directamente en la nueva base.

Mañana tampoco diremos nada. Para los testigos, mañana seremos los vencidos. Los vencidos deben callar. Como las semillas.